



**©Francisco González Gómez**  
Mayo 2013

**brigadaparaleerenlibertad@gmail.com**  
**www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Ésta es una publicación gratuita y es cortesía del gobierno del Estado de Guerrero, a través del Instituto Guerrerense de la Cultura y Para Leer en Libertad AC.

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez  
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero  
Ilustración de portada: Argel Gómez

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa será sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente.

# Los brazos de Morelos

Francisco González Gómez



## Galeana y Matamoros, dos grandes en las sombras de la historia

Henchido de orgullo y de arrogancia después de haber derrotado y disperso el ejército de Hidalgo y Allende en las batallas de Aculco y de Puente de Calderón, Félix María Calleja del Rey, general en jefe de las fuerzas realistas, se aprestaba con toda la soberbia de los conquistadores a destruir a las fuerzas de José María Morelos y Pavón fortificadas en Cuautla. Sin molestarse siquiera en descargar los carros, los caballos y las mulas que transportaban víveres y equipaje, convencido Calleja de que obtendría una victoria fácil sobre una tropa de *descalzonados* más reducida que las grandes multitudes seguidoras del cura de Dolores, el 19 de mayo de 1812 ordenó el ataque a las defensas construidas a la carrera por los insurgentes en Cuautla. Sus tropas integradas por los batallones de Granada, Guanajuato y Patriotas de San Luis, alineadas para el combate iniciaron la marcha sobre la ciudad. Nos narra Ubaldo Vargas Martínez, el gran biógrafo de Morelos:

“Tras las primeras descargas realistas, don Hermenegildo Galeana, agigantado ante el peligro que lo espoleaba a la pelea, rugió la orden de fuego seguida instantáneamente del desgranamiento trepidante de la fusilería y de los escalonados estampidos de los cañones. El ataque se generalizó con furia incontenible. Entre los insurgentes, Galeana, a caballo, va de un lado a otro de las fortificaciones animando a sus soldados. De

pronto, una columna realista atraviesa velozmente el campo, salta los primeros fosos y trincheras delanteras. Su jefe el capitán Segarra, espolea su caballo de tal modo que pronto adelanta considerablemente a sus acompañantes; llega en su carrera vertiginosa a las últimas defensas y su cabalgadura trepa con agilidad a las fortificaciones más altas, y desde allí, desafiando temerariamente el peligro de las balas, haciendo caracolear frenéticamente a su caballo, el capitán español lanza con voz terrible, como el trueno, retadoras palabras a los mexicanos, y al ver a Galeana entre el tumulto, le grita “¡A ti, villano, a ti te buscaba!” Rápido como el relámpago que precede al trueno, Galeana, grita la orden imperiosa de: “¡Cese al fuego!”, y sube también, como diestro jinete, a lo alto de la fortificación. Ambos rivales, simultáneamente, de un salto bajan de sus cabalgaduras, y en medio del silencio expectante de los soldados, Galeana arroja al suelo el sombrero chilapeño, sus dorados cabellos refulgen como los rayos del sol; su chaqueta de cuero, abierta, deja ver la pistola dentro del ceñidor rojo, y el sable envainado en el costado; avanza cautelosamente hacia su rival cuyo uniforme rojo y oro lo atrae cual nueva provocación.

“Como a una señal desenvainan los sables y los hacen chocar con furia y destreza una y otra vez, ante un formidable golpe de Galeana, el sable del capitán realista salta hasta muy lejos, y entonces, Segarra, rápido como el pensamiento, toma su pistola, apunta y dispara. Como un eco instantáneo responde Galeana y Segarra cae mortalmente herido... Los españoles, ahora no esperan un segundo y reanudan el ataque; pero, Galeana se precipita sobre el moribundo, evitando la racha de plomo realista, y tomándolo entre sus brazos descende con él hasta las defensas mexicanas. ‘¡Era un valiente!’, dice al recostarlo, y ordena que se traiga a un sacerdote para que le imparta los auxilios divinos.”

Así se empezó la contienda que duraría setenta y dos días conocida en la historia como el Sitio de Cuautla.

Esta escena, probablemente adornada por la leyenda, corresponde a las circunstancias ocurridas en el primer día de combate en Cuautla, cuando el ejército realista comandado por Calleja intentó tomar la plaza por asalto, pensando ilusamente que podría desbaratar al ejército de Morelos como había destruido las fuerzas de Hidalgo y Allende en Aculco y Puente de Calderón. Otros testigos, sin exagerar la escena, confirman el dramatismo de la muerte del capitán Segarra a manos de Hermenegildo Galeana, cuando el primero gritó: *adentro que la trinchera es nuestra* y Galeana le respondió disparándole: *esto es lo tuyo*.

Muchas hazañas como ésta marcaron su paso durante la guerra de Independencia. Algunas veces por ignorancia o por intereses ideológicos historiadores y estudiosos concentran su atención en Hidalgo, Allende, Morelos, en menor medida, en Aldama y Abasolo, todos ellos iniciadores de la gesta. Destacan también a Iturbide y a Guerrero, consumidores de nuestra separación del imperio español. Quedan en el tintero o en el olvido algunos de los hombres más destacados que combatieron incansablemente, encabezaron la resistencia e hicieron temblar los cimientos del virreinato. Pero por méritos propios un lugar relevante ocupan en una historia diferente, la historia popular, caudillos como Hermenegildo Galeana y Mariano Matamoros. Durante la conmemoración oficial de los doscientos años del Grito de Dolores poco o nada se les mencionó por los organismos culturales encargados de organizar los festejos con un presupuesto elevadísimo y resultados muy pobres. El colmo fue la “Estela de luz” cuyo costo más que se duplicó injustificadamente, provocando que el ingenio popular la bautizara como la “Estela de la corrupción”.

Indudablemente, el gran estratega e ideólogo de las fuerzas insurgentes fue Morelos que reunía a su genio militar la grandeza de un hombre de Estado, que concibió la construc-

ción de un gobierno autónomo con un nuevo ordenamiento legal para un país independiente. Esas cualidades no se encuentran reunidas en otro personaje nacional.

Contó con el auxilio invaluable de actores como Hermenegildo Galeana y Mariano Matamoros que él denominó como sus brazos. Ninguno de los tres conoció el arte de la guerra en forma libresca. Tampoco lo hicieron Francisco Villa y Emiliano Zapata. Guerreros inigualables vivieron alejados de los lineamientos académicos. Galeana murió sin saber leer ni escribir, Villa aprendió lo elemental cuando estuvo prisionero en el cuartel de Santiago Tlatelolco. Tampoco puede destacarse una trayectoria académica de Zapata. Morelos y Matamoros tuvieron una educación eclesiástica.

Hermanados por su trayectoria bélica y su lealtad a la causa de la independencia, Galeana y Matamoros no brillaron como ideólogos, ni descollaron como legisladores o parlamentarios, fueron guerreros, organizadores de ejércitos, comandantes de hombres. Desde que se integraron a las huestes insurgentes demostraron una enorme capacidad para entender la naturaleza de la guerra. Conocían el carácter, la manera de pensar, los hábitos, los puntos fuertes y los débiles de aquéllos que dirigían. Siempre generosos, alejados de las envidias y las intrigas, dispuestos a dar en todo momento lo mejor de sí. Al igual que Morelos, Villa y Zapata, sin tener una educación militar previa, adquirieron en la práctica un juicio preciso para observar las cosas de la vida y un talento especial para comprenderlas. Bien dice el destacado teórico militar Von Clausewitz “que los más descollantes generales nunca surgieron de entre la clase de oficiales más instruidos o realmente eruditos, sino que en su mayoría fueron hombres que, por las posiciones en que se encontraban, no tuvieron la oportunidad de alcanzar un gran nivel de conocimiento”, que la comprensión de las complejidades de una vida militar



solamente puede ser adquirida mediante un talento especial para la observación, instinto intelectual que sabe cómo extraer la esencia de los fenómenos de la vida.

Galeana no tuvo la oportunidad de realizar estudios, pero siempre tuvo inmejorables condiciones para el mando nacidas de su contacto diario con el pueblo, combinó la serenidad y el ímpetu guerrero; la fiereza en la lucha y la magnanimidad con el vencido. Sus hombres lo adoraban, le llamaban Tata Gildo. También Matamoros bajo esa imagen de fragilidad física, portaba un carácter firme, decidido y con un valor a prueba de fuego, que propiciaba la casi adoración de sus soldados.

Galeana fue reconocido por su coraje, su audacia y su capacidad de mando, cualidades reconocidas igualmente a Matamoros, pero han sido más difundidas y reconocidas sus hazañas como combatiente. Ha sido comparado con el mariscal Joaquín Murat, lugarteniente de Napoleón Bonaparte, triunfador de innumerables batallas, aunque vale decir que éste fue un militar de carrera y que su trayectoria se dio en el marco de un ejército bien armado y disciplinado. En cambio, si de algo padecieron siempre las fuerzas populares que luchaban por la independencia, fue de la falta de armamento, de improvisación; su disciplina estuvo construida en el proceso de la lucha. Pese a estas limitaciones, a diferencia de Hidalgo, Morelos supo construir a marchas forzadas el mejor destacamento militar insurgente, y Galeana y Matamoros fueron sus mejores auxiliares en este esfuerzo, sin demérito de ninguno de los otros jefes de la insurgencia.

## **Primera campaña de Morelos**

No está por demás señalar que la vida de estos héroes cambió radicalmente cuando se vieron envueltas en el torbellino de la rebelión. Morelos los incorporó a su ejército a los pocos días

de recibir las instrucciones de Hidalgo para sublevar al sur del país. Es ampliamente conocida esta historia. Deseoso de servir a la insurgencia Morelos alcanzó a Hidalgo en Cherán y, reunidos en Indaparapeo, éste le encomendó, en octubre de 1810, levantar la causa insurgente en el sur de Nueva España y adueñarse de Acapulco. De vuelta a su curato, Morelos informó a sus allegados las instrucciones recibidas, que decían así:

“Comisiono en toda forma a mi lugarteniente, el Bachiller D. José María Morelos, cura de Carácuaro, para que en la Costa del Sur levante tropas, procediendo para ello con arreglo a las instrucciones verbales que le he comunicado.” Éste fue el principio que tuvo la revolución en la costa del sur, que puso en mayor peligro al dominio español en Nueva España. En las declaraciones que rindió ante el tribunal que lo juzgó, Morelos añadió detalles de las órdenes de Hidalgo: que en todos los lugares por donde pasara se encargara del gobierno y recogiera las armas, designando como autoridad a quien le pareciera que cumpliría mejor el cargo, que aprehendiese a todos los europeos y los remitiese a la Intendencia más cercana, permitiendo que se reunieran las familias que posteriormente serían enviadas a una isla. Con veinticinco hombres armados con lanzas y unas cuantas escopetas viejas formó Morelos su primer contingente y partió a revolucionar el sur de México. Después de descender de las estribaciones de la sierra llegó a Zacatula en la desembocadura del río de las Balsas en la costa guerrerense. Marcos Martínez, capitán de la milicia local, seducido por las palabras de Morelos, se incorporó al frente de cincuenta hombres. Zacatula se convirtió en lo que hoy llamaríamos una zona liberada, cuartel de los rebeldes y cárcel para los prisioneros de guerra. En Coahuayutla, Rafael Valdovinos al frente de una partida se incorporó al reducido contingente. Encaminado a Acapulco siguiendo el contorno de la Costa Grande llegó a Petatlán. Ahí se le pre-

sentó su amigo y protector el Lic. José María Izazaga llevándole armas y municiones, y recibió la encomienda de instalar en Coahuayutla un taller para fabricar armas, municiones y pólvora para la insurgencia. En su camino Morelos hablaba con los lugareños y se esforzaba por explicarles el objetivo de la revolución con el afán de reclutarlos; recogía también las armas entregadas por el gobierno virreinal para la formación de las milicias llamadas Fieles realistas de Fernando VII.

Cuando Morelos arribó a Tecpan (en lengua náhuatl significa palacio o residencia real) el 7 de noviembre de 1810 fue recibido con los brazos abiertos por la familia Galeana, prósperos rancheros partidarios de la lucha insurgente oriundos de ese pueblo.

El futuro mariscal Hermenegildo Galeana vino al mundo el 13 de abril de 1762. No hay documentos que proporcionen más detalles sobre el origen de la familia. Conforme a las versiones existentes, Galeana descendería de algún marinero inglés o irlandés, apellidado Garlier, cuyo buque naufragó a principios del siglo XVIII en las costas guerrerenses y que se estableció en la comarca. Su apellido castellanizado derivó a Galeana. La circunstancia de que la familia fuera católica robustece la hipótesis de la descendencia de irlandés católico. Su padre llamado José Antonio casó con una nativa de la costa y la pareja, aparte de Hermenegildo, procreó a Antonio, Fermín y Juana. Su tío, también llamado Hermenegildo, habitaba la hacienda de El Zanjón, a la cual llegó Galeana hostilizado durante su infancia por dos españoles que vivían en el pueblo, Toribio de la Torre y Francisco Palacios. Hombre dedicado a las labores agrícolas, se casó y enviudó a los pocos meses de su boda. Ignacio Manuel Altamirano lo describe así: “era alto, rubio, de ojos azules, de patillas doradas, de tez encendida, respirando en todas sus facciones valor, franqueza, y una sencillez campesina que encantaba al verla”.

En el mismo tono se refería a él Carlos María de Bustamante que lo conoció personalmente: “la valentía era una segunda naturaleza (...) jamás atacó al enemigo a retaguardia, y que era terribleísimo en una acción de guerra, era por el contrario, un cordero en los momentos de paz y fuera de la acción. Jamás hizo fusilar a ninguno, aunque tuviese orden de hacerlo. Calculaba mucho, principalmente en el calor de la batalla: entonces se le ocurrían medidas imposibles al parecer, pero certeras e infalibles”.

Cuando conoció a José María Morelos su vida cambió. Al incorporarse a sus huestes de Morelos, Galeana le dijo: “Yo, señor general, no le traigo a usted más contingentes que el de mi brazo, y de él puede usted disponer desde este momento”. Morelos respondió “¿Para qué quiero más?” y sellaron su vínculo con un fuerte abrazo. Pronto demostraría Galeana su valía.

Reforzado con otros setecientos hombres de la región reclutados por los Galeana, el contingente recibió su primera pieza de artillería, un pequeño cañón bautizado como “El Niño” utilizado para disparar salvas en las fiestas del pueblo, que al parecer había sido adquirido de unos naufragos y acompañó al ejército en un buen número de batallas. Al cabo de dos días de marcha y ya con 2 mil insurrectos mal armados, arribó a El Zanjón y luego a Coyuca hasta el Aguacatillo. Desde ahí Morelos envió a adueñarse del cerro del Veladero a Rafael Valdovinos con un grupo de seiscientos hombres para bloquear el ingreso de víveres a Acapulco. Frente al peligro que representaban las fuerzas rebeldes, el gobernador del Fuerte de San Diego, que resguardaba el puerto acapulqueño, destinó a cuatrocientos soldados comandados por Luis Calatayud para atacarlos y recuperar la estratégica loma. El 13 de noviembre se trabó el combate, eran tan novatos los insurgentes y los realistas, que después de intercambiar intenso tiroteo, ambos bandos se retiraron dispersándose, hasta que un muchacho, tam-

bor de los insurgentes, que había subido a un árbol avisó a sus compañeros de la huida de los españoles para que retornaran a ocupar el lugar. En seguida se apresuraron a ocupar las demás alturas y otros puntos que rodean a Acapulco, bloqueando el acceso por tierra al puerto y al fuerte. Cuando Morelos, que no había participado en el enfrentamiento, subió a inspeccionar la posición encontró grandes parapetos de piedra, a manera de fortines, sobre los cuales flotaba una bandera negra que tenía en el centro una calavera y la inscripción en letras blancas: “Paso a la eternidad” para significar que el que se acercase se acercaba a la muerte.

Ocupado por los asuntos bélicos, Morelos no olvidaba la política social en beneficio de la población. El 17 de noviembre expidió un bando para la abolición de las castas y la esclavitud:

“Por el presente y a nombre de Su Excelencia (Miguel Hidalgo) hago a todos los moradores de esta América el establecimiento del nuevo gobierno por el cual a excepción de los europeos todos los demás avisamos no se nombran en calidades de indios, mulatos, ni castas, sino todos generalmente americanos. Nadie pagará tributo, ni habrá esclavos en lo sucesivo, y todos los que los tengan, sus amos serán castigados. No hay cajas de comunidad, y los indios percibirán las rentas de sus tierras como suyas propias en lo que son las tierras. Todo americano que deba cualquier cantidad a los europeos no está obligado a pagársela; pero si al contrario debe el europeo, pagará con todo rigor lo que debe al americano...”

“La pólvora no es contrabando, y podrá labrarla el que quiera. El estanco del tabaco y alcabalas seguirá siendo por ahora para sostener tropas y otras muchas gracias que considera Su Excelencia y concede para descanso de los americanos. Que las plazas y empleos están entre nosotros, y no los puedan obtener los ultramarinos, aunque estén indultados. Cuartel General del Aguacatillo, 17 de noviembre de 1810.”

Consciente de los compromisos contraídos con la población y de la necesidad de construir un nuevo orden, Morelos reiteró estas disposiciones políticas en su decreto del 18 de abril de 1811: formación de la provincia de Tecpan con esa población como capital; libertad del cultivo del tabaco que era un monopolio controlado por los comisionados virreinales y que enriquecía las finanzas de la corona española; lo más importante fue la insistencia para que las autoridades de los pueblos transfirieran lo recaudado a los comisionados insurgentes y entregaran “las tierras para su cultivo, sin que puedan arrendarse, pues su goce ha de ser de los naturales en los respectivos pueblos”. Mostraba el carácter social, de revolución agraria benéfica para los indios y para todos los mexicanos, que durante toda la lucha, insurgentes fueron llamados también americanos para distinguirlos de los españoles europeos. A diferencia de las propuestas de Morelos ningún cambio a la propiedad de la tierra o a sus formas de trabajo y de explotación de la mano de obra indígena habría de recogerse en el Plan de Iguala, fundamento del programa de Independencia formulado por Agustín de Iturbide en 1821.

Empezaba a preocupar al virrey Venegas la presencia de la partida insurrecta en el sur y dio instrucciones para que 1,500 hombres de la brigada de Oaxaca capitaneados por Francisco Paris, saliendo de su cuartel en la hacienda de San Marcos sobre el camino a Acapulco, desbarataran al incipiente ejército sureño. Después de algunos choques menores, Paris emprendió el 8 de diciembre un ataque en forma utilizando la artillería que llevaba, atacando por varios lugares a la vez. La acción duro todo el día hasta entrada la noche y terminó con la derrota de los realistas en la que jugaron un papel determinante los noventa tiradores organizados por Julián de Ávila. El Regimiento de Guadalupe organizado y dirigido por Hermenegildo Galeana defendió con éxito las posiciones en la Sabana y en el Veladero.

Un ejército en ciernes como el que tenía el Generalísimo carecía de suficiente organización y disciplina (aunque mejoraba constantemente por su presión y la de sus subalternos), escaseaban el parque y las armas y corría graves riesgos en el caso de que se produjera un nuevo ataque por parte de las fuerzas de París; evitarlo era importante, pues éste se recuperaba del revés sufrido y dada la superioridad en armamento y organización de sus huestes podría causarle un grave daño a los insurrectos. Para evitarlo Morelos recurrió a la astucia. Informado de que un capitán realista llamado Mariano Tavarés estaba descontento con el gobierno virreinal y con sus jefes militares por haber sido sancionado con rigor, estableció contacto con él pues tenía disposición para facilitar el ataque al campamento realista. Coincidió con el hecho de que cuatro estadounidenses: David, Collé, Pedro Elías Bean y Guillermo Alendi, que habían sido sorprendidos trazando mapas del terreno fueron detenidos y se les consideró reos del Estado. No obstante este carácter, el gobernador de Acapulco faltó de suficiente personal con experiencia militar, como la que tenían estos prisioneros, decidió integrarlos al ejército defensor del puerto. Poco tiempo bastó para que combinándose con Tavarés facilitaran el 4 de enero de 1811 un ataque nocturno de los insurrectos al campo ocupado por París y sus tropas. Sorprendidos por la irrupción de los hombres comandados por Julián de Ávila y capturada su artillería, las fuerzas realistas se dispersaron. París tuvo que huir cubriéndose con una manta y preguntándole sagazmente a la tropa por la ubicación de Morelos. El botín de guerra fue cuantioso, aparte de 800 prisioneros, se tomaron 700 fusiles, 5 cañones, 52 cajas de parque, víveres y otros utensilios.

A pesar de estos triunfos, importantes pero parciales, para rendir al fuerte de San Diego se requería una fuerza mayor y, sobre todo, mejor armada y dotada de una artillería de sitio apropiada para derrumbar sus sólidos muros de piedra de la que carecía en ese momento Morelos. Todavía intentó

un golpe de audacia, comprando los servicios de un artillero español de nombre Pepe Gago, que servía en el fuerte y que se comprometió a facilitar el acceso a los insurgentes. Concertada la acción y moviéndose en las sombras de la noche los rebeldes que se acercaban sigilosamente al fuerte cuando fueron sorprendidos con una nutrida “descarga general de artillería, fusilería y lanchas cañoneras preparadas de antemano. Pudiera haberse buscado con tanta luz una aguja en el suelo, según iluminaba el fulgor de tantas armas disparadas simultáneamente”. El tal Gago había traicionado a los insurgentes e informado con todo detalle a los comandantes del fuerte que habían preparado una emboscada. La retirada rebelde parecía una estampida que Morelos detuvo tirándose al suelo en un lugar que era paso obligado para ellos con objeto de frenar su huida. Al ver al caudillo en el suelo cerrándoles el camino se detuvieron mientras él les preguntaba “¿Por qué huyen ustedes, no estamos ya fuera de peligro?”

Aún después de este chasco, durante varios días insistió Morelos en su intento de doblegar a la guarnición de la fortaleza. Ante el anuncio que pronto llegarían nuevos refuerzos gubernamentales, Morelos dispuso a sus tropas para defender los territorios conquistados: dejó en la Sabana, lugar que bautizó como “El paso a la eternidad”, la mayor parte de sus fuerzas al mando de Francisco Hernández que huyó, enterado de la magnitud de los refuerzos virreinales que marchaban sobre el lugar. Otro tanto hizo su sucesor Miguel Ramírez (alias *el florero*). Entonces llegó la hora de Galeana; los soldados, conscientes de la gravedad de la situación, le confirieron por votación el mando. Dirigidos por Galeana a pesar de que eran escuadras numerosas y entrenadas las que enfrentaron, éstas se estrellaron contra las defensas de los americanos.

Morelos, después de dictar la disposición para la defensa se había retirado a Tecpan víctima de las fiebres palúdicas que mermaban su salud. Como señala Teja Zabre, la edad



del vigor máximo empezaba a perderse para él. Llegó a sentirse tan enfermo que le administraron los Santos Sacramentos. Después de las fiebres palúdicas, amenazas de otro género vinieron a reforzar el cerco que la naturaleza y los hombres tenían puesto a su vida.

Recuperada su salud, Morelos se reintegró al mando de las tropas y tuvo conocimiento de la hazaña de Galeana. A raíz de esta acción lo designó su lugarteniente apreciando sus cualidades y su entrega para organizar y dirigir al ejército. Ascendía Galeana por méritos en campaña al demostrar valor, inteligencia y visión táctica. Persistiendo en su decisión de liquidar al ejército sureño, durante tres meses las renovadas fuerzas virreinales asaltaron las posiciones en la Sabana y el Veladero. Sin obtener una victoria rotunda.

Con objeto de hacer un balance de las acciones transcurridas y para trazar un nuevo plan de guerra, Morelos convocó a una junta celebrada en la tarde del 2 de mayo de 1811. Ignacio Manuel Altamirano, que reconstruyó los hechos entrevistando a los habitantes que sobrevivían en la región, nos narra que acudieron a ella: “los tres Galeana, don Hermenegildo, don Juan José y don José Antonio, coroneles entonces; los dos Ávila, don Julián y don Miguel, también coroneles; don Ignacio Ayala y don Rafael Valdovinos, tenientes coroneles, todos jefes de las divisiones nuevamente organizadas, o de los batallones formados en la costa desde noviembre de 1810, es decir, desde hacía siete meses; los dos Bravos, don Leonardo y don Miguel, que acababan de ser nombrados coroneles y jefes de las fuerzas que debían organizarse en la sierra de Chilpancingo, y por último, don José Antonio Talavera”.

Morelos hizo un recuento de los logros alcanzados, de cómo unas cuantas decenas de hombres, escasamente armados con lanzas, flechas y machetes, decididos a conquistar la libertad habían iniciado la lucha y se habían convertido en una fuerza de combate respetable que dominaba toda la Costa Grande;

que todo su armamento provenía del que se había arrebatado a los enemigos. “El grupo de amigos y mozos con que atravesé el río de las Balsas se ha convertido en un ejército de tres mil hombres, fuerte y bien organizado, bien armado con fusiles y cañones quitados al enemigo. Sólo los machetes costeños con que arrancamos esas armas, son todavía los nuestros.”

Mencionó las principales acciones bélicas en las que habían obtenido la victoria: Aguacatillo, Llano Grande, la Sabana, Tonaltepec y destacó el temor que ya despertaban los insurgentes sureños a militares de carrera y experiencia: Calatayud, Paris, Sánchez Pareja, Rionda, Caldelas y otros más; reconoció que no podrían apoderarse del fuerte de San Diego sin artillería apropiada y concluyó esta primera parte de su alocución diciendo que la mayor ventaja era haber convertido a labriegos en combatientes disciplinados que libraron combates exitosos gracias a que “los días de descanso han sido días de instrucción, los campamentos, campos de maniobra, y las batallas ensayos de nuestra pericia. Siempre recordaremos, señores, estos bosques y estas montañas, y sobre todo *El paso a la Eternidad*, como la escuela en la que hemos aprendido, combatiendo, el arte de la guerra”. Así fue “el principio que tuvo la revolución en la costa del sur, que puso en el mayor peligro al dominio español en Nueva España”, como lo reconocería el historiador conservador Lucas Alamán, enemigo de los insurgentes.

Después, solemnemente informó que por la Gaceta del Gobierno de México del 9 de abril de 1811 se había enterado de la traición ocurrida en Acatita de Baján y de la captura de Hidalgo, Allende y otros iniciadores del movimiento. Añadió que no tenía duda de que serían condenados a muerte, que el enemigo no daba cuartel, que los insurgentes no se lo pedían, ni tampoco se lo darían. Todos callaron con el rostro demudado. Entonces Morelos los exhortó: “Es necesario reanimar con nuestra aparición en las comarcas más próximas a México, el

espíritu de los que simpatizan con nuestra causa, y que debe encontrarse abatido con este infortunio.

“Es necesario probar a la nación que la muerte de un caudillo no acaba con los principios que proclamó, ni con el pueblo que los defiende. Es preciso hacerle ver que aunque la estrella de la insurrección palidezca en el norte, todavía sigue brillando en el sur. Es indispensable interrumpir la alegría que hoy enloquece a nuestros enemigos, con nuestro grito de guerra lanzado en medio de ellos para que sepan que si muere un insurgente, hay mil para vengarlo.

“Mi intención es —concluyó Morelos— que nos dirijamos mañana mismo al centro de la Intendencia de México. Deseo oír la opinión de ustedes.”

“—¡Estamos listos todos!— dijo, levantándose con entusiasmo, don Hermenegildo Galeana!

“— Si—, exclamaron a una voz los demás jefes, poniéndose en pie”.

Explicó que pronto se lanzarían contra ellos Calleja y sus fuerzas, que si marchaba todo el ejército sureño al centro del país podría perderse lo conquistado y exponerse a un ataque por la retaguardia. Le preguntó a sus jefes su opinión al respecto, cuál sería un plan de acción adecuado a las circunstancias en que se hallaban sus fuerzas y las del enemigo.

Galeana se adelantó a proponer que el grueso de las tropas podría quedar sitiando Acapulco, resguardando la costa sureña y en contacto con Zacatula; con la otra parte, más reducida, integrada por el Regimiento de Guadalupe que él había conformado y encabezaba, deberían iniciarse las acciones en el centro del país.

Reforzó ese punto de vista Leonardo Bravo. Agradeció a nombre de sus hermanos Miguel y Víctor el honroso cargo de coroneles con que los había distinguido Morelos; afirmó que la familia Bravo podía presentar mil hombres en cuanto lo requi-

riera el jefe; a pesar de que eran presionados por el subdelegado en Tixtla, Joaquín de Guevara y concluyó que sus hermanos y él estaban dispuestos a unirse a la insurgencia de la que eran decididos partidarios, “razón por la cual se nos ha perseguido con encarnizamiento desde que conocieron los *chaquetas* que éramos amigos de los insurgentes”.

A Morelos le agradó el plan esbozado y decidió que se aplicaría de inmediato. Se confirmaba en el ánimo de Morelos la primacía que estaba alcanzando Galeana, no solamente por su valor, también por su capacidad como guerrero eficiente y visionario, orientando al ejército rebelde. Ése fue el resultado de la junta de guerra a la que asistió lo más granado de la insurgencia sureña. Además de los ya mencionados también estuvieron presentes en el campamento los capitanes Nicolás Bravo y Vicente Guerrero, que se habían incorporado entre el 10 y el 15 de diciembre a las órdenes de Galeana. Más tarde se integraría otro destacado jefe de la Independencia, Félix Fernández, más conocido como Guadalupe Victoria, que también haría sus primeras armas en las filas del Regimiento de Guadalupe. En un recuento de los hombres destacados que se formaron política y militarmente a la sombra de Morelos, no hay que olvidar a Manuel Mier y Terán ni a Juan Álvarez, que encabezaría muchos años después la revolución de Ayutla en 1854, contra la dictadura de Antonio López de Santa Anna. Fue Presidente de México y abrió el cauce para la Reforma, la gran transformación llevada a cabo por los liberales.

Conviene esbozar antes la situación social y política de la comarca que se aprestaban a invadir los insurgentes. Al empezar la guerra de Independencia, el Virrey Venegas dio instrucciones a todos los mandos burocráticos a lo largo y ancho del país para que formaran contingentes bajo la denominación de “Fieles realistas de Fernando VII” con objeto de impedir que cundiera la revolución y fueran encarcelados los simpatizantes de la insurrección. En la zona central de lo que hoy conocemos

como estado de Guerrero, el poblado de Tixtla era un importante centro comercial y agrícola. Se beneficiaba por su ubicación ya que era paso obligado de los arrieros que transportaban las mercaderías provenientes de la Nao de China rumbo al centro del país. En 1811 Joaquín Guevara desempeñaba los cargos de subdelegado, cuya autoridad dependía directamente del Virrey y comandante militar. Dueño de las haciendas azucareras de Tepechicotlán, Acahuitzotla y San Miguel, se comportaba en la misma forma de lo que hoy conocemos como un cacique, que defendía un sistema colonial y feudal del que era beneficiario. Al conocer el avance independentista en la Costa Grande determinó fortalecer las milicias locales colocando al mando a jefes realistas, fortificó Tixtla con ocho piezas de artillería, adquirió armas y parque en abundancia y buscó el respaldo y la colaboración de otras personas con su misma ideología.

Su principal ayuda era el cura Manuel Mayol, furibundo realista que decía coléricos sermones con los que mantenía su dominio sobre los creyentes, predicaba cuatro días a la semana y aumentaba su rabia en la medida que Morelos y sus tropas ganaban terreno. Un argumento principal, repetido en innumerables pueblos y ciudades de Nueva España, era que los rebeldes habían abandonado el culto católico y libraban una lucha contra Dios. Estas creencias habían penetrado en la mente de los pobladores y propiciado el rechazo a su causa. Es por ello que cuando Morelos le preguntó a Vicente Guerrero, nativo de ese pueblo, cuál era la situación en Tixtla, éste le había respondido explicando la situación provocada por las prédicas del clérigo donde la mayoría de sus habitantes simpatizaba con las autoridades virreinales. Formaba parte del núcleo más duro de la contrarrevolución en ese lugar el coronel español Fuentes.

Debido a ese ambiente turbio creado en Tixtla por la contrarrevolución local, cuando Morelos interrogó a Vicente Guerrero, originario de ese poblado, si encontrarían simpatizantes en el pueblo, Guerrero le respondió:

“Señor, me da vergüenza decirlo, pero en mi tierra todos son contrarios. Los únicos insurgentes que había allí, somos los que estamos en este campamento. Los tenientes Mariano y Manuel Bello, y yo. El pueblo de Tixtla no tiene la culpa, señor sino los pocos ricos *chaquetas* que hay allí, y sobre todo, el cura don Miguel Mayol, que predica contra nosotros todos los días.”

Riendo, Morelos respondió que ya lo sabía, que el cura se embriagaba con el licor de la región y que no era el único que hablaba mal de él.

Al otro día se puso en práctica el plan acordado. Las tropas marchaban siguiendo a la primera bandera de los ejércitos de Morelos con su vistosa cenefa de cuadros blancos y azules enmarcando la figura de un águila sobre un nopal devorando una serpiente y la expresiva leyenda “Igualmente victoriosa con la mirada y con las garras” escrita en latín. Quedaba al frente de los contingentes responsables de cuidar los territorios costeros el coronel Julián Ávila.

De acuerdo a la ruta sugerida por Leonardo Bravo se emprendió el camino de la sierra, más difícil, pero más directo y oculto a los partidarios del virreinato porque evitaba los caminos más transitados donde podría localizarse fácilmente el avance del contingente. Galeana encabezaba la vanguardia y se adelantaron los Bravo para iniciar el reclutamiento.

Entre tanto, los realistas habían decidido estrechar la vigilancia sobre la familia Bravo. Sus sospechas sobre su conducta eran mayores. No habían colaborado a formar las milicias que supuestamente defenderían esa comarca, también ya se había corrido la voz acerca de su simpatía por los insurgentes. Enfrentados a estos rumores y sospechas acerca de sus convicciones políticas y en prevención de un peligro mayor, se habían ausentado de la hacienda y escondido en una cueva denominada Michapa donde permanecieron ocultos varios meses, dispuestos a pelear si los encontraban los realistas, hasta que se integraron con Morelos. Ahí encontró Leonardo al pa-

triarca de la familia, don Miguel, al que le informó de la junta con Morelos y de su inminente llegada. El subdelegado Guevara decidió vigilarlos más de cerca y si era necesario aprehenderlos, con estas instrucciones envió a un tal comandante Lorenzo Garrote a Chichihualco, hacienda propiedad de los Bravo. En su trayecto, y para su sorpresa, encontró algunos pelotones armados y los atacó, derrotándolos.

Coincidentemente y por un camino diferente ya había llegado Galeana a la hacienda. Enterado de la proximidad del comandante Garrote y de sus soldados, ni tardo ni perezoso Galeana se dirigió al río donde se bañaban y lavaban su ropa los costeños del Regimiento de Guadalupe. Avisados del peligro y obedeciendo las órdenes de su jefe, empuñaron sus machetes y desnudos, lanzando su terrible grito de guerra ¡Galeana! ¡Galeana! Se lanzaron contra los enemigos. Los realistas aterrados ante esos energúmenos negros que se les iban encima echaron a correr dejando a su paso armamento, parque, dinero y cuanto carga llevaban encima. La presencia de un grupo de caballería mandado por los Bravo afianzó su derrota. En su carrera no pararon hasta Chilpancingo y sin detenerse siquiera para tomar aliento, el comandante Lorenzo Garrote huyó a Tixtla adonde llegó en la madrugada del día 22 de mayo para informarles al subdelegado Guevara y al coronel Cosío la mala noticia de la proximidad de las fuerzas sureñas, que seguramente para esas horas ya habrían tomado Chilpancingo.

Vale destacar que en ésta como en muchas otras acciones bélicas jugaron un papel determinante los costeños alistados en el Regimiento de Guadalupe en su mayoría negros, originalmente esclavos liberados o fugados que se adaptaban al clima tropical y construían nuevas familias de mulatos, mestizos y demás castas que durante la era colonial fueron despreciadas, sometidas a constantes vejaciones. Nunca será tarde para reconocer que el ejército de Morelos tenía en ellos a su núcleo duro, fieles hasta la muerte de su

querido y respetado jefe Hermenegildo Galeana. A nivel de tropa no abundaban los criollos que militaban en las fuerzas de Morelos. El mismo Morelos procedía, según Lucas Alamán, de una de las castas mezcladas de indio y negro. Afianzan esa idea el color moreno de su piel y sus rasgos físicos de mestizo, dentro de la variedad del mulato.

Arribó el resto del cuerpo insurgente a Chichihualco y reemprendió de inmediato su marcha a Chilpancingo donde llegó el día 24. No encontró resistencia pues la guarnición enterada del triunfo de Galeana se dispersó o se marchó a reunirse con los defensores de Tixtla. La población de Chilpancingo recibió con entusiasmo a los insurgentes, fraternizaba con ellos y adornó con flores la casa donde se alojó Morelos. Los espías enviados por el cura Mayol a observar la situación de sus enemigos le reportaban el recibimiento caluroso que les habían dado. Altamirano comenta que esas noticias “hacían bailar de cólera” al cura que las repetía, exagerando, a los militares responsables de la defensa de Tixtla, Guevara y Cosío quienes no cesaban de repetir, para darse valor, que estaban a sus órdenes el regimiento Fijo de México con sus soldados vestidos de grana y llamados por ello *colorados*; el regimiento Lanceros de Veracruz; los compañías de milicianos de Tixtla, Chilapa, Zumpango y Tlapa y 400 indígenas de la región; en total alrededor de 1,500 hombres con ocho piezas de artillería y buenas fortificaciones.

En la mañana del 26 de mayo apareció en los cerros cercanos la vanguardia de los 600 insurgentes. Frente al pueblo Morelos llamó al cura José Antonio Talavera y lo envió a pedir la rendición de la plaza y evitar el derramamiento de sangre. Altivos, confiados en el mayor número de sus tropas y en un mejor armamento Cosío, acompañado del comandante Garrrote, respondió que era ridículo que intimara la rendición al “frente de una chusma”. Informado Morelos, una vez que observó la disposición de la defensa, llamó a Hermenegildo Ga-



leana y lo instruyó: “en una hora ese fortín tiene que estar en nuestro poder” y añadió “a las doce comemos en Tixtla”.

Con un asalto directo de los americanos empezó la batalla. Leonardo Bravo se dio cuenta de que Morelos avanzaba para participar directamente en el combate e intentó detenerlo, argumentando que no debería exponerse como un soldado. Morelos le respondió: “Amigo Bravo, hay casos en que toda la táctica consiste en el arrojo y en que la orden del general debe dar el ejemplo. Este es uno de ellos. El enemigo tiene su fortín, su plaza su artillería y mil seiscientos hombres. Nosotros no somos más de seiscientos, y sin artillería. Sólo el arrojo puede triplicar nuestras fuerzas y hacernos superiores”. Concluyendo con estas palabras y gritando “ahora nosotros”, Morelos se lanzó al frente sable en mano.

Duró seis horas el combate y la derrota de los españoles era contundente. De nada valió la superioridad numérica de los defensores, ni la superioridad que tenían en artillería y fortificaciones. Realizando un enorme esfuerzo fueron desalojados de sus trincheras. Galeana al frente del Regimiento de Guadalupe se destacó al atacar y tomar la fortificación más difícil. Los jefes españoles huyeron y tuvieron dificultad para explicar cómo era que a pesar de tener más recursos habían sido derrotados por un ejército más reducido. Al mediodía comían Morelos y sus hombres en Tixtla. No fue difícil terminar con la pacificación del poblado. El cura Mayol, tembloroso y asustado, se presentó primero ante Guerrero suplicándole su intervención para que no le ocurriera nada a él y a las familias que se habían refugiado en el templo. Ante Morelos vestido con los hábitos y enarbolando la custodia y repitió su petición de clemencia. Éste lo responsabilizó de asustar a la gente y le mandó calmarla asegurándole que nada les pasaría. Más tarde el cura le informó que todo estaba listo para el *Te Deum* e insistió en pedirle perdón por los sermones incendiarios calumniosos lanzados contra el Libertador, quien le respondió que no había

pedido que se organizara esa ceremonia y que no tenía nada que perdonarle, “Yo no hago caso de usted”.

Enterado de la toma de Tixtla, el coronel Fuentes, oficial español que atacaba a los insurgentes en El Veladero, cesó sus embates y se dirigió el 15 de agosto a Tixtla, que Morelos había dejado para acudir a Chilpancingo a las ceremonias con motivo de la Asunción de la virgen María. Una pequeña guarnición bajo la jefatura de Hermenegildo Galeana resguardaba el lugar. Esta circunstancia estimulaba la ilusión del coronel Fuentes de recuperar la plaza. Galeana dispuso que la defensa se concentrara en las trincheras del centro de Tixtla, donde se ofreció una resistencia vigorosa, pero que no podía durar mucho tiempo por la desventaja numérica y de armas, con la agravante de que escaseaba la pólvora porque las lluvias la habían mojado casi en su totalidad. A pesar de ello se combatió todo el día, Galeana iba de un lado a otro alentando a los defensores, esperando la ayuda de Morelos. El aviso llegó a tiempo, los refuerzos insurgentes se desplazaron muy temprano al otro día. Enterado de la cercanía del apoyo bélico que necesitaba, Galeana ordenó que se tocaran las campanas del templo. Confiados en la proximidad de su triunfo los españoles se desconcertaron. Trabados en el combate no alcanzaron a darse cuenta de la proximidad de la fuerza que se les venía encima. Cuando lo hicieron era porque ya estaban siendo atacados. El disparo de El Niño, el cañón que desde Tecpan acompañaba a los insurgentes, seguido de la presencia de los hombres de Morelos, completó un cambio en las condiciones del encuentro. Galeana saltó de las trincheras machete en mano y se lanzó al frente de sus hombres, expertos en el uso de esta arma. La lluvia mojó la pólvora de todos los combatientes inutilizando las armas de fuego y se libraron los últimos instantes del combate con armas blancas. A los realistas no les quedó más remedio que retirarse a la desbandada. Perseguidos por los insurgentes entraron en desorden a Chilapa, otros continuaron su huida hasta Tlapa. El botín de guerra obtenido comprendía

400 fusiles, 4 cañones y muchos pertrechos de guerra. Entre los 400 prisioneros capturados se hallaba Pepe Gago, el que había traicionado al ejército sureño en el fuerte de San Diego. De inmediato fue fusilado por órdenes de Morelos.

Sin adversario inmediato al frente, Morelos, con una visión de estadista que muy pocos le hubieran reconocido a un cura de pueblo, se ocupó de organizar la comarca conquistada y en obtener los recursos necesarios para continuar la guerra. Desarrollando una actividad incansable se ocupaba de los asuntos grandes y de los pequeños. Siguió el rumbo fijado en Tixtla donde emitió, el 13 de julio de 1811, un decreto sobre la acuñación y giro de moneda con objeto de solventar las necesidades de las tropas con moneda de cobre, fijando sus características de tamaño; del “sello, por un lado será una *flecha* con un letrero al pie que señala el viento que corresponde, que es del *Sur*; y por otro lado tendrá una marca que en una pieza forma M. O. y S. Que el abreviado quiere decir Morelos, de esta forma M. y encima de ella el valor de la moneda, si fuere *peso, tostón, peseta, real o medio*”. Nombró comisionados para tomar cuenta de las rentas reales, creó una nueva provincia cuya cabecera sería Tecpan. Lucas Alamán, monárquico y conservador irreductible, reconoce, sin embargo, que en la correspondencia y decretos aprobados “descubre un carácter de originalidad que deja traslucir una gran fondo de buena razón”. Morelos se ocupa, además, de todas las menudencias: buscar cuevas de salitre para fabricar pólvora, construcción de sacos y otros útiles de guerra, prevenciones para impedir el extravío de armas, medidas para evitar las desertiones. Reconoce Alamán que ni las enfermedades, ni los accidentes más graves eran obstáculo a esta prodigiosa actividad y cita un comunicado de Morelos a la Junta de Zitácuaro “camino aunque con poca felicidad en la salud, pues la madrugada de ayer recibí los Sacramentos de resultas de un fuerte cólico, y a las ocho leguas de caminata de

hoy, hizo una maroma la mula en que venía, que me ha descompuesto una pierna, cuyas secuelas todavía le lastimaban con el trote de la bestia. Eran frecuentes los avisos que recibía, de diversas fuentes, informándole acerca de amenazas contra su vida, sobre todo de personas comisionadas para envenenarlo. No les daba ninguna importancia. Incluso cuando Ignacio López Rayón, que presidía la Junta (insurgente) de Zitácuaro, le dio las señas de que el supuesto envenenador era un hombre grueso y barrigón que había ofrecido entregarlo al Virrey, en la nota de respuesta Morelos añadió “que no hay aquí otro barrigón que yo, la que en mi enfermedad queda desbastada”.

Lo que sí representó un peligro más concreto fue la conspiración de un artillero norteamericano apellidado Farell (o Faro, según otros autores) y un tal capitán Tabares quienes pretendían asesinar a los jefes independentistas y promover un levantamiento en los que se enfrentaran entre sí los diferentes grupos étnicos de la región, en la que pelearían negros contra blancos, indios, mestizos, sembrando la confusión y debilitando la causa popular. No tuvo nada de teórica esta conjura. Farell y Tabares habían llegado a El Veladero y destituido a Julián de Ávila, pero antes de que sus nefastos planes continuaran, Morelos llegó al sitio, aprehendió a ambos, repuso en el mando a Ávila y ordenó la ejecución de los conjurados. Una vez que sus hombres hubieran descansado durante tres meses, hasta noviembre, de Tixtla se dirigieron a Tlapa que fue tomada sin resistencia y donde se integró Mariano Tapia, cura del lugar. Cuando llegó a Chiautla con las dos compañías de su escolta, a la que llamaban los “cincuenta pares” y que las componían cien hombres en total, y ochocientos indios flecheros, encontró esperándolo para combatir al español Mateo Musitu bien atrincherado en el convento de San Agustín una verdadera fortaleza, con cuatro cañones, uno de los cuales llevaba el nombre de Mata-Morelos. Los realistas efectuaron una salida el 4 de diciembre que fue rechazada por el contingente insur-

gente que entró combatiendo al convento y consumó su triunfo. El jefe Musitu intentó comprar su vida ofreciendo cincuenta mil pesos, pero su oferta fue rechazada y murió fusilado junto con los otros prisioneros.

En seguida Morelos dividió su ejército en tres cuerpos. Uno encabezado por él se adueñó pacíficamente de Izúcar el 11 de diciembre, siendo recibido con entusiasmo por la población. Preocupado Ciriaco del Llano, jefe militar de Puebla, ordenó al teniente de fragata Miguel Soto y Maceda, al frente de quinientos hombres, recuperar Izúcar. Para el 17 de diciembre, fecha en la que fueron agredidos por los realistas, ya habían tenido tiempo los rebeldes de levantar trincheras y parapetos, y aunque penetraron por dos puntos al llegar a la plaza fueron rechazados. Duró cinco horas la batalla y fue derrotada la partida virreinal. Perseguidos, llegaron menos de la mitad a Atlixco. Otra porción del ejército fue puesta a las órdenes de Nicolás Bravo con las órdenes de atacar Oaxaca, pero no fue posible concluir exitosamente su misión porque Francisco Paris lo derrotó en Tecanextla el 29 de enero de 1812. La tercera fracción comandada por Galeana tomó por la fuerza de las armas Tepecoacuilco y Taxco, después incurrió, a mediados de enero, en el valle de Toluca, apoderándose de Tecualoya y atacando Tenancingo el día 22. Aunque fue derrotado Rosendo Portier, quien huyó a refugiarse con los pocos soldados que sobrevivieron a Toluca, fue a costa de un desgaste importante de los insurgentes.

Cundió en Puebla el temor de que las victorias de Morelos y Galeana los incitasen a marchar sobre esa ciudad. Sobre todo porque la posibilidad de defenderla militarmente estaba restringida por la falta de tropas provenientes del sur luego de las derrotas sufridas a partir de noviembre de 1811. No estaba desencaminada esa presunción, efectivamente era una de las opciones que la coyuntura había abierto a Morelos. También

existía la posibilidad de marchar sobre Toluca y adueñarse del paso natural a la Ciudad de México.

Era una región muy extensa la que dominaban los insurgentes de Morelos: toda la comarca comprendida desde las montañas que rodean al Valle de México hasta la costa, y desde el río Balsas hasta el camino de Acapulco a la Ciudad de México. No obstante existían importantes contingentes enemigos en la ciudad de Oaxaca y en parte de lo que hoy es el estado de Puebla.

Sin embargo, el desarrollo de la lucha nacional de la insurgencia experimentó un vuelco en Michoacán. Ignacio López Rayón secretario del cura Hidalgo lo acompañó la mayor parte del camino al norte novohispano, y luego por instrucciones de éste se quedó en Saltillo al mando de un contingente en previsión de futuras circunstancias, se le había autorizado para mandar el ejército y se le dieron instrucciones para continuar la guerra. Por ello pudo librarse de la emboscada en la que cayeron los insurgentes en Acatita de Baján, cerca de Monclova. Apreciando que en esa ciudad estaba inseguro la abandonó. La retirada de López Rayón de Saltillo hasta Michoacán, librando constantes batallas contra las guarniciones realistas que resguardaban esas comarcas y contra las fuerzas enviadas por Calleja para destruir su contingente, es un hecho destacado de la insurgencia, máxime que tuvo que sobreponerse a la desmoralización provocada por la captura de Hidalgo y sus compañeros. Convencido de la necesidad de coordinar y dirigir a los diferentes grupos armados, se estableció en Zitácuaro a mediados de 1811 y el 19 de agosto formó la Suprema Junta Nacional Americana, conocida también como la Junta de Zitácuaro, que fue el primer intento de integrar un gobierno novohispano. En su composición participaron José María Liceaga que combatió en las batallas del Monte de las Cruces y Aculco y José Sixto Verduzco quien fue el tercer triunviro que la constituyó. Las designaciones fueron aprobadas por una reunión de generales insurgentes de esa comarca. No prosperó ese in-

tento de coordinación y de gobierno porque su autoridad no estaba solidamente fundamentada, como reconocía el mismo López Rayón a Morelos varios meses después, en abril de 1812, “mientras la Junta no tenga una fuerza respetable que sostenga sus resoluciones, es en vano dictarlas”. No bastaba la autoridad que los primeros jefes de la insurgencia habían otorgado a López Rayón, si no lo respaldaban éxitos militares consistentes. Además, las discrepancias que surgieron entre sus miembros, tanto políticas como personales, vulneraron la unidad tan necesaria en procesos de cambio revolucionario.

A pesar de sus declaraciones de fidelidad a la corona española, la Junta se convirtió en el objetivo principal de la represión militar ordenada por el virrey Venegas, quien acordó con Calleja un plan para derrotarla, desintegrarla y capturar a sus integrantes. Después de dos infructuosos ataques de las fuerzas coloniales, el virrey reforzó sus tropas y designó a Félix María Calleja al mando superior de un ejército reforzado. Éste atacó Zitácuaro el 2 de enero de 1812, y después de una resistencia heroica sometió la ciudad y desalojó a López Rayón. No conforme con su victoria, Calleja publicó el 5 de enero un bando, con el afán de aterrorizar a la población que había respaldado la insurgencia y para vengar las dos derrotas sufridas en los anteriores ataques, que parecía como bien dice Carlos María de Bustamante, una medida digna de un “bárbaro califa que está en su poderío de hacer temblar a los hombres a su presencia, y pasearse ufano sobre las cenizas y escombros de los pueblos que devasta”. Sintetizamos ese decreto: Las tierras y demás bienes pertenecientes en común o en particular a los naturales de esta villa y de los pueblos que tomaron las armas a favor de los rebeldes son adjudicadas a la real hacienda. A los indios les quita las prerrogativas otorgadas por las Leyes de Indias. Caen en la misma situación de expropiación los bienes de españoles y demás castas no indias que apoyaron a la Junta.

Concede a los que se presenten voluntariamente a trabajar en obras de reconstrucción de caminos y otras el perdón, pero sin derecho a recobrar sus tierras.

Decide que La infiel y criminal villa sea *arrasada, incendiada y destruida*. Todos sus habitantes, sin importar sexo ni edad, deberán abandonarla. Como un acto de conmiseración se les permitirá llevar sus bienes y demás muebles que tengan.

Todos los individuos y familias deberán portar un documento expedido por las autoridades gubernativas que contenga sus datos personales y familiares para que no los confundan con los rebeldes o con sus simpatizantes. Quien no porte ese documento o no haya abandonado la villa *será pasado por las armas*.

Todos los habitantes deberán entregar en un plazo de tres días las armas y los efectos procedentes de robos y saqueos cometidos por los rebeldes. Se aplicará la pena capital a quien no lo haga. El cura y todos los eclesiásticos serán remitidos a Valladolid junto con los vasos sagrados y alhajas de sus templos y quedarán a disposición del obispo de su diócesis.

Las tierras de las que se habla al principio “serán vendidas a personas honradas y de conocida fidelidad con la prohibición de fundar pueblo alguno en este lugar”.

Y se cumplió el criminal decreto: Zitácuaro fue arrasado e incendiado. Durante muchos días las ardientes llamas consumieron el pueblo. El Virrey organizó un desfile en la Ciudad de México para festejar la victoria. Calleja lo encabezó montado en un caballo robado en Guanajuato a la hermana de la marquesa de Rayas. Quien se decía perseguidor de “ladrones” se mostraba en público como un cuatrero.

El triunfo de Calleja modificó los planes de Morelos. Las tropas del Ejército del Centro, las más numerosas y mejor armadas, quedaban libres para combatirlo, pues ya era considerado el enemigo principal del virreinato. Por eso, Morelos prefirió no dejar enemigos a la espalda y consolidar su dominio sobre tierra caliente y territorios aledaños. Volvió sobre sus pasos rumbo al



sur. Previendo la embestida virreinal, estaba convencido de que el Virrey Venegas ordenaría a Calleja combatirlo.

A partir de este análisis estratégico dejó encargado de Izúcar al capitán Vicente Guerrero y se dirigió a Cuautla donde quedó Leonardo Bravo responsable de reclutar soldados, fortificar la plaza y reunir pertrechos. Se dirigió a Taxco para juntarse con Galeana y desvanecer la pretensión del mariscal Ignacio Martínez enviado por la Junta de Zitácuaro, quien pretendía, a nombre de dicha Junta, apropiarse el botín de guerra y asentar la autoridad emanada de ella. Con su presencia en esa población su dirección fue indiscutible y aunque siguió por unos días a Galeana a Tenancingo, ya había decidido replegarse y concentrar sus fuerzas en Cuautla para enfrentar la embestida de Calleja. La genialidad militar de Morelos y la enorme capacidad ejecutiva de Hermenegildo Galeana continúan asombrando a los militares de carrera. En este sentido es muy reconocida la decisión de enviar al capitán José María Larios a Chalco con la misión de observar los movimientos de los realistas e informarle inmediatamente de sus acciones. Los mejores refuerzos rebeldes fueron la incorporación de Francisco Ayala y, sobre todo, de Mariano Matamoros, que en pocos meses se convertiría junto con Galeana en sus lugartenientes de mayor peso militar y político. El mismo Morelos los definió como sus “brazos”. Ambos se presentaron ante Morelos en diciembre de 1811 en Izúcar, narrando historias similares de persecución arbitraria por parte de las autoridades virreinales.

En lo que hoy es el estado de Morelos, en su parte oriental, ejercían el poder en forma por demás autoritaria, respaldando todas las medidas represivas ordenadas por el Virrey, un hombre de edad llamado Anselmo Rivera, quien ejercía el cargo de administrador de Rentas Reales y el subdelegado coronel Joaquín Garcilazo. Temerosos de que surgirían guerrillas insurgentes, llevaban a la práctica la formación de grupos “leales al Rey Fernando VII” aglutinando a todos

los que se manifestaban a favor del virreinato. Perseguían con saña cualquier expresión de simpatía a la insurgencia. Fue así como desataron sus acciones represivas contra Francisco Ayala y Mariano Matamoros.

## **Mariano Matamoros**

Mariano Matamoros y Orive (algunos historiadores consideran que su segundo apellido era Guridi) es indudablemente una figura excepcional en la guerra por la Independencia. Nació el 14 de agosto de 1770 en el número 22 de la primera calle de la Merced, hoy conocida como Venustiano Carranza en la Ciudad de México. No hay datos fidedignos de su infancia que al parecer la vivió en San Felipe Ixtacuitla, Tlaxcala. Ya adolescente estudió en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco y se graduó como Bachiller en Artes; después se graduó en Teología y recibió las órdenes de presbítero y poco después las sacerdotales. Posteriormente estuvo en diversas parroquias hasta que en diciembre de 1807 fue enviado a Jantetelco, en el hoy estado de Morelos. Ahí se hizo querer por sus feligreses. En las charlas con ellos expresaba su entusiasmo por la causa de la Independencia, lo que aunado a las intrigas de alguno de sus malquerientes, provocó una denuncia en su contra como simpatizante de la insurgencia con el mismo Anselmo Rivera que inició la persecución contra Francisco Ayala. También fue acosado por Joaquín Garcilaso, quien al frente de una partida intentó apresarlos. Enterados los habitantes de Jantetelco de esa acción le avisaron a tiempo al cura Matamoros para que se escondiera. Desde su escondite observó la llegada de los represores, se dio cuenta de que iban decididos a llevarlo detenido a Cuautla. Al no encontrarlo se retiraron, lo que aprovechó Matamoros para reunirse con las personas de más confianza y evaluar la situación. Algunos opinaban que no se marchara del pueblo, que colocarían vigías y avisarían de

cualquier movimiento sospechoso. Sin embargo, predominó la opinión formulada por el mismo Matamoros de que lo más conveniente era huir convencido de la justicia y la grandeza de la causa libertaria. El 16 de diciembre se presentó ante Morelos en Izúcar acompañado de Joaquín Camacho, Ignacio Chavarría, Ignacio Noguera y su hijo Apolonio.

Morelos apreció desde el primer instante la destacada personalidad de su nuevo adepto. Su figura física no se presentaba para reconocerle a primera vista su valía. Bustamante que lo conoció en persona lo describe así: “era un hombre delgado, rubio, de ojos azules, picado de viruelas, voz gorda y hueca; fijaba continuamente la vista en el suelo, inclinaba la cabeza sobre el hombro izquierdo, más parecía un novicio carmelita que un gigante con un espíritu marcial”. Otros historiadores añadieron más datos para su descripción: era de estatura pequeña, de color blanco amarillento, el ojo izquierdo era más pequeño que el derecho, debido a la caída del párpado; tenía tan arraigado el vicio de fumar puro que nunca se lo quitaba de la boca y en la silla donde se sentaba había hecho un agujero en la vaqueta a un lado del asiento, el que le servía para clavar su puro cuando tenía que entrar a la iglesia o hacer algo en que éste le estorbaba. De tales descripciones podemos concluir que no existe ninguna imagen o dibujo que lo retrate como era en realidad y que se trata de una falsificación el cuadro donde supuestamente aparece enredado en una capa negra con un sable en la mano. No es el único caso de suplantación pictórica de los héroes de la Independencia. A la fecha continúa abierta la polémica acerca de cual de los cuadros que se dicen recogen la figura del cura Miguel Hidalgo es la que más se aproxima a retratarlo como fue en la realidad. Otro tanto sucede con José María Morelos y Pavón. Sin embargo, todo indica que en el caso de Mariano Matamoros la suplantación fue extrema. Nada coincide con la descripción documental que hicieron aquellos que lo conocieron en vida.

Aunque no hay datos precisos del desempeño de Matamoros en la conquista de Izúcar, habiéndose incorporado al Estado Mayor de Morelos lo más probable es que en esta acción haya recibido su bautismo de fuego. Asimismo, ya se le había encargado el reclutamiento de vecinos de Jantetelco para incorporarlos al ejército insurgente.

Acatando esas instrucciones, Matamoros escribió a sus amigos y vecinos del curato donde había desempeñado su oficio, pidiéndoles que reclutaran gente. El vicario Matías Zavala, que ocupaba su puesto en la iglesia del pueblo, José Perdiz, subdelegado del lugar, José de Jesús Alcocer, José Figueroa, Miguel Paredes y Mariano Ramírez desempeñaron la tarea de formar la base del regimiento que comandaría Matamoros. Cuando regresó a Jantetelco para conocer el resultado de su gestión, se presentó José Perdiz y le entregó una relación de cuarenta patriotas que habían decidido su incorporación. A su vez, recibió el nombramiento de coronel que le había extendido Morelos y llamó al preceptor Joaquín Camacho nombrándolo capitán abanderado.

Preocupado por las batallas en las que estaba enfrascado Morelos y consciente de la urgencia de reforzarlo, Matamoros marchó con sus hombres a la búsqueda del caudillo y como ya no lo encontraron en Cuautla se dirigieron a darle alcance en Taxco donde se incorporaron y participaron junto con Galeana y Bravo en las acciones de Tecualoya y Tenancingo en enero de 1812. Incorporado plenamente, Matamoros escribió en uno de sus cuadernos: “La valiente tropa con la que nos unimos al padre Morelos y que tengo el honor de mandar comienza a sobresalir sobre las otras muy ilustres que acompañan a don José María Morelos. Mi comportamiento de jefe ha sido directo y claro con la disciplina y las ordenanzas que se siguen y tengo la grande satisfacción de estar formando un cuerpo de excelencia”.

“De mucho provecho ha sido la compañía de grandes jefes que acompañan a José María pues he aprendido de ellos y los he tratado de emular.”

“El valor de mi tropa ha causado honda impresión en don Hermenegildo Galeana, puesto que su valor es inimitable. Me siento satisfecho de que don José María pueda descansar en la valentía de esta gente y en su patriotismo, asegurado de que no desmentirá el grado de reputación que justamente se está granjeando.”

Después se concentró como la mayor parte de las fuerzas dirigidas por Morelos en Cuautla, preparándose para los combates que se librarían en esa región.

## **Situación de la insurgencia en 1811**

Hidalgo y Allende encontraron un terreno fértil, abonado por el despotismo y la explotación, para que germinara la semilla de la insurrección. Era el resultado de siglos de agravios e injusticias acumuladas. Con razón decía Alamán: “En todos los pueblos hallaba el cura Hidalgo una predisposición tan favorable, que no necesitaba más que presentarse para arrastrar tras de sí todas las masas”. En una visión maniquea, Alamán sostiene que la propensión al robo y al saqueo fomentó la popularidad y el respaldo de las clases más bajas de la población a la rebelión. Al hacerlo de esta manera omite que durante tres siglos todos los estratos sociales, en mayor medida los indios, los mestizos y las castas, sufrieron los actos despóticos de todos los núcleos privilegiados del virreinato, empezando por la monarquía, continuando por la burocracia real, los hacendados, los mineros, el alto clero, en fin, todos los que constituyeron el bloque dominante de la colonia. ¿Lamentables los actos de saqueo?, sí, pero no olvidemos que eran la consecuencia de la opresión y la explotación. Es falso que los indios y las castas tuvieran

una propensión viciosa al robo. Antes de 1810, aunque había un descontento superior al de otras épocas, prevalecía entre la mayoría del pueblo un triste estado de sopor social y conformismo, roto de vez en cuando por convulsiones sociales que rechazaban situaciones intolerables. Así es la historia de todas las revoluciones: los oprimidos intentan aprovechar los resquicios legales que deja el régimen para canalizar sus demandas en forma pacífica. Una y otra vez son violentados sus derechos más elementales y burlados sus recursos legales, es más, en muchas ocasiones son reprimidos brutalmente. Entonces la indignación y el descontento rebasan las protestas pacíficas a las que se habían atenido inicialmente los trabajadores ya sean campesinos, obreros o pueblo en general, y rompen el embalse que las contenía. Entonces, asustados y con temor, los dueños del poder claman contra la brutalidad de la población y exigen que se regrese a las formas pacíficas de protesta y petición. Vista en perspectiva ésta es la dinámica del inicio de las revoluciones. Sea la revolución francesa, cuando el monarca absoluto mandó disolver la Asamblea Nacional con el ejército; sea la revolución de Independencia Estadounidense cuando su protesta por los altos impuestos fue desechada por el Parlamento inglés. De forma similar se inició la revolución de 1905 en Rusia cuando los cosacos del zar reprimieron la marcha pacífica de los obreros encabezados por el cura Gapon; la revolución mexicana estalló cuando el fraude electoral pretendía reelegir, ¡una vez más!, a Porfirio Díaz. Lecciones de la historia que nunca dejan de ser vigentes. Pero la mejor respuesta a las críticas que vierten los historiadores reaccionarios del pasado y del presente la dio José María Luis Mora al destacar las consecuencias del derrocamiento del Virrey Iturrigaray en 1808 por un golpe de estado encabezado por los miembros de la Audiencia, el alto clero, los hacendados y los comerciantes españoles, escribió que “los españoles destruyeron el prestigio en que por

trescientos años de obediencia se hallaba cimentado el poder, y enseñaron prácticamente, que los depositarios de él (se refiere al virrey), podían ser impunemente atacados...

(A partir de entonces) “Ya no se trató de una revolución ordenada, ni se deseó la Independencia por los bienes que debía producir; el furor, la venganza, y el odio a sus opresores, fueron los sentimientos que ocuparon a los vencidos... el odio hacia los españoles se propagó (entre los criollos) con una rapidez asombrosa”.

Si esto sucedía en el seno de uno de los grupos que en la estructura colonial disfrutaban de algunos privilegios, qué decir del “odio” y “furor” de los indios, mestizos, mulatos, negros y demás castas que vivían en la parte inferior de la pirámide social. Por eso, sólo a los que se desentendieron de la miseria secular de la población novohispana pudo parecerles el Grito de Dolores, y los primeros meses de la guerra de Independencia, una orgía de saqueo desencadenada por Hidalgo. Olvidan que a lo largo de la colonia, con muy diversos motivos, pero coincidiendo en la resistencia a la opresión virreinal, alrededor de trescientas ocasiones el descontento social confrontó a las autoridades estatales. Hoy, con motivo del segundo bicentenario, los nuevos conservadores repiten el infundio de Alamán. Y en efecto, los primeros meses fueron una explosión popular inesperada, que dejó estupefactos a todos. El rencor contenido encontró una vía para desahogarse. A partir de septiembre de 1810 se conoció un vértigo de ira popular y de venganza social contra el régimen colonial y clasista. Avanzaron los pueblos como un inmenso maremoto victorioso que arrastraba todo a su paso: Celaya, Guanajuato, el Monte de las Cruces, y peligrosamente se acercaba a la Ciudad de México. Fue el mismo Hidalgo quien frenó su marcha (originando un debate para explicar las razones de esta decisión que todavía permanece). Recuperados de la sorpresa y apuntalados por los criollos ri-

cos, el virrey y, sobre todo, Félix María Calleja, organizaron una respuesta militar que propició las derrotas que hicieron retroceder a las masas populares en Aculco, Guanajuato, Puente de Calderón y, por último, la traición en Acatita de Baján. El incendio iniciado por Hidalgo fue sofocado parcialmente en ocho meses. Pero ya nada volvió a ser igual.

La muerte de los iniciadores de la lucha por la Independencia había detonado un descontento social largo tiempo acumulado. En pocos meses la insurrección abarcó las regiones más densamente pobladas y con mejores vías de comunicación. Para finales de 1811, a pesar de los reveses padecidos y de la muerte de los primeros dirigentes, el movimiento insurgente mantenía una intensa actividad. Proliferaban grupos de guerrilleros en el centro del país y en los alrededores de la capital que obstruían las comunicaciones, hostigaban a los viajeros y comerciantes, dificultaban el traslado de víveres; entorpecían el comercio interior causando desabasto del azogue y la pólvora indispensables para la minería. Igual suerte corrían las comunicaciones con Acapulco y Veracruz.

Las autoridades virreinales sufrían por la falta de recursos financieros y sólo las aportaciones hechas por los criollos adinerados evitaron el colapso financiero del gobierno. Gracias a esas contribuciones el ejército realista encabezado por Calleja y otros oficiales españoles y criollos (entre los que destacaba Agustín de Iturbide) combatían con ferocidad a los insurrectos. Incendio de pueblos, asesinatos masivos sin distinción de sexo ni edad, fusilamiento de prisioneros eran sus prácticas cotidianas. La destrucción de Zitácuaro, incendiada por órdenes de Calleja, fue la mejor muestra de la crueldad que caracterizaría su conducción de la guerra.

Un balance frío de la situación militar y política del año 1811 pudiera parecer favorable para el gobierno virreinal. Los principales dirigentes de la revolución insurgente habían sido apresados y ejecutados, dispersos sus adeptos y liquidada su



fuerza militar, lo que haría pensar que la insurrección estaba prácticamente acabada. Sin embargo, el Virrey Venegas (citado por Alamán) admitía que veía “brotar como de la tierra por todos los ángulos del país soldados, armas y jefes hasta entonces desconocidos, trocando así el aspecto de la Nueva España, antes tan sosegada y pacífica, en un estado de guerra a muerte, corriendo por todas partes sangre, y habiendo en todas partes continuos reencuentros”. Cabe mencionar que esos recursos y los hombres dispuestos a emplearlos no habían surgido de la nada. Muchos provenían de los criollos acomodados que respaldaban el virreinato a pesar de la situación discriminatoria que les impedía gobernar Nueva España, tenían un verdadero temor por la insurrección popular que había provocado el grito de Dolores. Reflexiona bien Luis Villoro cuando afirma que a partir del 16 de septiembre “ya no es el criollo quien se lanza a la acción; son los indios de los campos, los trabajadores mineros, la plebe de las ciudades”.

Por ello, superada una visión unilateral que consideraba liquidada la resistencia popular, encontraríamos un país en el cual, a pesar de la represión inmisericorde, la insurrección se había extendido, con diferentes grados de intensidad, para cubrir una gran parte de su superficie. En lugares tan lejos del centro de Nueva España como San Antonio de Béjar en Texas se unió a la revuelta Juan B. Casas, quien apprehendió al gobernador y al comandante militar de la región, despejando el camino para recibir a Hidalgo y sus compañeros que desgraciadamente no llegaron pues fueron detenidos cerca de Monclova. Designado por Hidalgo para extender la insurrección en lo que hoy conocemos como Sonora y Sinaloa, José María González Hermosillo se afanaba en esta tarea durante 1811. A otras entidades como Coahuila, San Luis Potosí, Zacatecas, se había ampliado la lucha por la Independencia y a pesar de la prisión de sus iniciadores seguían combatiendo grupos guerrilleros en

Jalisco y Guanajuato. En Apan actuaban los Villagrán, padre e hijo; José Antonio Arroyo, Antonio Bocardo en Puebla, Tlaxcala e Hidalgo; José Francisco Osorno en Puebla y parte de Veracruz; los hermanos Rayón en Michoacán; José Antonio Torres y Albino García en Nueva Galicia (Jalisco); Valerio Trujano en la Mixteca; en la misma Ciudad de México fue formada por criollos partidarios de la insurgencia la organización clandestina denominada “los Guadalupe”.

Se multiplicaban en muy diferentes regiones las partidas independentistas obligando al gobierno a dividir sus esfuerzos. Unas veces lograba desarticularlas, otras, sólo contenerlas, pero en muchos sitios la acción represiva quedaba frustrada. Había un aumento progresivo de insurrectos en las provincias más inmediatas a la capital, que iba quedando circundada por la rebelión. Paulatinamente eran cortadas las comunicaciones con las costas y los jefes realistas que operaban en diversas direcciones se encontraban reducidos a sus propios recursos. Crecía por momentos el peligro, pero se necesitaba un impulso mayor y más poderoso para poner en riesgo el dominio español, y este impulso había de darlo Morelos.

En estas condiciones la atracción que ejercía un núcleo armado era sustancial para mejorar la forma de actuar de los jefes de las guerrillas, muchos de los cuales no conocían la disciplina militar y actuaban sin un plan central. Malogrados los iniciadores, perseguida la Junta de Zitácuaro, Morelos aglutinó lo mejor de las voluntades que pugnaban por la Independencia a nivel popular y de los criollos decididos a respaldar la lucha armada como forma de derrocar el yugo español. Personajes de la talla de Hermenegildo Galeana y su familia, los numerosos Bravo de Chichihualco, Vicente Guerrero, Mariano Matamoros, Manuel Mier y Terán, Guadalupe Victoria y muchos más, destacados combatientes por la Independencia, se adhirieron a la causa.

## Integración del ejército realista

Durante siglos Nueva España careció de un ejército regular. A mediados del siglo XVIII para consolidar su absolutismo y el dominio colonial, los monarcas de la casa de Borbón construyeron una fuerza militar más profesional que las milicias improvisadas que existían en Nueva España y en todo su imperio americano. Respondían también a la amenaza de la marina británica contra las colonias españolas como resultado de las guerras europeas. A partir de un programa del virrey marqués de Branciforte, se restablecieron las milicias provinciales de infantería y caballería ligera. Otorgando los mandos superiores a los españoles, por debajo de ellos había oficiales criollos y la tropa formada por mestizos, negros y mulatos. Estas milicias se financiaron básicamente con donativos de las élites locales, españolas y criollas, que obtenían altos grados dentro de los regimientos. Para 1808, cuando se presentó la emergencia provocada por la invasión francesa a España, la suma de todos los cuerpos armados dispersos en el país era de 14,652 efectivos. Cuando estalló el movimiento encabezado por el cura Hidalgo, el financiamiento proporcionado por los españoles y criollos más adinerados fue vital para sostener al virreinato: “El apoyo más consistente que dieron los nobles a la causa realista fue bajo la forma de donativos y préstamos para mantener las tropas del rey, tanto en España como en México”. Aportaron por igual la nobleza española y la nobleza criolla, comerciantes, mineros y hacendados.

La carrera militar de Félix María Calleja del Rey es ilustrativa del enlace entre españoles y criollos adinerados. Originario de España, después de su arribo a Nueva España se trasladó a San Luis Potosí donde contrajo nupcias con la hija de una familia criolla y se relacionó con toda la oligarquía potosina. Sus contactos le permitieron enterarse de las conspiraciones

que buscaban separar Nueva España de la metrópoli; cuando supo del estallido de la rebelión de Dolores reunió a los criollos potosinos y obtuvo de los mineros, de los vecinos del Valle del Maíz y de fondos públicos los recursos necesarios para armar y uniformar varios regimientos con objeto de combatir a los insurgentes. Incorporó a sus filas a miembros destacados de la sociedad potosina como Juan Moncada conde de San Mateo de Valparaíso y marqués del Jaral, al marqués de Guadalupe y a militares que después de la Independencia se integrarían al partido conservador: José Gabriel Armijo, Manuel Gómez Pedraza (militante destacado que ocuparía la Presidencia de 1832 a 1833), Miguel Barragán (presidente interino en 1835), Manuel de la Sota Riva (firmante del Acta de Independencia del Imperio Mexicano encabezado por Iturbide) y Anastasio Bustamante (éste último siendo Vicepresidente de la República en 1829 se sublevó, derrocó a Vicente Guerrero, que era el Presidente, y ordenó su asesinato). El ejército de Calleja fue un semillero del partido clerical y conservador. Con estos personajes al frente se constituyó el ejército realista, con ellos, dirigiendo tropas bien armadas y con una disciplina aceptable, derrotó a Hidalgo y a Allende y se aprestaba en 1812 a ultimar las fuerzas insurgentes de Morelos.

La participación de los criollos fue determinante en la formación del ejército realista y del carácter que tuvo la guerra de Independencia. Que mejor que el oficial criollo más destacado para dejar constancia de esto. Agustín de Iturbide en junio de 1812 le dice a su jefe García Conde con motivo de la captura del jefe insurgente Albino García: “Para hacer algo por mi parte con objeto de quitar la impresión que en algunos estúpidos y sin educación existe, de que nuestra guerra es de europeos a americanos y de estos a los otros, digo: que en esta ocasión ha dado puntualmente la casualidad de que todos cuantos ocurrieron a ella, han sido americanos sin excepción de persona, y tengo

con ella cierta complacencia, porque apreciaría ser lavada por las mismas manos la mancha negra que algunos echaron a este país español, y convencer de que nuestra guerra es de buenos a malos, de fieles a insurgentes, y de cristianos a libertinos”. Como señala Lucas Alamán, para no dejar duda, esos soldados a los que se refiere Iturbide era mexicanos.

Aunque algunos historiadores e investigadores han querido reducir la dimensión del conflicto armado que transformó a México entre 1810 y 1821 a una lucha por la Independencia de España, La realidad es que surgieron dos conflictos que se empalmaron: por un lado la pugna de algunos mexicanos criollos que se esforzaban por desplazar del gobierno y de los cargos fundamentales del país a los españoles peninsulares; por el otro la insurrección popular, encarnada destacadamente en Hidalgo, Morelos y otros jefes mexicanos y criollos, que luchaba por transformar la estructura económica y social de Nueva España. En esencia pues, la llamada guerra de Independencia fue una guerra civil donde los españoles participaron junto con los criollos mexicanos que sólo querían cambiar las formas de gobierno, dejando intacta la estructura de explotación existente.

Desempeñó un papel muy relevante en la conformación de las milicias realistas el virrey Francisco Javier Venegas. Llegó a Veracruz en agosto de 1810 para sustituir a la Audiencia que había depuesto al anterior virrey arzobispo Francis Xavier Lizana y Beaumont por su política que los españoles absolutistas consideraban favorable a los criollos. Venegas quiso informarse lo más posible de la situación en la colonia y dilató su llegada a la Ciudad de México. Recibió el cargo de la Real Audiencia el 13 de septiembre y el día 14 hizo su arribo oficial a la Ciudad de México, dos días antes de que se iniciara la revolución de Independencia. Su experiencia militar le fue de enorme ayuda para enfrentar a la insurgencia. Había sido coronel reti-

rado, pero cuando estalló la guerra contra Napoleón Bonaparte regresó al servicio activo y participó con honores en la trascendente batalla de Bailén, donde los españoles auxiliados por una fuerza expedicionaria inglesa, derrotaron al ejército francés. Vinculado con los comerciantes de Cádiz, fue nombrado gobernador de aquella ciudad y luego virrey de Nueva España, el número 59 de la lista.

Sin la posibilidad de recibir mucha ayuda del gobierno español que se debatía en la crisis provocada por la invasión francesa y la reclusión de la familia real, Venegas, auxiliado por Calleja, aprovechó el repudio de la élite criolla al movimiento revolucionario de Hidalgo y Morelos para reestructurar e incrementar el ejército realista, que para 1820 ascendía a 85 mil hombres compuesto en un 75% de mexicanos, comandado por unos pocos generales españoles con el auxilio mayoritario de oficiales y subalternos criollos y una tropa compuesta de mestizos y castas. Así constituido el ejército novohispano libró una verdadera guerra civil contra los insurgentes. Venegas reorganizó las tropas en 12 comandancias regionales, creó nuevas unidades de milicias locales y completó las listas de los regimientos provinciales y de las milicias municipales. Fortaleció ejércitos como el del Centro que jugaron un papel decisivo en la represión a los alzados. En abril de 1811 entró en funcionamiento la conscripción para completar estos batallones. Durante todo su gobierno 1810-1813 mantuvo un conflicto por razones de mando y de poder con Félix María Calleja del Rey que duró hasta que éste lo reemplazó al frente del virreinato. Para financiar el crecido gasto militar recurrió inicialmente a pedir donaciones y préstamos voluntarios; con las necesidades bélicas en aumento instituyó el primer préstamo de guerra forzoso; estableció un impuesto del 10% sobre los edificios y las residencias privadas. Cuando Calleja se convirtió en Virrey impuso otras medidas fiscales: una especie de impuesto sobre

los ingresos que se aplicaba con una escala gradual sobre los ingresos superiores a 300 pesos anuales; gravó los carruajes y los caballos; aumentó el impuesto sobre las ventas y sobre los granos. La desorganización del abasto causada por la guerra provocó que se acrecentaran enormemente el precio de los alimentos y originó una inmensa deuda virreinal que ascendió a 49 millones de pesos en 1813 y a 80 en 1816.

Tarde y poco apoyó la metrópoli al fortalecimiento del ejército que buscaba preservar su colonia. En su descargo podía argumentar que no contaba con recursos suficientes para librar simultáneamente la guerra sostenida contra la invasión francesa y los movimientos de independencia que inflamaban América del Sur. A fines de 1811 llegaron los regimientos de Asturias y Lovera, salidos de Galicia; luego el de América, embarcado en Cádiz; más tarde el regimiento de Castilla; y a finales de agosto de 1812, los infantes de Zamora, una compañía de artillería volante y los piquetes que faltaban para el complemento de los regimientos de Castilla y Lovera. Lucas Alamán, brillante historiador partidario obsesivo e intransigente de la monarquía y enemigo de los insurgentes, criticaba que “estas remesas de tropas de España en un orden tan lento, no produjeron el efecto que hubiera podido esperarse si hubiera venido toda la fuerza junta, escogiendo para desembarcar la estación más oportuna, para no sufrir pérdida por el mortífero clima de las costas”. Este rezago en el envío de tropas peninsulares lo pagaría posteriormente muy caro el gobierno español, pues se tradujo en una presencia menor en el ejército novohispano y facilitó a la contrainsurgencia criolla, encabezada por Agustín de Iturbide que contaba con la mayoría de las fuerzas castrenses, promover la separación de España.

## El Sitio de Cuautla

Convencido el Virrey que para preservar la colonia tenía que garantizar la seguridad de la capital y desbaratar la fuerza insurgente de Morelos, le envió a Calleja el 8 de febrero una extensa misiva donde le describía la dramática situación que vivía la Ciudad de México “rodeada de las gavillas de bandidos que tienen interceptadas las comunicaciones por todos rumbos, siendo notable la actual escasez que se experimenta de las últimas, y (siendo) temible que lleguen a obstruir completamente los únicos caminos de Texcoco y Toluca (incluyendo) el camino de Querétaro, por cuya ocupación tienen aniquilado el comercio de tierra adentro, con absoluta imposibilidad de remitir azoques, pólvora y demás efectos indispensables para la elaboración de minas y platas (...) Peor aspecto presenta todavía el camino viejo de Puebla y toda aquella provincia (...) Tlaxcala ha sido invadida repetidas veces (...) De este estado de trastorno público se sigue la dificultad o absoluta imposibilidad de la precisa correspondencia con *Oajaca* y su provincia, y lo que es más, con la plaza y puerto de Veracruz, último golpe que puede darse al comercio de este reino”.

Se había detenido el envío de recursos a España, había en la Ciudad de México más de dos millones de pesos que no se podían trasladar a esa plaza. Interceptado también el comercio de Acapulco no se había podido descargar la nao de China ni mover sus efectos al interior del reino, privando al gobierno de un millón de pesos en derechos. A continuación calificaba a Morelos como el “principal corifeo de la insurrección en la actualidad, y podemos decir que ha sido en ella el genio de mayor firmeza, recursos y astucias, habiendo ciertas circunstancias favorables a sus designios (...) Es, pues, indispensable combinar un plan que asegure dar a Morelos y su gavilla un golpe de escarmiento que los aterrorice, hasta el grado que abandonen a su infame caudillo si no se logra aprehenderlo”.



Continuaba considerando que los principales puntos ocupados eran Taxco, Izúcar y Cuautla. Si era posible debían atacarse al mismo tiempo los tres pueblos, si no por lo menos Izúcar y Cuautla para impedir que se reagruparan los hombres ahí establecidos. Continuaba informándole el Virrey Venegas a Calleja, los movimientos que le habían reportado de las tropas de Morelos y trazó un plan de ataque sobre Cuautla, Cuernavaca e Izúcar. Con tal objeto dispuso el reforzamiento del ejército de Calleja que ascendía a 6 mil soldados de las tres armas: infantería, artillería y caballería, y su marcha a la zona indicada. Pocos días después se integrarían otros dos mil soldados bajo el mando de Ciriaco del Llano.

Era explicable la preocupación de las autoridades vi-reinales que apresuraban a Calleja para que atacara a Morelos a la mayor brevedad. Éste se hacía el remolón pues desconocía el terreno y no deseaba arriesgar su prestigio ante las dificultades que combatir en una región desconocida. El renombre alcanzado por Calleja gracias a sus victorias sobre Hidalgo y López Rayón era como unas banderillas clavadas al virrey.

Paulatinamente se habían acentuado sus diferencias acerca del mejor plan para enfrentar a Morelos. Calleja pretendía liquidar a los insurgentes que operaban en el Bajío, Venegas le exigía que marchara al sur a combatir a Morelos. A finales de enero de 1811 al enconarse las diferencias, Calleja presentó su renuncia, que de inmediato aceptó Venegas, molesto y celoso por su creciente fama y designó para suplirlo al brigadier de marina Santiago Irisarri, militar completamente desconocido en el ejército. Los mandos superiores de los cuerpos de ejército rechazaron el nombramiento y exigieron que Calleja fuera repuesto en su cargo. Aprovechando la situación, Calleja envió una carta donde afirma que su espíritu está por encima de murmuraciones y sostiene que su ejército, “restaurador del reino, vencedor en cuatro acciones generales y treinta y cinco

parciales, está muy a cubierto de toda murmuración racional y yo muy tranquilo sobre este punto.

“Yo he hecho por mi patria cuantos sacrificios ella tiene derecho a exigir de mí, sin pretensión ni aun a que se conozcan (...) Yo he sido el único jefe en el reino que ha levantado y conservado tropas (...) Abandoné mis intereses que hubiera podido salvar como otros (...) Soy también el único jefe que ha batido y desbaratado las grandes masas de rebeldes, a pesar de mi grave estado de salud.”

Después de esta misiva, llena de autoelogios y vanidad, reprimiendo su rabia Venegas optó por dejarlo al mando del Ejército del Centro, con la instrucción expresa de movilizarse de inmediato para enfrentar a Morelos. El conflicto entre ambos españoles continuó. La popularidad de Calleja y sus habilidades conspirativas terminaron por forzar la renuncia de Venegas y su ascenso al virreinato en 1813.

## **Cuautla**

Si bien Cuautla está en una reducida prominencia del terreno no tenía ninguna defensa natural o humana que permitiera considerar que era un lugar apropiado para resistir al ejército del Centro, al orgullo de los realistas, comandado por su principal jefe, Félix María Calleja del Rey; ni por su topografía, ni por sus dimensiones: tenía alrededor de dos mil metros de norte a sur y mil cien de oriente a poniente. Era impensable creer que en esa región se libraría uno de los combates más importantes en la historia de México. Morelos prefería operar en las zonas conocidas por él para aprovechar las posibles ventajas y atender a tiempo posibles desventajas. Decidió esperar y combatir a Calleja en ese lugar por que además del conocimiento del terreno, tenía a su favor los platanares y arboledas que lo rodeaban; la seguridad de que sus costeros, que constituían el

núcleo duro de sus tropas, soportarían mejor el clima cálido que los enemigos; que a su alrededor existían haciendas capaces de abastecerlo de alimentos. Es cierto, Cuautla no contaba con defensas naturales que obstaculizaran a los agresores como lo demuestra la descripción de su entorno: al poniente había una atarjea de mampostería de media vara de ancho, que comenzaba a flor de tierra y se elevaba hasta alcanzar catorce varas de altura en la hacienda de Buenavista; al norte había un río que podía cruzarse en todas las estaciones del año; al sur la hacienda de Buenavista; y al oriente, donde se levantan las lomas de Zacatepec, corría un río fácil de vadear. Pero resolvió fortificar el pueblo y convertirlo en una fortaleza inexpugnable.

No han faltado los analistas militares que consideran un acierto que Morelos haya decidido presentar ahí batalla. En un análisis basado en una visión moderna de la estrategia y táctica militares, el capitán Canales Montejano, que analizó en detalle las acciones libradas en Cuautla y los incidentes principales del sitio, destaca lo que a su juicio fueron aciertos de Morelos para organizar y dirigir el combate que durante setenta y dos días libraron las tropas insurgentes contra el militar español más destacado. Al respecto dice: “Desde el principio de las operaciones Morelos dio muestras de su capacidad genial. Destacó hacia Chalco patrullas de caballería y con ello se proporcionó el tiempo y el espacio necesarios para la preparación de su acción, pues dichas patrullas lo mantuvieron constantemente al tanto de todos los movimientos de las tropas realistas (...) gracias a ello no fue sorprendido.”

“La decisión de Morelos de encerrarse en Cuautla nos parece acertada. Él sabía que la causa insurgente no podía triunfar sin derrotar antes al ejército de Calleja. Y como este ejército era muy superior a las tropas que Morelos mandaba, para buscar una acción decisiva sobre él, el caudillo quería equipararse y por ello buscó la protección que los muros

de Cuautla le ofrecían (...) estaba seguro de rechazar con igual éxito (...) cuantos (ataques) Calleja le lanzara y con ello desgastarlo moral y materialmente.”

No en balde Calleja le escribía al virrey que Cuautla debería arrasarse igual que Zitácuaro para impedir que los americanos siguieran ese ejemplo y se guarecieran en ciudades y pueblos para resistir y desgastar a las fuerzas del gobierno. Sin embargo, las experiencias de la guerra de Independencia arrojan otra enseñanza. Desde luego que el empleo de esta táctica estaba condicionado por diversos factores: el número de combatientes de que disponían los rebeldes, las características topográficas de la comarca, la densidad de su población, la posibilidad de avituallarse con regularidad y de recibir refuerzos en un momento dado. Con posterioridad a la derrota del ejército de Morelos, durante años dieron mejores resultados y perduraron aquellos contingentes que adoptaron la táctica de guerrillas como los de Vicente Guerrero, Pedro Ascencio y otros jefes menos conocidos, que operaban a lo largo y lo ancho del país, sin que las fuerzas realistas pudieran derrotarlos. Al margen de cualquier otra consideración, no puede soslayarse que el Sitio de Cuautla representó un éxito político para Morelos y los insurgentes y una derrota política para los realistas, sobre todo para Calleja que vio disminuido su prestigio.

Leonardo Bravo cumplió las instrucciones de Morelos y desde su llegada, a principios de febrero, había realizado trabajos de fortificación en los conventos de Santo Domingo y San Diego, sólidas construcciones que podían considerarse como las únicas fortalezas que poseía la ciudad. Cuando llegó el resto del contingente americano, las labores se intensificaron, seguros como estaban que esos puntos serían atacados por Calleja. A Galeana le correspondió defender la plazuela y el convento de San Diego, Leonardo Bravo quedó responsable del de Santo Domingo y Matamoros, junto con Víctor Bravo, resguardaban la hacienda de Buenavista al sur del perímetro

fortificado. Los reductos se hicieron con inteligencia, formando un recinto de las dos plazas y los dos conventos, circunvalados de cortaduras, parapetos, baterías y treinta piezas de artillería de diferentes calibres.

Galeana había enfrentado a la avanzada del ejército realista el día 17 de febrero, no con afán de frenar su marcha, sino para conocer el respaldo y las condiciones de la fuerza con la que amenazaba Cuautla. Confirmó que los realistas concentraban cinco mil soldados agrupados en los mejores batallones formados por tropas veteranas recién llegadas de España, a los que se habían unido los de la Corona, Guanajuato, Patriotas de San Luis, una columna de granaderos y los escuadrones de lanceros de México, San Carlos, Zamora, España, Tulancingo, Armijo y Morán, encabezados por los jefes militares de más renombre del ejército realista. Estaban los veteranos de Aculco, Puente de Calderón y Zitácuaro, vencedores de los combates contra los iniciadores de la insurgencia. Durante el sitio llegaron a reforzarlos hasta tres mil soldados virreinales más. Calleja fanfarroneaba que su ejército ascendía a doce mil hombres con la idea de amedrentar a los defensores del pueblo. El Generalísimo Morelos había reunido a la mayoría de sus fuerzas, poco más de cuatro mil soldados, entre ellos varios cientos de indios solamente armados con hondas para tirar piedras. A su lado estaba lo más granado de la insurgencia: los Galeana, Mariano Matamoros, los Bravo, Vicente Guerrero, Juan Álvarez, Guadalupe Victoria, que ahí libró su primera acción bélica y sufrió su primera herida, lo mejor de aquella patria en emergencia.

## **Galeana salva a Morelos**

El grueso de las tropas realistas llegó el día 18, Morelos las observaba desde la torre del convento de San Diego cuando miró a Calleja, seguido de un escuadrón de caballería y acompañado

de sus oficiales, que recorrían el perímetro de la ciudad y revisaban a lo lejos las fortificaciones levantadas. Morelos, impaciente y arrojado, decidió salir a observar de cerca al enemigo. Todos los oficiales presentes, particularmente Galeana, se opusieron. “¡Déjeme usted Galeana, dijo, sólo voy al Calvario a reconocer al enemigo!”, y desoyendo sus argumentos eludió la vigilancia de Galeana, bajó de la torre, montó su caballo y se dirigió al enemigo seguido de cerca por su escolta. Preocupado por el lance en que se metía el Generalísimo, Galeana ordenó que varios vigías siguieran las acciones desde la torre del convento y le avisaran ante cualquier indicio de peligro que lo amenazara. Morelos se acercó demasiado a Cuauhtlixco, donde se instalaba el cuartel general realista, y los guardias lo recibieron disparando sus cañones y luego un nutrido fuego de fusilería. Salieron de la arboleda los tiradores y empezaron a cercarlo gritando “¡A cogerlo vivo, ya es nuestro!” Morelos se defendía con furor. Ordenó al capitán de su escolta que ante el fuego sostenido se retiraran con serenidad, pero ya el enemigo se había lanzado a la carga, estaba en un serio aprieto, poco faltaba para que lo capturaran. Algunos miembros de su escolta que huían les gritó: “¡No corran, que las balas no se ven por la espalda! Más honroso me es morir matando que entrar en Cuautla corriendo”.

Los vigías que desde la torre contemplaban el inmenso peligro que corría el caudillo michoacano bajaron corriendo a dar aviso a Galeana de la gravedad de la situación: “Mi coronel, nuestro general está rodeado de enemigos. ¡Ya lo arrebatan!” No necesitó más, montó precipitadamente su caballo y ordenó a una escuadra de dragones que lo siguiera, gritándoles: “¡A mí los valientes; sable en mano contra ellos!” Morelos enfrentaba la amenaza de que le fuera cortada totalmente la retirada, pero Galeana al frente de sus jinetes que gritaban “¡al jierro que es más seguro!”, se lanzó con todo coraje en una carga que abrió

un hueco en la tropa que rodeaba a Morelos para rescatarlo. Ya en retirada, Galeana urgía a su jefe cabalgar con mayor celeridad para ponerse a salvo. Morelos le contestó tranquilamente: “Mi caballo no tiene otro paso” y entró a Cuautla entre las aclamaciones de la tropa que había visto el enorme trance del que se había salvado. Ambos jinetes fueron recibidos con vítores. Todos comentaban el valor de Galeana, la hazaña que había devuelto indemne al general en jefe y de mil formas expresaban su confianza en derrotar al enemigo.

Entre las bajas producidas en ese enfrentamiento hubo que lamentar la muerte de dos acompañantes del Generalísimo: un español conocido como el “Curro”, acompañante fiel de Morelos en la vida cotidiana, muy bromista, al que aceptaba en su mesa; capturado, lo fusilaron los realistas; y la de un norteamericano que también acompañaba a Morelos y aunque no dominaba bien el español se subía a la torre de la parroquia y tomando un pañuelo blanco comenzaba a gritar, dirigiéndose al campo realista “avanza, tortu Calleju ven, ya estamos mortus cogerás todo”.

## **Asalto de Cuautla y derrota de Calleja**

Aguijoneado por las órdenes del Virrey Venegas y engréido por sus victorias anteriores, Calleja pensaba que derrotaría con facilidad a un contingente rebelde menos numeroso que los que había enfrentado en sus victorias anteriores. Pregonaba que había vencido “a las grandes masas de rebeldes” que acompañaban a Hidalgo. Vanidoso y con un enorme sentimiento de superioridad se dispuso a tomar por asalto la ciudad. El 19 de febrero alrededor de las siete de la mañana, el Ejército del Centro avanzó en cuatro columnas. Una de ellas, con valor y ferocidad, se dirigió directamente a la trinchera que estaba en la plaza de San Diego en la zona defendida por Hermenegildo Galeana. Ahí se libró el singular combate entre éste y el coro-

nel Segarra, que encabezaba al destacamento de granaderos. Cuando las tropas se hallaban a medio tiro “se separó de las filas un coronel a batirse con Galeana, que estaba enfrente; éste salió del parapeto a encontrarlo (...) ¡Ah, pícaro —le dijo el orgulloso español— *a ti te buscaba!* Le disparó luego una pistola, y Galeana su carabina, con la que lo clareó, le quitó las armas, le tomó por un pie, lo metió arrastrando dentro de (la) trinchera y mandó que un confesor lo auxiliase”. Introducido dentro de la trinchera, el capitán Mariano Escoto lo despojó de las charreteras y se las colocó como una insignia de victoria. Cuando lo hacía se oyeron gritos que avisaban que la tropa enemiga penetraba por el poniente, Escoto en unión de 8 hombres más subieron a una casa y desde ahí rechazaron con descargas de fusilería al enemigo. Ahí fue herido de muerte un oficial realista que Benicio Montero identifica como el Conde Alcaraz.

En otras zonas de la ciudad se combatía con el mismo encono. Los defensores resistían con todo lo que tenían a mano apoyado por indios que desde las azoteas castigaban a los atacantes lanzándoles una lluvia de piedras con sus hondas. Vale la pena destacar que desde los ejércitos que seguían a Hidalgo, los indios de las regiones utilizaban las hondas y arcos y flechas para combatir a los españoles armados con fusiles y montados a caballo. Venciendo parcialmente la resistencia insurgente, el regimiento de Provinciales de Guanajuato y el regimiento de San Luis avanzaba taladrando los muros de casa en casa, llegaron hasta la plazuela de San Diego; entonces, proveniente de otras áreas recorrió las filas de los defensores la voz de que había caído en manos enemigas la trinchera de Galeana, y que éste había muerto. La alarma cundió. Muchos empezaron a retirarse en forma apresurada para concentrarse en la defensa del centro de la ciudad. Momentáneamente quedó sin resguardo la trinchera que defendía la plaza. Cuando los realistas creían tener el camino libre aceleraron el paso para conquistar



ese baluarte en medio de gritos de júbilo, entonces un muchacho de doce años llamado Narciso García Mendoza (algunos autores consignan su nombre como Narciso Mendoza), esquivando un sablazo que le lanzó un dragón hiriéndolo en un brazo, tomó la mecha y la aplicó al cañón que estaba cargado, disparándole a bocajarro a los soldados que se abalanzaban sobre la posición. Cayeron un gran número, entre otros el coronel Conde Diego de Rul, originario de España, perteneciente a la nobleza novohispana, que comandaba los regimientos de Guanajuato y cumpliendo las órdenes de Calleja llevó a cabo el incendio y la destrucción de Zitácuaro. Repuestos de la falsa noticia los defensores, obligados y encabezados por Galeana, retornaron a sus posiciones y siguieron combatiendo.

Al inicio de la batalla Calleja había instruido a su cochero que llevara, su coche con el ajuar de casa y con su esposa adentro hasta el centro de Cuautla, pues presuntuosamente le había prometido que ese día comerían en el Palacio. Obviamente el carruaje de Galeana tuvo que retirarse a un lugar más seguro. La arrogancia y la soberbia eran una característica generalizada entre los militares de alto rango de las tropas virreinales, pero en Calleja esto alcanzaba niveles superlativos. Sobre todo después de los éxitos en combate que habían logrado contra las masas desorganizadas, sin disciplina ni armamento, que seguían al cura Hidalgo. En Cuautla recibieron una lección.

La batalla se recrudeció en todos los frentes. En algunos lugares las tropas realistas se dividieron en grupos que penetraban a las casas y ejecutaban a sus habitantes. A pesar de su empuje y decisión, los defensores no flaquearon y los obligaron a retirarse alrededor de las tres de la tarde. A esa hora Calleja fue informado que se les acababa el parque y ordenó la retirada. Galeana, intrépido como siempre, junto con otros jefes propuso perseguir al ejército rechazado. Pero Morelos ponderó la situación e instruyó que procedía reparar

los daños a las fortificaciones, esperar otro posible asalto en poco tiempo y enterrar a los muertos que ascendían a cerca de 100, la mayoría civiles victimados por los agresores cuando entraban a las casas y mataban a los habitantes pacíficos que encontraban en ellas.

Los hechos le dieron la razón. Calleja en retirada hizo un intento de sorprender a Morelos y su gente; mandó a su tropa que dejara los cañones a mitad de la distancia que separaba su campamento de las primeras casas cuautlenses con el propósito de que los defensores, engolosinados por su éxito al rechazarlo, salieran a tomar la artillería como botín de guerra y entonces sorprenderlos con una carga de caballería. Morelos no cayó en el garlito.

Calleja, en una carta posterior hacía un resumen del combate: “Asalté por cuatro diferentes puntos a Cuautla, que no estaba ni de mucho fortificada (...) mi tropa acostumbrada a la victoria, no dudaba de obtenerla, y a la desfilada por las dos aceras de cada calle, se fue derecha a las trincheras; otras, según lo dispuse, rompieron con barras las casas intermedias y se apoderaron de algunas azoteas. La artillería, convenientemente situada, protegía los ataques con un fuego vivo certero y bien servido; pero nada bastó, y tres veces fueron rechazados y vueltos a la carga, y en la última fue necesario que yo mismo condujese a los granaderos acobardados. El fuego de fusil de las torres de las iglesias, de casas atroneradas y de las trincheras multiplicadas en cada calle y defendidas las unas por las otras, esto es de las avanzadas por las de retaguardia, era tal, sin que pudiésemos descubrir ni un hombre, que después de haberme sacado de combate ciento sesenta y tres, tuve que retirarme”.

Haciendo el recuento de las bajas sufridas en la batalla, Calleja se enteró de que también habían perecido el coronel Juan Nepomuceno Oviedo, comandante del regimiento de los

Patriotas de San Luis y que acompañaba a Calleja desde el inicio de la guerra; el Conde de Casa Rul, conocido por sus enlaces familiares que lo hacían parte de la nobleza novohispana y por su carácter despilfarrador y ligero, que le había ganado muchos amigos; el coronel Segarra, el Conde Alcaraz y cerca de 500 soldados, aunque Calleja siempre insistió que no eran más de 200. En una reunión de guerra de los oficiales realistas concluyeron unánimemente que no se podía intentar un nuevo asalto frontal a la ciudad mientras no se contara con más recursos humanos y artillería apropiada para destruir fortificaciones. En una comunicación al gobierno virreinal, Calleja le transmitió los acuerdos del consejo de guerra y añadió: “Si Cuautla no quedase demolida como Zitácuaro, el enemigo creería haber hallado un modo seguro de sostenerse: multiplicaría sus fortificaciones en parajes convenientes, en las que reuniría el inmenso número que de temor se le separa, y desde las que interceptaría los caminos y destruiría los pueblos y haciendas: las pocas tropas con las que contamos se intimidarían, y la insurrección que se halla en su último término, cundiría rápidamente y tomaría un nuevo y vigoroso aspecto (...)”

“Para evitar estas funestas consecuencias, Cuautla debe ser demolida, y si es posible sepultados los facciosos en su recinto y todos los efectos serán contrarios: nadie se atreverá en adelante a encerrarse en los pueblos, ni encontraran otro medio para libertarse de la muerte que el de dejar las armas (...)”

“Cuautla está situada, fortificada, guarnecida y defendida de un modo, que no es empresa de pocas horas, de poca gente y de pocos auxilios: exige un sitio de seis u ocho días, **De la Vega**. Prepararon la defensa levantando trincheras y abriendo pozos profundos en las entradas de la población. El 23 de febrero, cuatro días después del asalto fallido a Cuautla y cuando la noticia no se había difundido con amplitud, De Llano apareció frente a Izúcar con más de 2 mil hombres y 12

piezas de artillería de diversos calibres, instaló sus cañones en el Calvario e inició el bombardeo del pueblo. En la tarde formó dos columnas con los batallones de Asturias y Lovera y dispuso el ataque. A pesar de su ventaja numérica y de armamento fue rechazado dos veces. Para doblegar a la defensa continuó el bombardeo toda la noche y al otro día concentró sus hombres en una sola columna equipada con dos cañones de 6 y dos de 4, y acometió otra vez a los independentistas. Si bien su empuje les permitió entrar a los barrios de Santiago y el Calvario, De Llano volvió a fracasar en su intento de conquistar el pueblo, sufriendo grandes pérdidas.

No obstante la ira que sentía, no intentó un nuevo asalto y se preparaba para establecer un sitio al lugar cuando llegó un correo dándole la instrucción del Virrey de abandonar la lucha en Izúcar y reforzar con todos sus hombres y armas a las fuerzas que rodeaban Cuautla. De esta manera se libró de una nueva derrota. Mientras se retiraba sufrió el acoso de los insurgentes a lo largo de todo el camino que le arrebataron un cañón utilizado más tarde para facilitar el triunfo durante la toma de Oaxaca. Con el arribo De Llano y sus tropas el 28 de febrero, más los bastimentos enviados por el Virrey directamente de la Ciudad de México, el sitio de Cuautla se completó el 5 de marzo, estableciendo a su alrededor un bloqueo total que impedía entrar o salir.

## **Se fortalece el Sitio**

Los defensores no habían permanecido con los brazos cruzados. Se dirigieron a buscar apoyo en todos los combatientes que perseguían la Independencia en la región. Si bien era cierto que incursionaban muchos grupos de guerrilleros en la retaguardia del Ejército del Centro, la realidad es que no tenían ni la coordinación, ni el armamento, ni la organización, ni la disciplina, ni el número suficiente para emprender un ataque for-

mal que obligara a los españoles a retirarse o a aflojar el cerco. Realizaban acciones de distracción y hostigamiento, dañaban sus comunicaciones y sus fuentes de abastecimiento, pero el deterioro era mínimo en comparación con lo que se necesitaba para frenar a los sitiadores. Por el lado insurgente, desde el 1º hasta el 9 de marzo, Galeana no cesó de hostilizar a los realistas; comenzaba como una escaramuza aislada al principio, luego se hacía general el combate y después de dañar parcialmente al enemigo, se retiraban las avanzadas insurgentes.

Mientras Calleja recibía un refuerzo significativo de más de dos mil hombres entrenados y fogueados, veteranos recién llegados de España procedentes de la guerra contra las fuerzas napoleónicas con cañones de mayor calibre para abatir los muros de los conventos, los independentistas habían sufrido bajas que no eran fácilmente sustituibles. Al principio del sitio sus fuerzas no excedían los cuatro mil efectivos, y aunque Rayón y otros insurgentes intentaron reponer las mermas humanas sufridas, a medida que el cerco se cerraba era cada vez más difícil poder auxiliar a los sitiados.

Con los nuevos elementos recibidos Calleja terminó de envolver a la ciudad a partir del 3 de marzo; estableció su campamento principal en la hacienda de Buenavista al poniente de la ciudad mientras que De Llano lo hizo al oriente y consolidó una línea continua de tropas y artillería. Ordenó que al sur, frente a la hacienda de Buenavista, se construyeran trincheras; que al norte, en el Calvario, entre el ala derecha de De Llano y la izquierda suya se levantara un sólido reducto y se emplazara artillería y algunas trincheras para la infantería; que en el centro de la posición de De Llano, en el lado oriental, se construyera otro reducto para defender el curso del río; y ordenó que se abriera un camino bastante ancho para tener una línea continua de comunicación y que en los espacios intermedios de las posiciones se situaran piquetes

de 50 hombres de caballería para prevenir cualquier intento de salida de los insurgentes. Todas las fortificaciones estaban a tiro de fusil de la ciudad, menos el campamento principal donde estaba el cuartel general de Calleja que se colocó en el poniente de Cuautla, a un cuarto de legua.

Morelos no permaneció inmóvil, procuró surtirse de alimentos y algunas cuadrillas salieron a obtenerlos. Mantuvo un hostigamiento constante al ejército realista. Reforzó sus posiciones, fortificó algunas azoteas de las casas, construyó parapetos, emplazó mejor su artillería y mejoró las barricadas. Trató de garantizar el abastecimiento de agua para la ciudad construyendo pozos. Consciente de que la caballería no iba a desempeñar un papel relevante en un sitio, dio instrucciones para que salieran de la plaza alrededor de mil doscientos jinetes que se dispersaron en la retaguardia realista bajo las órdenes del capitán Juan Larios, lo que menguó el número de defensores. Su genio militar le permitió adelantarse a su época en el manejo de la artillería. Contra las costumbres bélicas de entonces, comprendió la importancia de darle amplios campos de vista a su artillería, por ello ordenó abatir los plataneros y los cañaverales que limitaban la visión y la eficacia de sus cañones. Estableció un taller que se encargaría de producir cincuenta proyectiles diarios para cada pieza. Montó el cañón “El Niño” sobre un aparejo que permitiera movilizarlo para reforzar el fuego en los lugares más críticos de las batallas.

Alrededor de una semana después arribaron al Plan de las Amilpas las fuerzas del brigadier Miguel Bravo, la caballería de Alquisiras y las tropas de Anaya que coordinadas con los hombres del capitán Larios, tenían la misión de avituallar a los rebeldes encerrados en Cuautla. El contingente fue reforzado con infantería de los indios de los pueblos vecinos, que mal armados utilizaban sus hondas y a veces arcos y flecha para combatir. Los jefes insurgentes instalaron su centro

de mando en Ocuituco y desde allí organizaron el hostigamiento de las fuerzas sitiadoras, obstaculizaron sus comunicaciones y dificultaron un abastecimiento oportuno de armas y alimentos. Amenazaban constantemente los convoyes de Calleja y lo obligaban a mantener mucha vigilancia, a tener alerta alguna fuerza disponible para enfrentarlos y provocaban fatiga entre la tropa realista. Presionaban para que los convoyes tuvieran una buena escolta que en algo disminuía el número de atacantes.

Una vez montado el cerco en toda forma, la artillería contrainsurgente inició el bombardeo. La reacción inicial de los habitantes fue de miedo, corrían a ocultarse de las bombas que causaban estragos en casas y calles. Paulatinamente empezaron a acostumbrarse y a vivir bajo el cañoneo. Al otro día, ya sabían que arrojándose al piso podían eludir muchos de sus efectos y empezaron a reparar las fortificaciones. Con el paso del tiempo el bombardeo ya no causaba mayor impresión, por el contrario era recibido con rechiflas y burlas acerca de la puntería de los atacantes, artilleros y fusileros. Morelos, con el respaldo activo de sus oficiales, procuraba en toda circunstancia mantener elevada la moral de sus huestes y de la población civil que lo apoyaba incondicionalmente. Bajo el fuego de la artillería realista reía, inventaba burlas, apagaba personalmente las espoletas. Si “caía una bomba sobre la plaza, se le repicaba en las torres, y en las calles era recibida con una gritería, principalmente si llegaba a cebarse. En estos casos se tocaban algunos sones ridículos con las músicas y a cual se lucía en la burla que inventaba contra los españoles”.

Para recordar los acontecimientos, después del Sitio se convirtió en costumbre nombrar las calles de Cuautla conforme a las acciones y hechos relevantes ocurridos en ellas. Así se recuerda que al principio del asedio llamaba la atención una mujer intrépida y valerosa, cuyo nombre al parecer era Juana,

que en la mayoría de las tardes caminaba por una calle para acercarse al río a intercambiar ofensas con los españoles sitiadores. En su recuerdo esa calle fue nombrada *Calle de la intrépida Barragana*. No era el único caso en que los defensores se burlaban de ellos. En la calle que se denominó *Callejón de la Burleta*, hombres y mujeres aprovechaban una barda que los protegía para saludar a las trincheras enemigas del puente y las de Santiago, que distaban una cuadra desde ese sitio. Provocaban descargas de metralla, balas y bombas y un mortero disparaba contra la ciudad cada diez minutos.

Las anécdotas de este tipo son relatadas por varios historiadores, en particular por Bustamante y el capitán Benicio Montero y nos hablan del estado de ánimo y la moral elevada que tenían los defensores. Otras más narran que un joven tambor de la división de Víctor Bravo esperaba las sombras de la noche y le decía a su jefe: “Señor, el enemigo se ha dormido y es fuerza despertarlo”. “Ve y hazlo.” Entonces empezaba a tocar la orden de “degüello”, muchas veces acompañado de disparos de fusil de los insurgentes, provocando que en el lado contrario se diera la alarma general impidiendo el descanso de la tropa. Esto se repetía varias noches a la semana, desgastando la moral y la salud de las fuerzas realistas. El ingenio popular no tenía límites. En la parte sur donde estaba la hacienda de Buenavista una noche ataron unos cueros secos a unos caballos flacos y los echaron al campo enemigo por varios puntos. El ruido que armaron hizo creer al enemigo que tal vez serían cañones y que rodaban las cureñas. Los realistas se alarmaron y gastaron mucha pólvora en vano.

Asombrado de la conducta de los defensores y de la firmeza de la población civil, Calleja le escribía el 13 de marzo al Virrey: “Cuatro días de fuego que sufre el enemigo, como pudiera una guarnición de las tropas más bizarras, sin dar ningún indicio de abandonar la defensa. Todas las mañanas apa-



recen reparadas las pequeñas brechas que es capaz de abrir mi artillería. (Enfrentan) todas las privaciones con un fanatismo difícil de comprender y que haría necesariamente costoso un segundo asalto, que sólo debe emprenderse en una oportunidad que no perderé si se presenta”.

Y si todos participaban en la resistencia, merece un renglón aparte a una compañía que se organizó compuesta por niños, casi adolescentes, que recogían bombas, granadas, balas de fusil y se los entregaban a Morelos, quien les daba a cambio unas monedas.

## **Galeana triunfa en la guerra por el agua**

El control de los pozos y las corrientes de agua era estratégico para las dos partes. En torno de ellos se libraron intensos combates durante muchos días. Calleja y sus oficiales eran conscientes de la importancia que tenía privar del vital líquido a los sitiados. “Morelos emplea todos los medios que se propone y son capaces de producir efecto, escopeteando todo el día a los diferentes puestos que cubren a las cuatro tomas de agua, y no hay alguno que no haga sobre ellos algún ataque vigoroso hasta llegar a las bayonetas.” Para presionarlos Calleja decretó que se cortara el agua corriente a la villa desviando su cauce. Pronto se dieron cuenta los sitiados que no bastaba el agua de los pozos y Morelos tomó la determinación de construir un fortín para garantizar que llegara el agua corriente. Galeana se ofreció a hacerlo. Bustamante hizo una relación de la actuación de Galeana y su regimiento: “El 25 de marzo salió con setenta soldados y cada uno de estos con un costal de arena, un cajón de parque y porción de indios zapadores con madera; formó un medio círculo con los costales, y agazapada toda la gente comenzó su camino cubierto, procurando llevar la tropa tan unida y protegida por los sacos

que no pudiera perjudicarla el fuego que vorazmente se le arrojaba. De esta suerte trabajó desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde. (Cuando hubo coronada su labor todos festejaron la hazaña pues lo único que se perdió fue un costal despanzurrado). Se coronó este fortín con tres cañones; lo dotaron con sesenta soldados que lo custodiasen, y se confió aquel punto al coronel Esteban Pérez”.

La hazaña de Galeana garantizó el abastecimiento de agua durante el tiempo que duró el sitio de Cuautla. Para recuperar el punto, Calleja ordenó un ataque nocturno a la noche siguiente y envió quinientos soldados que lucharon con ferozmente por adueñarse de la posición. Otra vez Galeana se cubrió de gloria, acudió a apoyar a la guarnición atacada, mostró la cordura y la sangre fría con que obraba en los mayores peligros. Consciente de la escasez de parque y de la magnitud de la fuerza que intentaba tomar la pequeña fortificación mandó que los defensores esperaran que el enemigo se acercara y entonces, a boca de jarro, dio la orden de disparar. Comenzó la acción a las once de la noche y duró con gran intensidad dos horas, generalizándose el combate a todas las líneas de defensa. Derrotados, los realistas tuvieron dieciocho bajas que no pudieron retirar y perdieron cuarenta fusiles. Para defender el lugar, Galeana se instaló en aquel punto sin separarse ni de día ni de noche: dormía bajo un árbol y compartía la poca comida que recibía con sus costeños; ante ese ejemplo nadie quería dormir en catre, seguían el ejemplo de los costeños que dormían en el suelo.

Matamoros en compañía de Víctor Bravo se encargaban de las fortificaciones de la hacienda de Buenavista, al sur de Cuautla con la brigada de Santa María de Guadalupe, organizada y entrenada por él y hacían prodigios de valor y de pericia para rechazar las incursiones de los adversarios.

## El primer intento de romper el sitio

Menudeaban las acciones heroicas de los defensores, pero el asedio continuaba y los alimentos empezaban a escasear. Decidido a emprender una acción que permitiera aprovisionar a la plaza, Morelos organizó la noche del 30 de marzo un ataque contra la batería ubicada en el Calvario que estaba a cargo del capitán de granaderos Agustín de la Viña. Si se lograba establecer contacto con las partidas que actuaban en la retaguardia de los sitiadores era muy probable recibir las cosas que tanto faltaban a los sitiados. Así sería posible sostener la defensa durante un tiempo mayor y esperar la deseada llegada de las lluvias, que con toda probabilidad obligaría a Calleja a levantar el asedio. Reunidas varias brigadas bajo las órdenes de José María Aguayo, alias *Mercadel*, y del negro José Andrés Carranza la atacaron vigorosamente lanzando granadas de mano. Galeana se sumó al ataque con su brigada. Se generalizó el combate a lo largo del frente. Los hombres de Aguayo y Galeana lograron tomar los cañones y obuses que empleaban en su contra, pero los soldados, hambrientos, se desentendieron de mantener su control a la vista de algunos alimentos que estaban en el lugar y empezaron a devorarlos para satisfacer el hambre que padecían los defensores. Así dieron tiempo a que arribaran los refuerzos de la brigada de Guanajuato y la tropa que envió Ciriaco de Llano que los desplazaron y recuperaron el punto. Dice Bustamante: “El militar más rígido disculpará el desmán de la tropa de Morelos en esta vez si atiende a las necesidades y padecimientos que la aquejaban”. En el choque perdió la vida el oficial realista Riaño, miembro de la familia del administrador de la alhóndiga de Granaditas donde murieron su padre y un hermano.

A un mes de consolidado el sitio los sufrimientos de los soldados y de los pobladores se acrecentaban. Los tres hospitales establecidos, uno en San Diego, otro en Buenavista y el

tercero en la plaza principal, recibían diariamente a más y más heridos. Crecía el número de enfermos por beber agua contaminada y por la mala alimentación. La mortandad era grande, no había suficientes medicamentos y la higiene era deficiente. Aunque la gente estaba acostumbrada al calor, la escasez de agua le afectaba mucho al igual que el hambre. Un día pereció un buey por Zacatepec y fue causa de una acción muy reñida con el enemigo, triunfaron los americanos y entre ellos se vendió su carne a un precio muy alto.

El Virrey Venegas presionaba a Calleja para liquidar a los sitiados, discrepaba con él por lo que consideraba pasividad, no veía la conveniencia de mantener el cerco, y, por el contrario se prolongaban los gastos del gobierno en un momento en que habían caído las recaudaciones. Calleja defendía su táctica, recordaba la experiencia del asalto inicial el 19 de febrero y argumentaba un mes después, el 20 de marzo, que “en este estado y con el conocimiento que me asiste de nuestras tropas, no conviene asaltar a un enemigo que lo *desea*, ni hay otro partido que tomar que el de un sitio. (El asalto) debió emprenderse con todos los medios oportunos para asegurar el suceso; pero las circunstancias, las distancias, las noticias equivocadas, y el concepto que se tenía del enemigo (...) lo impidieron”.

Todavía un mes después, el 24 de abril, continuaba justificándose y explicaba que no había obtenido ya la victoria por la conducta heroica de los sitiados: “Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla fuese con moralidad y dirigida a una causa justa, merecía un lugar distinguido en la historia...”

“Estrechados por nuestras tropas, y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos: entierran sus cadáveres con repiques, en celebridad de su muerte gloriosa, y festejan con algazara, bailes y borrachera el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito; imponiendo pena de la vida a cualquiera que hable de desgracias o de

rendición. Este clérigo (Morelos) es un segundo *Mahoma* que promete la resurrección temporal, y después el Paraíso con el goce de todas las pasiones a sus felices musulmanes.”

Sin dejar de alegar a su favor, explicaba la enorme preocupación que le ocasionaban los cuerpos insurgentes que lo rodeaban y que se habían fortificado en Ocuituco y Tlayacaque. Consideraba que no se atreverían a realizar un ataque directo, pero eso no lo consolaba porque de todas formas tenía que distraer recursos para vigilarlos y lo obligaba “a tener pronta alguna fuerza disponible, y a fatigar al ejército que, disminuido de más de ochocientos enfermos, entre los que envié a esa capital, los que existen en este hospital y los que permanecen en sus compañías y en sus tiendas, me han reducido a la necesidad de no poder relevar los puestos, y a la imposibilidad absoluta de despachar cuerpos con los convoyes, sin abandonarlos, cuyo abandono aprovechará este enemigo vigilante; por lo que es indispensable que vuestra excelencia haga un esfuerzo para remitirme el convoy de víveres, caudales y municiones, que ya necesito con urgencia, la artillería gruesa si hubiese de venir”.

En esta carta como en la ya mencionada del 11 de abril, Calleja expresa un temor profundo ante la perspectiva de la derrota, fruto de la resistencia insurgente y del arribo de la estación lluviosa. Intenta descargar su responsabilidad en las “instrucciones terminantes” para tener el pretexto de que él solamente cumplía órdenes. Era evidente que el clima desempeñaba un papel crucial en este momento de la batalla.

Por otro lado, Calleja tenía razón de preocuparse. Desde la primera quincena de marzo operaban detrás de sus líneas el capitán José María Larios, Miguel Bravo y el cura Mariano Tapia con la misión de reunir víveres para surtir a Cuautla y hostigar a las fuerzas virreinales. Para contrarrestar este peligro y proteger su retaguardia, Calleja envió a media-

dos de marzo al batallón de Lovera bajo el mando del mayor Enríquez, auxiliado por cuatrocientos hombres de caballería a las órdenes de Morán y Flon, hijo mayor del conde de la Cadena, con la misión de desalojarlos de Moyotepec. Ahí se habían asentado los rebeldes, que ante el embate de un contingente superior en hombres y armas, el 16 de marzo se replegaron a Ozumba, para continuar su tarea de obstruir los caminos e interceptar las comunicaciones.

En la ruta hacia México, cerca de Ozumba, los cerros angostan el camino y facilitan las emboscadas. Al lugar se le conocía como el *Malpaís*. Fue en este paraje donde el capitán realista Gabriel de Armijo, escoltando un convoy y apoyado por los criados del hacendado Gabriel de Yermo, enfrentó a las fuerzas de Larios, Bravo y el cura Tapia el 28 de marzo. Después de tres horas de combate los rebeldes fueron vencidos y fusilados setenta y ocho prisioneros por órdenes de Armijo. Frente a contingentes mejor armados y más numerosos aunque las guerrillas insurgentes continuaron inquietando a los convoyes realistas, habían dejado de ser una esperanza de que fueran capaces de proveer el abasto de alimentos y armas que les urgían a los sitiados en Cuautla. A pesar de lo cual Calleja todavía consideraba vulnerable su retaguardia.

## **Continuación del sitio**

La impotencia a que habían quedado reducidos los grupos externos al sitio obligaba tomar medidas extraordinarias. La personalidad de Matamoros se había distinguido durante el sitio. Si Galeana destacaba sobre todos por su valor y acierto en la toma de decisiones, Matamoros no se quedaba atrás.

Al margen de las disculpas que Calleja ofrecía constantemente, la realidad era que para el 11 de abril, fecha de un comunicado al Virrey, se había pasado el tiempo para utilizar

la artillería adecuada para vencer a los sitiados: “la estación de aguas se halla tan adelantada que en el orden regular debemos esperarlas de uno a otro día, la atmósfera está cargada, y ya hemos sufrido dos fuertes aguaceros, el suelo es pantanoso y *atascoso*, hasta el punto que sería muy difícil, y acaso imposible, retirar, ni aun mover la artillería gruesa, que nos veríamos probablemente en necesidad de abandonar.

“El Ejército que padece actualmente muchas disenterías por la *malignitud* del clima, y porque ella es enfermedad endémica en los ejércitos probablemente se arruinaría en un país malsano, en la peor estación del año, con mucha fatiga, sufriendo al raso la intemperie y sin más comodidades ni auxilios que los muy precisos y para no morir de hambre.

Prosigue describiendo las limitaciones de forraje para la caballería, “que es la seguridad del ejército” y la que garantizaba la superioridad de sus tropas a las que les faltaban víveres, no se les habían pagado sus haberes, él estaba en mal estado de salud y pedía ser relevado del mando. Concluía su lamentación diciendo: “Preveo que levantar el sitio de Cuautla es soltar los diques a la insurrección, que cundirá con espantosa celeridad. Pero preveo también que de mantenerle, se arruina infaliblemente el ejército, único apoyo del Gobierno y de los hombres honrados; hemos dejado pasar dos meses con poco fruto, hemos dejado avanzar la estación y estamos en el caso de tomar sin demora el partido que más convenga en las circunstancias, y no perder el tiempo en perplejidades”.

Venegas en su comunicación del 26 de abril le brinda a Calleja un panorama de la situación del país: “Son muy exactas las reflexiones (...) sobre la constancia de Morelos y sus mahométicas máximas (...) Los insurgentes hacen por todas partes el último esfuerzo: nos han tomado Pachuca, y Olazábal, que viene con el convoy y la artillería, había sido rodeado por una gran gavilla el 23 en Nopalucan, y el 24 por la noche debían

salir de Puebla todas las fuerzas posibles para sacarlo del embarazo y hacer continuar el convoy”.

“Tepeaca había sido tomada por los rebeldes y Atlixco estaba atacado. Toluca sigue cercada y sin comunicación con esta capital; tal es el estado de las cosas, y a pesar de ellas, Cuautla es el punto principal y el centro de donde ha de proceder el desembarazo de los restantes.”

La descripción puntual de la situación que en ese momento vivía el centro del país y la trascendencia del combate que se libraba en Cuautla, no era del todo favorable a las huestes de Calleja.

Pero Venegas insistía diciéndole a Calleja que era indispensable continuar el cerco y “arruinar a los sitiados, bien por el apuro en que se hallan o por un asalto”. Colocado en la disyuntiva de volver a intentar un ataque directo a Cuautla o perseverar en el sitio, Calleja, que temía en grado extremo fracasar y ser derrotado, argumentó que siempre eran riesgosos los embates directos a los pueblos, que Cuautla estaba mejor fortificada que al inicio del cerco.

(En estas circunstancias) “el problema se reduce a resolver si conviene arriesgar el ejército para tomar Cuautla, sin seguridad posible de conseguirlo, o si conviene más estrecharla hasta donde lo permita la estación y los medios con que cuento”.

Esta correspondencia se intercambiaba el 30 de abril, tres días antes de que Morelos obligado por la falta de todo tipo de pertrechos y víveres, se viera obligado a romper el sitio.

Coinciden destacados historiadores en que “nunca había estado Morelos tan cerca de la victoria. Todo dependía del tiempo”. “Nunca hasta entonces estuvo más cerca del fin el dominio español en México.” ¿Qué frenó a Morelos e impidió su triunfo? ¿Fueron las lluvias que se retrasaron o el destino? No hay duda de que la situación que atravesaba el poder virreinal era muy grave. Pero no era menos la de los sitiados. Aparte del hambre y las enfermedades, empezaba a gestarse una epide-



mia de peste y el número de combatientes se había reducido a poco más de mil defensores. Una retirada de Calleja provocada por las lluvias, el calor y las enfermedades con todos los riesgos que traía consigo disminuiría las fuerzas realistas, pero las fuerzas de Morelos aún incrementadas por las diferentes partidas de insurgentes que operaban en el centro de Nueva España serían insuficientes, con problemas de disciplina y esclarecimiento de los objetivos políticos del movimiento. Recordemos que la Constitución de Apatzingán se redactó en medio de controversias y polémicas sobre su contenido y se dio a conocer hasta 1814; no era un problema menor la indisciplina y renuencia a coordinarse entre los grupos que luchaban por la Independencia; estas circunstancias ponen en duda que una derrota militar por más importante que fuera sería suficiente para destruir el poder virreinal, que no debe olvidarse estaba sostenido por un sector muy numeroso de los criollos, contando a los más acaudalados, incluso la región conquistada por Morelos en el sur de Nueva España no estaba plenamente consolidada, el mejor ejemplo es Acapulco, que todavía era un bastión favorable a los virreyes. Además, existían pueblos dominados por hacendados españoles, dueños de las ricas tierras productoras de azúcar, adversarios de la revolución que en cualquier momento podrían apoyar a las tropas colonialistas y significar un peligro en la retaguardia del ejército de Morelos. Ni en lo político ni en lo militar se había afianzado el naciente poder de la insurgencia.

Si era mala la situación de los atacantes, la vida en la ciudad se había tornado imposible. Se resistía con entereza las refriegas que a diario se libraban y se mantenía en alto el ánimo de los combatientes, pero la falta de alimentos había llegado al límite.

“Una caja de cigarros llegó a valer veinte reales. Chupábanse las hojas de los árboles, alfalfa, rapé y polvos colo-

rados de tabaco lechuguilla de jarcia; entonces se conoció el imperio que tiene el vicio de fumar. Un gato valía seis pesos. Una iguana veinte reales. Las lagartijas y las ratas se vendían a precios altos. Acabáronse los cueros, pues remojados y tostados parecían más sabrosos que las pajarillas de puerco, y nuestros chicharrones que llaman de guitarra que en tanto aprecian los mexicanos. Acabados los cueros se comieron las patas viejas de toro, tomando su agua caliente como si fuera caldo de una rica gallina. Sólo abundaban el maíz, aguardiente, azúcar y mieles corrompidas, alimentos que acabaron de apestar a los negros costeños.”

Fracasado el intento de romper el sitio por el lado del Calvario el 30 de marzo y a medida que la situación continuaba deteriorándose, era vital obtener ayuda de los grupos que operaban tras las líneas realistas, era una cuestión de sobrevivencia obtener alimentos para continuar resistiendo en espera de la temporada de lluvias y de la mala situación que provocarían en el ejército de Calleja. Derrotado el contingente dirigido por el capitán Larios, Miguel Bravo y el cura Tapia a finales de marzo, la comandancia de los insurgentes revisó la posibilidad de recibir apoyo externo de las partidas insurgentes que operaban en una relativa cercanía. Estaba en primer término el ejército comandado por Ignacio López Rayón, pero la falta de coordinación entre las fuerzas insurgentes dificultaba que se auxiliara una a la otra, ya no digamos que existieran acciones coordinadas. Por esto, mientras Morelos enfrentaba en Cuautla al ejército del Centro encabezado por Calleja, López Rayón mantenía un acoso permanente sobre Toluca defendida por Rosendo Portier. ¿Aceptaría López Rayón cesar su ataque a Toluca para intentar respaldar a Morelos? Si así fuera, con toda seguridad las fuerzas de Portier irían a reforzar a Calleja y entonces el grueso de las milicias insurgentes enfrentarían a un ejército realista reforzado. Si se

conservaba el ataque a Toluca, se inmovilizaba a Portier. Mantenerlo ocupado y lejos de Cuautla parecía una forma más eficaz. Recordemos que para el virrey el centro de la acción y donde se podía definir el triunfo o el fracaso de la revolución era Cuautla. Quedaban las huestes de José Francisco Osorno que dominaba los llanos de Apan y una parte de la Sierra de Puebla como posibles asistentes de los sitiados en Cuautla. Nuevamente la falta de coordinación y las dificultades para elaborar proyectos conjuntos, impidió que desde la retaguardia de las fuerzas pro-españolas se realizara un ataque que habría disminuido la presión que ejercían sobre Cuautla.

## **Salida de Matamoros para conseguir alimentos**

Morelos resolvió lo que parecía más conveniente, romper parcialmente el cerco con una fuerza pequeña, pero decidida y bien comandada, para establecer contacto con los capitanes Bravo y Larios e intentar introducir los bastimentos que tanto le urgían, si era posible comunicarse con Rayón para que auxiliara a los sitiados, ¿quién encabezaría esa aventura? Reunido con sus jefes Morelos planteó que él encabezaría la salida. Todos se opusieron. Tenía que decidirse por uno de sus subalternos que tuviera el valor, la inteligencia, la capacidad de mando y la creatividad necesaria para enfrentar un ataque directo y si era preciso improvisar sobre la marcha para introducir en Cuautla las provisiones que tanto se requerían. Entre la falange de oficiales capaces destacaban Galeana y Matamoros. Se decidió por este último. Algunos historiadores y cronistas han querido ver en ello una inclinación especial en detrimento de Galeana. Hay que entender los motivos de esta determinación. Galeana se había convertido en la espina dorsal de la defensa. El rescate de Morelos al inicio del sitio, su liderazgo entre todos los defensores, su presencia combativa en los lugares donde existía mayor

peligro, la construcción del fortín que garantizaba el abasto de agua, le otorgaban una aureola especial, enviarlo a una misión de este tipo podría originar desmoralización y desconcierto. En cambio Matamoros se desempeñaba como el responsable de una zona, su conducta era heroica, sumamente eficaz, pero no había alcanzado la estatura que tenía Galeana por las hazañas realizadas. No había duda. Matamoros era el hombre indicado para realizar con éxito la ruptura del sitio y el acopio de vituallas.

Desde la noche del día 19 de abril, una partida insurgente de 300 hombres atacó vigorosamente los puestos de Amilcingo y Barranca Hedionda al oriente del pueblo. Al mismo tiempo disparaban en otros sitios para desconcertar al enemigo que pensó intentarían romper el asedio esa noche. Dos horas después se retiraron. A la noche siguiente se repitió el embate por la misma zona con objeto de que Calleja pensara que por ahí habían decidido romper el sitio. A las cuatro de la tarde del día 21 tocaron las campanas de Santo Domingo varias veces y un contingente de caballería acompañado de algunos infantes volvió a simular una salida. Una hora después cayó un verdadero huracán que no permitía distinguir nada a pocos metros de distancia.

En el transcurso de la noche el 22 de abril a la una de la mañana cuando amainaba la tormenta, Matamoros acompañado por el coronel José Perdiz al frente de 100 jinetes rompió la línea que rodeaba al pueblo cargando entre la hacienda de Santa Inés y el Calvario. Saltando cercas, zanjas y trincheras, atravesando el vivac de los retenes y fusilando a quemarropa a los centinelas del regimiento de San Carlos, el temerario destacamento de caballería se abrió paso a machetazos, evadiendo a galope tendido, la persecución de los lanceros de Goyeneche y al grupo de Anastasio Bustamante.

Calleja fue avisado de que por la izquierda del campamento había una nutrida balacera y algunos cañonazos. Inme-

diatamente se tocó la alarma general, los soldados se pusieron sobre las armas y algunos contingentes ocurrieron al lugar donde Matamoros rompía las líneas. Muchos llegaron tarde y no pudieron impedir la carrera de la caballería americana. Calleja dio la excusa de que los insurgentes no fueron sentidos hasta que ya estaban encima de las fuerzas realistas, pero argumentó que habían destruido una parte importante de los atacantes, que habían sufrido muchas bajas. Una de ellas fue el coronel Perdiz, que era el segundo de Matamoros quien tuvo la mala fortuna de caer en un *apangle* donde lo capturaron para fusilarlo poco después.

Con objeto de atemorizar a la guarnición sitiada, los realistas enviaron desnudo y atravesado en una mula el cadáver de Perdiz. Junto con él pereció el capitán abandonado Joaquín Camacho y alrededor de 36 jinetes. Al principio Calleja pensó que éste encabezaba la carga de caballería, lo cual lo tranquilizó un poco, pues pensaba que era el jefe del contingente y era consciente del objetivo buscado. Fue hasta el 23 cuando se enteró que iba al frente Mariano Matamoros. Entonces aquilató la importancia de que se reanimaran los ataques a su retaguardia y se convenció de que pronto se produciría un esfuerzo comandado por Matamoros para introducir víveres y decidió mantenerse alerta. Los soldados y oficiales realistas reconocieron el enorme valor que tuvo la impresionante ruptura del cerco de Cuautla por el lado del cerro de El Calvario. Valorada en mucho, los realistas se hicieron pintar un sello conmemorativo para adornar las chaquetas de los que participaron en este cruento episodio.

Simultáneamente les exigió responsabilidades a los oficiales cuya supuesta o real negligencia había permitido la salida. Se inició una investigación oficial de la cual nunca se supieron los resultados, pero puso en alerta a Calleja y sus jefes que dispusieron en el orden del día 25 que “todo individuo de las tropas de este ejército que atacando y persiguiendo al ene-

migo se detuviera en cualquier número que sea a recoger sus despojos de cargas, caballos o muertos, serán castigados con pena de vida”. Esta disposición nos habla de un relajamiento de la disciplina entre los realistas que estaban hastiados de un bloqueo tan prolongado sin ningún resultado inmediato a la vista y pervertidos por los administradores de las haciendas que en sus visitas hacían importantes dispendios de recursos, y convertían el campamento en una verdadera feria. A lo que habría que añadir la presencia de un numeroso grupo de prostitutas que a diario ofrecían sus servicios y contagiaban de gálico (sífilis) a muchos soldados. La desmoralización era importante. Bastaría que se desatara completamente la temporada de lluvias para que fuera mucho más precaria la situación de los realistas. La noticia de la salida de Matamoros inquietó sobremanera al Virrey Venegas, que exhortó a Calleja a concluir lo más rápido posible la lucha.

No quedaron inmóviles los sitiados. Constantemente hacían salidas para fatigar a los atacantes. Continuaron la práctica de tocar redobles de tambor en la madrugada y disparar fusiles y cañones, simulando que se preparaban para una salida como lo hicieron desde que comenzó el asedio. Resalta en estas circunstancias el genio de Morelos para dirigir y motivar a hombres y mujeres, para infundirles ánimo, valor y determinación aun en las peores situaciones.

Reunidos en Tlayacac, Matamoros, Miguel Bravo y Juan Larios se prepararon para introducir los víveres acumulados. Al parecer un mensajero enviado por ellos fue capturado y de esta manera Calleja estuvo enterado de la fecha en que se intentaría trasladarlos al interior de Cuautla. Esta misma versión afirma que una fogata encendida avisó a los insurgentes y a los realistas que se aproximaban los contingentes con los bastimentos. Sin embargo, Chávez Orozco apoyándose en los partes de guerra de los oficiales realistas, incluida la correspondencia de Calleja, sostiene que los insurgentes sorprendie-

ron a sus enemigos. El 26 de abril Calleja supo vagamente que estaban concentrándose en Tlayacac los que irrumpirían desde el exterior. Su preparación militar y el sentido común le permitían comprender que se combinaría con un embate desde el interior. Se preparó lo mejor que pudo, dispuso la construcción de una batería de cuatro cañones de a ocho en el pueblo de Amilcingo. Un espía enviado a verificar los informes sobre los movimientos en Tlayacac, informó que no había contemplado nada anormal. Para confirmar la noticia envió al capitán José Acha y una partida de 90 hombres.

En la madrugada del día 27, comandados por Matamoros y Víctor Bravo, cerca de mil doscientos insurgentes, de los cuales sólo la mitad llevaba armas de fuego, portando los bastimentos que necesitaban los que padecían dentro de la plaza, embistieron las líneas realistas en Amilcingo y Barranca Hedionda. Al mismo tiempo, 800 infantes y 300 a caballo salieron del pueblo y atacaron vigorosamente al batallón de Lovera que se vio envuelto por su espalda, por su frente y por su costado izquierdo y estuvo a punto de ser extinguido. Lo impidió el rápido auxilio de los batallones Mixto y de Asturias que se arrojaron contra los atacantes y los rechazaron causándoles muchas bajas apoyados por el fuego de los cañones instalados en el reducto de Zacatepec y la nueva batería en Amilcingo. En forma simultánea la caballería de Puebla dirigida por el coronel Manuel Flon arrolló a las fuerzas provenientes de Cuautla, permitiendo el reagrupamiento del batallón de Lovera, la llegada del batallón Mixto, el escuadrón de Aguirre y otros concluyeron la derrota de las fuerzas de Morelos. Matamoros se replegó a Tlayacac perseguido por la caballería realista. Al llegar al poblado tuvieron que detenerse por las defensas construidas que les impidieron entrar al lugar.

Comprendiendo que era una amenaza permitir que los insurgentes permanecieran en ese punto, Calleja envió al co-

mandante Mateo Oviedo con un número suficiente de soldados con la tarea de expulsar de ahí a Matamoros y su gente. El 30 de abril forzaron el ingreso a Tlayacac y se adueñaron de un número importante de víveres que todavía estaban ahí almacenados.

Concluida esa labor, Calleja reacomodó sus regimientos y escuadrones para rechazar cualquier nuevo intento de romper el cerco ya fuera de adentro o de fuera. Probablemente por el deterioro de sus tropas mermadas por la enfermedad y el clima, no intentó aprovechar la situación. Sabía que los insurgentes no se rendirían en ese momento y prefirió esperar a que la falta de alimentos los doblegara. Los víveres que transportaban los rebeldes quedaron en manos de sus enemigos. Con los sobrevivientes del ataque se retiraron Matamoros y demás jefes a Chiautla.

La situación era extremadamente delicada después del fallido intento de recibir víveres para sostener más tiempo la defensa de Cuautla. Intentando aprovechar la ocasión el 30 de abril desde el campamento de los realistas se pidió que cesara el fuego y llegó al baluarte del agua Manuel Calapiz, alférez de granaderos del provincial de México, con indulto para Morelos, Galeana y Bravo ofrecido por el Virrey desde el día 1 de abril. Morelos lo devolvió escribiendo al reverso: “Otorgo igual gracia a Calleja y a los suyos”. A partir de esa fecha Morelos ordenó guardar absoluto silencio.

En la noche del 1º de mayo se realizó una junta de guerra de los principales jefes insurgentes. Morelos les expuso que solamente quedaban dos opciones, rendirse o romper el cerco. La primera había sido descartada desde el momento en que se había rechazado el indulto mencionado antes, quedaba entonces la opción de forzar el sitio.

Dijo Morelos: “No es posible pedir más sacrificios a los abnegados habitantes de Cuautla y a sus heroicos defensores que ya lo han soportado todo”.



Y Morelos era consciente del hambre, la guerra, el fuego, las enfermedades y un brote de plaga que empezaba a propagarse en el pueblo.

Y continuaba: “Creo amigos, que hemos llegado al límite de lo humano”. Todos asintieron menos Leonardo Bravo que dijo “el enemigo no está mucho mejor que nosotros”.

“—Pero ellos reciben constantes refuerzos y provisiones —le respondió Morelos—, y nosotros no podemos resistir más. Hemos perdido a muchos de nuestros mejores soldados y los que se fueron con Bravo y Matamoros no pudieron ayudarnos.” Asintieron Galeana y Francisco Ayala y se procedió a tomar las disposiciones para forzar el sitio: “Que las lumbradas de los baluartes estén gruesas. Que tras la avanzada vayan zapadores con herramienta. Síguese la vanguardia de caballería, luego media infantería. Luego el cargamento de caballería y en seguida la otra media infantería”.

“Que se den velas dobles y se vendan los sobrantes y el jabón. Que se de un peso a cada enfermo y la mitad del sobrante se traiga. Que se junten cuatro mulas y si no hay que se reduzcan los cañones.”

Bien decía Morelos, habían llegado al límite de lo humano. Ante el hambre y la epidemia de peste que asomaba entre los enfermos no era posible resistir más. No bastaba conservar la moral alta, ni los aciertos tácticos en el manejo de la artillería y de los hombres, ni el valor sobrehumano de los Galeana, los Matamoros y los Bravo, ni todos los recursos a los que había echado mano la inteligencia privilegiada de los jefes de los mexicanos, como pronto empezarían a autodenominarse los insurgentes. La voluntad tiene barreras materiales que no puede derribar con su sola fuerza, pero sirve para no sucumbir, para encontrar nuevos caminos y continuar en la brega, para pensar conservando su optimismo, convencida de la justeza de su causa y trazando nuevas rutas que le abran el camino a la victoria.

Antes de partir, mandó enterrar los cañones que por su ruido al ser arrastrados alertarían al enemigo, y por su peso serían una impedimenta para efectuar una acometida rápida a las trincheras enemigas. De esta manera impedía que la artillería abandonada fuera usada en su contra.

## Galeana encabeza la ruptura del sitio

A las 12 de la noche, en la madrugada del 2 de mayo la tropa se formó en la plaza de San Diego, que después fue bautizada como Plaza de Galeana. Se había acordado que la salida sería pasando por en medio del Calvario y de Amilcingo. Otros lugares que se revisaron de la línea de fuego que rodeaba Cuautla estaban más vigilados.

La experiencia militar de Calleja lo había convencido de que al fracasar el intento de recibir bastimentos, sólo les quedaba rendirse o acometer los emplazamientos de sus tropas para romper el asedio. Comprobó su pronóstico cuando dos músicos desertores le informaron lo que se comentaba entre la gente acorralada en el pueblo. No obstante no sabía la fecha en que se emprendería la acción.

Al salir la luna el contingente empezó a avanzar. Una vez más, Morelos confiaba el éxito de una acción arriesgada y fundamental como lo era romper las filas que bloqueaban la ruta de salida a la capacidad de mando, a la decisión, al valor de Galeana. Éste iba a la vanguardia con lo mejor de la infantería, llevando como guía a José María Aguayo, conocedor de la región; seguían luego 250 lanceros con Francisco Ayala; detrás las dos únicas piezas de artillería que podían transportarse con facilidad, entre ellas el famoso cañoncito El Niño; marchaban luego los que conducían a los heridos que estaban en condiciones de transportarse; en seguida, Morelos con Leonardo y Víctor Bravo al frente del resto de la infantería; a la retaguardia una

pequeña fuerza de caballería comandada por el capitán Anzures. Marchaban intercalados muchos habitantes, hombres, mujeres y niños que en su expresión reflejaban los sufrimientos padecidos durante el sitio y que no deseaban exponerse a la furia de Calleja cuando entrara a Cuautla. Todos recordaban el desgraciado destino de Zitácuaro y esperaban una venganza similar de los realistas en su contra.

Reunidas varias brigadas al mando de Galeana, de José María Aguayo, alias *Mercadel*, y de José Andrés Carranza, se prepararon para atacar por el lado de Amilcingo y el Calvario, al noreste de Cuautla. Al colocar un puente de madera de vigas que llevaban para tal efecto, hicieron ruido y un centinela realista dio el *¿quién vive?* y Galeana les respondió matándolo con su pistola. Aguayo y Carranza echaron mano de sus puñales y dieron cuenta de otros centinelas, lo que contribuyó a abrir la línea por los dos lados, el norte y el oriente, por donde empezaron a fugarse combatientes y población civil.

El ruido de los disparos provocó que se diera la alarma general y que los fugitivos, fueran atacados por las tropas virreinales, sobre todo por la caballería. Morelos embistió con sus hombres por la brecha abierta por Galeana, la columna fue atacada por los costados. Se sostuvo el fuego una hora, después se dispersaron en todas direcciones. Morelos cayó con su caballo en una zanja y costó mucho trabajo rescatarlo. Una revisión médica posterior le encontró dos costillas sumidas. Calleja ordenó a su caballería que se arrojara contra los fugitivos, destruyendo con facilidad la columna. Previendo una situación como la que se vivía en ese momento había hecho hincapié para que fueran capturados los jefes insurgentes. Para frenar la embestida de los jinetes, la tropa americana se adueñó de un parapeto y con el fuego de sus fusiles retardó su ofensiva. Sin embargo, estos los flanquearon y los obligaron a retirarse.

Rescatado de la zanja, Morelos fue perseguido muy de cerca por el capitán Anastasio Bustamante (el mismo que

usurpó la presidencia en 1828 y ordenó el asesinato de Vicente Guerrero) y sus dragones; estuvo cerca de ser capturado, pero su escolta se atrincheró en un tecorral y resistió lo suficiente para que el caudillo se pusiera a salvo. Lo que no se pudo salvar fue el cañón *El Niño* que se perdió durante la persecución. Entonces la caballería realista se ensañó con la población civil “haciendo matanzas lastimosas de ayes con infelices de armas no tomar, quienes quedaron hechos víctimas en el campo”. El mismo Alamán reconoce y censura la conducta de las fuerzas realistas que se “ocupaban en degollar a la gente infeliz que llenaba los caminos. Calleja dice en su parte al virrey, que se contaron ochocientos dieciséis cadáveres de los insurgentes (...) y calcula pérdida total en cuatro mil hombres, en lo que sin duda hay mucha exageración”.

En el combate generalizado se oían los gritos de *¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe, viva la América!* que lanzaban las huestes que abandonaban el poblado. Ante el desorden provocado en la oscuridad nocturna, Víctor y Leonardo Bravo salieron del poblado con 300 infantes por el rumbo del Calvario, entre las baterías de Santa Inés y de Zacatepec, abatiendo a los realistas que se atravesaban a su paso, capturaron dos cañones y tres tiendas de campaña. Sobre la marcha, devoraban toda la comida que encontraban, Verdaderamente todos estaban muy hambrientos. A su paso por la hacienda de Guadalupe batieron un piquete de caballería que ahí estaba y continuaron su camino hasta Chiautla.

Rebasadas las líneas enemigas, el centro de la columna se dividió. Galeana, con la vanguardia, se dirigió a Huesca. Morelos con el grueso de la gente tomó la dirección de Yecapixtla. Sobre sus integrantes la caballería realista encabezada por el teniente coronel Pedro Menezo hizo una cacería indiscriminada hartándose de matar a los civiles sin importar sexo ni edad. El capitán insurgente Marcos Urzúa cuidando la retirada del

Generalísimo se atrincheró con un grupo reducido de 8 a 10 combatientes en un tecorral del pueblo de Icatepec y frenó la cabalgata persecutora hasta que lo desalojaron los jinetes de Menezo que continuaron la matanza hasta que sus cabalgaduras fueron vencidas por el cansancio. Esta descripción basada en los informes de los jefes realistas se concluye que la mayor parte de la matanza fue entre los inermes habitantes de Cuautla que huían de la furia de Calleja. Por eso el número de muertos que proporciona al Virrey, al margen de la costumbre que tenía de inflar la cifra que le reportaba, es muy alta.

Morelos, lastimado por la caída de su caballo, ayudado por Víctor Bravo logró arribar al Potrerillo, de ahí lo trasladaron prácticamente en andas a Guayapa y luego siguió su camino hasta llegar a Izúcar donde ya lo esperaba Miguel Bravo; siguiendo más tarde a Chiautla. De inmediato empezó a reconstituir su ejército con los soldados que se habían dispersado a la salida de Cuautla y que paulatinamente se iban reportando. Revisando sus bajas, el capitán Yáñez le reportó la muerte de 147 soldados en el camino de Cuautla a Ocuituco. La baja más sentida fue la de Leonardo Bravo que se desempeñaba como su lugarteniente y fue capturado cuando regresó a la hacienda de San Gabriel, propiedad del español Gabriel Yermo, a buscar a su esposa que se había extraviado durante la ruptura del sitio. Llevado a la Ciudad de México fue juzgado y sentenciado a muerte. Para evitar el cumplimiento de la condena, Morelos ofreció a cambio la libertad de 200 prisioneros, los españoles rechazaron la propuesta y ejecutaron a Don Leonardo, padre de Nicolás Bravo. Cuando supo de la ejecución (efectuada el 13 de septiembre de 1812), el caudillo del sur ordenó el fusilamiento de los prisioneros. Sin embargo, Nicolás Bravo, incumpliendo las órdenes, los perdonó. Al frente de 50 hombres, Galeana llegó a Texacaque. Perseguido por los realistas que lo buscaban con afán, lo al-

canzaron en ese pueblo, obligándolo a retirarse a la hacienda de Santa Clara y luego a la de Tenango. Por fin logró reunirse con Morelos y demás jefes que se habían salvado en Chiautla.

Mientras tanto, Calleja nombró al coronel Echagaray como autoridad en Cuautla. Además de controlar la ciudad, le dio una instrucción específica: buscar entre los prisioneros al negro José Andrés Carranza, que pertenecía a la tropa del capitán Aguayo, y al tambor que perturbaba a su ejército tocando en la madrugada la orden de atacar, para ahorcarlos de inmediato sin darles más tiempo para prepararse cristianamente para morir. Todo indica que falló en su búsqueda. Echagaray encontró la villa derrumbada en buena parte y lo que aún estaba de pie fue rápidamente saqueado por su contingente que se ensañó con los sobrevivientes aunque frenaron las exacciones ante el peligro de contagio por la peste, Calleja ordenó que sus soldados acamparan fuera del pueblo y días después envió ayuda a los habitantes. Setenta y dos días de bloqueo armado, de combates, bombardeos, hambre y enfermedades había reducido su número y muchos estaban enfermos. Una de las peores amenazas era la extensión de la epidemia. A pesar de las medidas de cautela para impedirlo, las condiciones sanitarias y de higiene de la época eran insuficientes para detenerla. Se expandió a otras comarcas, sobre todo en la meseta central, causando una gran mortandad en las ciudades de México y Puebla que vieron reducida su población; la primera perdió, según cálculos del barón de Humboldt, veinte mil habitantes y la segunda alrededor de diecisiete mil.

## **Francisco Ayala**

Ayala era capitán de la Acordada en la región, o sea de un grupo encargado de combatir el bandolerismo. Su labor había arrojado buenos resultados y en apariencia era reconocida por todos

en la comarca, excepto por algunos españoles que indirectamente mantenían tratos con delincuentes y estaban inconformes con su actuación. Asimismo, aunque había sido invitado a integrarse a alguno de los grupos que organizaba el gobierno para enfrentar a los insurgentes, Ayala se había negado. Acaeció por aquellos días que una partida de realistas que mandaba el comandante Moreno, alcanzó y dio muerte en la hacienda de Almolonga a un insurgente llamado F. Toledano, en cuyo cadáver se encontró una carta de Ignacio Ayala, intendente nombrado por Morelos de la nueva provincia de Tecpan. Inducido a error sin atender a la diferencia del nombre, Moreno creyó que el autor de la carta era el Ayala de Mapastlán, pueblo localizado muy cerca de Cuautla y marchó a aprehenderlo, pidiendo auxilio a su tránsito por Cuautla al subdelegado Garcilazo, que se lo franqueó. Con un grupo armado dispuesto a ejecutar la orden, Moreno, se presentó en el pueblo. Sus habitantes protestaron y se opusieron a la medida. Recurrieron a sus armas de fuego los integrantes de la partida y dispararon contra la casa de Ayala, que como todas las de la región estaba hecha de varas y de barro; las balas penetraron los endebles muros matando a la esposa de Ayala. Por la presión de los lugareños se retiró el destacamento a informar falsamente en Cuautla que Ayala se había levantado en armas. Los españoles enemigos de Ayala lo denunciaron con Anselmo Rivera y éste ordenó al subdelegado Joaquín Garcilazo que reuniera un grupo más numeroso y mejor armado para detenerlo. Francisco Ayala decidió huir dolido por el asesinato de su esposa y preocupado porque se cometieran actos de violencia contra sus vecinos. El coronel Garcilazo lo encontró por casualidad en la iglesia de Anenecuilco donde se había escondido acompañado de dos o tres amigos y familiares. Nuevamente hizo resistencia y pudo escapar otra vez, pero ya estaba decidido a integrarse a las fuerzas insurgentes donde desempeñó un brillante papel en el sitio de Cuautla y en otras acciones. Soportó los rigores y sufrimientos

del sitio y participó en su ruptura. Enfermo, padeciendo fiebre, se retiró a Temilpa acompañado de sus seguidores, pero los españoles que no lo olvidaban informaron su regreso a sus persecutores quienes lo rodearon y lo capturaron junto con sus hombres. En el camino a Yautepec, José Gabriel de Armijo, jefe de la partida virreinal, fusiló a sus hombres y a algunos, después de muertos, los colgaron de los árboles para dar una “lección” a los rebeldes. A la entrada de Yautepec, Francisco Ayala sufrió la misma suerte que sus acompañantes: fusilado, su cadáver fue colgado de un árbol.

## **Balance del sitio de Cuautla**

El sitio de Cuautla tuvo graves e importantes consecuencias. La gran hazaña insurgente de resistir al mejor ejército realista y romper la red de fuego que había tendido a su alrededor dejó muy mal parado el prestigio de Calleja y elevó enormemente el de Morelos. Los partidarios de la Independencia, incluyendo a importantes sectores criollos bien ubicados en la escala social y política, recibieron con entusiasmo la nueva situación. Al inicio de la lucha insurgente, las masas desarmadas o portando arcos y flechas, lanzas, hondas y piedras, machetes, hasta palos, se habían enfrentado a ejército dirigidos y disciplinados por militares profesionales, españoles y criollos, y armados con todo tipo de fusiles y cañones, de los que tenían en corto número los independentistas. La presencia de los batallones comandados por Allende era insuficiente para contrapesar las desventajas en organización, disciplina y armamento. Por eso los combates como Aculco y Puente de Calderón habían terminado en derrotas. La aparición de Morelos hizo un cambio radical. No más pueblo desarmado, sino tropas disciplinadas con apoyo de la población a la que se exhortaba a apoyar la causa proporcionando alimentos, informes de los movimientos realistas y



demás tareas a su alcance, que facilitaban el movimiento de un ejército que nunca superó los seis mil soldados. Tuvo el respaldo de jefes militares talentosos. Algunos como Galeana y Matamoros, verdaderos forjadores de ejércitos, con un talento bélico adquirido en el contacto de los pueblos insurrectos y su experiencia de vida. Se forjó una diferencia y explica por qué Calleja no pudo aplastar a los independentistas en Cuautla, como fanfarronamente había pronosticado.

Para valorar militarmente lo sucedido en Cuautla, podemos citar la expresión del Duque de Wellington. “La fama del Sitio de Cuautla de Amilpas pronto llegó a España, donde fue objeto de conversaciones públicas, de las cuales sobresale una que se dio en el Puerto de Cádiz, ya que en una comida (...) Lord Wellington le preguntó (...) al diputado por México Beye de Cisneros, ¿qué cosa era Cuautla? (...) Éste le respondió, *un lugar de todo punto abierto, situado en una llanura o valle* (...) Entonces el noble Lord dijo (...) *Eso prueba tanto la ignorancia del general que lo ataca, como la sabiduría y el valor del general que la defiende.*”

Sin embargo, un balance objetivo de las consecuencias de esta prolongada contienda no fue del todo favorable para la causa americana. Ocupadas las tropas de Morelos durante más de tres meses, los realistas aprovecharon su encierro para debilitar las conquistas obtenidas en el sur. Las fuerzas armadas virreinales recuperaron, con el auxilio de hacendados y de algunos pobladores partidarios del virreinato Chilapa, Tixtla, Chilpancingo y Taxco. Quedó nuevamente en disputa una parte importante del territorio sureño conquistado por Morelos. Solamente la mayoría del territorio de Tecpan a Zacatula se conservó en manos insurgentes. Los militares, las autoridades virreinales y los dueños de las haciendas, particularmente las azucareras, organizaron compañías de realistas, las armaron para enfrentar y perseguir a los insurgentes. Los curas de los

pueblos presionaron a los indios para pedir el indulto a Calleja, apoyándose en una proclama firmada por el Virrey Venegas y enviada junto una carta pastoral del cabildo eclesiástico que gobernaba el arzobispado “en la que se les prevenía que exhortasen a los pueblos al orden y a la sumisión, dándoles facultad para que ellos mismos concediesen el indulto”. Las autoridades virreinales y el alto clero combatían con la fuerza de las armas a los rebeldes, también recurrían a la política y a los planteamientos ideológicos. En ningún momento dejaron de blandir la amenaza del castigo divino para quienes se sublevaran ni la oferta de perdón e indulto a los que se sometiesen. Usaron la política como un medio de acercar el triunfo en la guerra.

La fama de Morelos se esparció en el país y animó a los que luchaban, con diversos medios y en distintos sectores, por la Independencia de Nueva España. Ya fueran los criollos integrantes del grupo de los “Guadalupes” o los grupos guerrilleros dispersos en el país. Lo convirtió en el jefe indiscutible del movimiento insurgente y propició que, con toda autoridad, pudiera convocar al Congreso de Chilpancingo para declarar la separación absoluta de España y de su imperio, redactar la Constitución de Chilpancingo, pregonar la necesidad de un gobierno republicano y relegar al olvido la consigna del restablecimiento en el trono español de Fernando VII. Parcialmente derrotado militarmente, Morelos ganó fuerza política para dar el viraje que necesitaba el movimiento y formular nítidamente sus verdaderos objetivos. Después de esto, las ideas monárquicas nunca pudieron alcanzar la hegemonía ni la legitimidad necesaria para triunfar.

El esfuerzo que hicieron las autoridades virreinales para abastecer con oportunidad y suficiencia a los sitiadores de Cuautla ascendió a 2 millones de pesos y redujo la hacienda pública, ya de por sí menguada por los capitales enviados a España para combatir a José Bonaparte. Dilapidadas las ri-

quezas de Nueva España en la corte de los Borbones, ya fuera en las constantes aventuras bélicas en las que participaba o en la corrupción de los cortesanos y *grandes* nobles españoles, desde la aplicación de la Cédula de Consolidación de Vales, en la primera década del siglo XIX, los años de mala cosecha, los estragos de la guerra de Independencia y la fuga de capitales realizada por los españoles adinerados, perfilaron la crisis de la economía del país cuando accedió a la Independencia.

Terminada la batalla por Cuautla estalló el conflicto entre el Virrey Venegas y Calleja. Entre ambos existía un conflicto por el poder. A partir de las victorias obtenidas sobre Hidalgo y Allende, el Virrey advertía un aumento de la popularidad de Calleja y de su ambición por desplazarlo del cargo, y no estaba dispuesto a permitirlo. Ya vimos que intentó destituirlo del mando del Ejército del Centro antes del sitio de Cuautla, y que sólo la oposición de la oficialidad realista lo había impedido. Concluido el sitio, alardeaba Calleja que Morelos estaba acabado, lo que aprovechó Venegas para disolver su ejército, argumentando que ningún contingente rebelde era un peligro mayor, sino que las partidas insurgentes estaban diseminadas en el territorio y era preferible cubrir el mayor número de lugares conflictivos para reprimirlos. El 17 de mayo, dos semanas posteriores a la ruptura del sitio, Calleja quedó sin mando de tropas. Se estableció con su familia en la capital del virreinato y continuó las intrigas para deponer a Venegas, siempre respaldado por los grandes comerciantes que veían en él al militar apropiado para reprimir a sangre y fuego, sin misericordia, la rebelión. Se convirtió en el centro de un gran grupo compuesto de criollos y españoles, junto con los militares que habían servido en el ejército con él.

El Virrey Venegas, insatisfecho contra las sanciones a los insurgentes, las agravó en el decreto del 25 de junio. Sobre todo en el caso de los clérigos los despojó del fuero eclesiásti-

co y su castigo lo puso en manos de los militares, pues según cálculos de los investigadores unos 400, alrededor del 5.4 por ciento de los 7, 341 eclesiásticos regulares y seculares que vivían en la Nueva España se habían incorporado a la rebelión, en muchas ocasiones encabezando partidas insurgentes. En el decreto mencionado: “Se impuso la pena de ser pasados por las armas, sin darles más tiempo que el preciso para disponerse cristianamente (a morir), a todos los jefes o cabecillas, en cualquier número que fuesen, calificando de tales a los que notoriamente lo fuesen; a todos los oficiales de subteniente para arriba; a todos los que reuniesen gente para servir a la revolución; a todos los eclesiásticos del estado secular o regular que hubiesen tomado parte en la revolución o servido en ella con cualquiera título o destino, aunque fuese sólo en el de capellanes, y a los autores de gacetas u otros impresos incendiarios. Los que sin ser cabecillas (han) hecho armas contra las tropas reales, sin tener excusa que alegar suficiente a eximirlos de la pena capital, debían ser diezmados, y los que por la suerte quedasen libres de la muerte y todos los que no debiesen sufrirla según las disposiciones del bando, debían ser remitidos al virrey, si las circunstancias lo permitían”.

Con tales disposiciones, la guerra que ya era muy cruenta y había alcanzado niveles muy elevados de ensañamiento y barbarie por ambas partes, empeoró. Sin duda alguna, quienes estaban en posibilidad de ejercer todo tipo de crueldades eran aquellos que detentaban el poder y tenían mayor fuerza militar.

## **Victoria de Galeana en Citlala**

Poco les duró el gusto a los realistas. Repuestos de la fatiga producida por las agobiadoras jornadas que acababan de vivir Morelos, Galeana y Miguel Bravo recibían con los brazos abiertos a los sobrevivientes de Cuautla y a nuevos reclutas. Los batallones

del generalísimo volvieron a formarse en Chiautla. Con ochocientos hombres se dispuso a recuperar Chilapa y Tixtla donde se habían acuartelado los realistas. Morelos trazó un notable plan que hizo converger en Chilapa a Julián Ayala con personal proveniente del Veladero y de la costa; Bravo con gente de Chichihualco; y el cura Tapia con la de Tlapa. Los jefes españoles Añorve y Cerro convencidos de su incapacidad para resistir un ataque proveniente de distintos puntos, organizaron su retirada rumbo a Ayutla donde estaba el comandante Francisco Paris, invitando a los partidarios del virreinato para que los acompañaran. Fijaron su punto de reunión en Citlala, donde llegó la vanguardia de Galeana el 4 de junio de 1812. Sin perder tiempo, éste movió a una parte de sus hombres para flanquearlos y la otra para enfrentarlos en el llano frente al pueblo.

“Galeana en persona se aprestó al combate y seguido de su escolta inició el ataque, ordenando que a medida que llegasen los suyos se le incorporaran. Lo realistas resistieron con bravura hasta el punto de que llegó a verse en grave peligro Miguel Bravo, salvado briosamente por su sobrino, Nicolás, al generalizarse la lucha.”

“Al fin, el empuje de Galeana con su caballería, que salió intempestivamente de una barranca hizo retroceder a los jinetes de Chilapa, quedando los infantes del Rey sin protección contra los peligrosos sables y machetes de los costeños.”

Sin esperar Añorve un nuevo ataque, aprovechó la noche para acelerar su marcha a Ayutla desde donde el comandante Paris envió al teniente Reguera para proteger su retirada. La sorpresa de los que huían fue enorme pues les habían hecho creer que Morelos estaba totalmente vencido y liquidados sus batallones. Igual o mayor asombro causó la noticia en la Ciudad de México de que Morelos se reintegraba al combate. Menudearon las críticas y señalamientos de culpabilidad entre Venegas y Calleja. Al primero por haber disuelto el ejército

capaz de enfrentarlo; al segundo por no haberlo perseguido de inmediato una vez que había roto el cerco en Cuautla. Las opiniones entre los partidarios del virreinato se dividieron. Los únicos que expresaron unánimemente su júbilo fueron los partidarios de la insurrección.

A tercer día entró Morelos a Chilapa y sancionó a quienes habían tomado las armas otra vez contra los independentistas. Informado de la precaria situación en la que se encontraba Valerio Trujano en Huajuapán tomó las disposiciones para acudir a la mayor brevedad en su auxilio.

## El “Indio Yunoo” y el sitio de Huajuapán

Valerio Trujano era un arriero honrado conocido por Morelos cuando él también trabajaba en esa actividad. Al incorporarse a sus fuerzas le encomendó la misión de promover la causa de la Independencia en la Mixteca. Ayudado por Miguel Bravo empezó a levantar a la población local. A principios de marzo de 1812 unió sus fuerzas con las del padre Mendoza en Tamazulapán, Oaxaca, con el fin de rendir al general realista José María de Régules, quien se encontraba fortificado en la parroquia de Yanhuatlán y en algunas casas cercanas. Parecía que era cuestión de poco tiempo la rendición de Régules, pero el 15 de marzo Miguel Bravo recibió instrucciones para ir a reforzar a Morelos en Cuautla y se retiró con sus tropas. Trujano se limitó a comportarse como una fuerza guerrillera que causaba daños a los españoles y se refugiaba en Huajuapán. Bernardo Bonavía, que se desempeñaba como alto funcionario virreinal y que había reprimido a los rebeldes en varias ocasiones, dispuso que Manuel Guenduláin, con mozos de su mayorazgo y 100 hombres provenientes de la guarnición de Oaxaca, atacara a Trujano y a sus huestes. Enterado Trujano de que marchaban contra él, puso una celada y desbarató el contingente enviado para

someterlo, apresó a la mayoría con todo su armamento y en el enfrentamiento murió Guenduláin. Enterado Bonavía ordenó a Régules que sitiase Huajuapán. Para garantizar su triunfo lo reforzó con un contingente de 400 costeños comandado por Francisco Caldelas, de Ometepec; adicionó una división compuesta por clérigos, frailes y artesanos que había levantado el obispo de Oaxaca, Antonio Bergosa. Al llegar frente a Huajuapán el general Régules contaba con más 1,500 soldados, catorce cañones y abundante parque. Bustamante relata una acción represiva de este militar concebida, seguramente, para aterrorizar a la población: mandó amarrar a veintitantos indios, los colocó debajo de la horca del pueblo y ordenó que les cortaran las orejas, por donde empezaron a sangrar abundantemente. Aún así los mantuvo durante todo el día, desde la siete de la mañana hasta las seis de la tarde. Muchos de ellos murieron.

Huajuapán de León hoy es parte del estado de Oaxaca, cabecera del municipio del mismo nombre y una de las principales poblaciones de la Mixteca baja oaxaqueña; ocupa el poniente y el noroeste del estado. Su nombre significa “en el agua de los huajes” o como “el río de los huajes”.

Cuando se presentó Régules con sus brigadas, Trujano ordenó cerrar las entradas del pueblo y como era domingo 5 de abril muchos indios que habían ido al mercado quedaron encerrados junto con los habitantes. Continuando su línea de espantar a la gente del pueblo, Régules intentó incendiarlo infructuosamente porque Trujano se le opuso y lo rechazó. Entonces se estableció el bloqueo. Régules por el oriente levantó su cuartel general en una loma a tiro de cañón; Caldelas se ubicó al norte, en el Calvario, donde había un pequeño templo que fue profanado por la soldadesca; al poniente el hacendado Gabriel Esperón, que dirigía algunos de sus sirvientes; al sur el capitán Juan de la Vega. Construyeron zanjas alrededor la villa con guardias que marchaban constantemente. Después de

instalar sus cañones al quinto día empezó el bombardeo. Carente de ese armamento, Trujano ideó simular en las azoteas un cañón que cuando se disparaba sonaba una cámara gruesa atrás y disparaban los sitiados. Para resolver la falta de artillería, mandó fundir las campanas de la iglesia y pudo responder con tres cañones a partir del 10 de abril, utilizando como metralla las piedras lisas del río, que también eran ocupadas por sus honderos. Los hombres de Huajuapán rechazaron 15 asaltos lanzados por los realistas. Aunque tenían escasez de parque, las piedras eran un sustituto aceptable. Además, a diferencia del sitio de Cuautla, donde los defensores padecían de la falta de alimentos, en Huajuapán había depósitos de semilla, de carne de chivo y otros víveres y enseres recogidos por los clérigos como pago del diezmo popular. Fueron empleados por los insurgentes bajo la estricta vigilancia de Trujano, que guardaba las llaves de la bodega.

Los curas Sánchez y Tapia unieron sus grupos para intentar romper el cerco a Huajuapán, pero fueron derrotados el 17 de mayo. Acosado por un número superior de enemigos, decidió enviar un mensajero a Morelos solicitando su ayuda. Escogió para esta delicada tarea a un indio del pueblo de Santiago Nuyoo. Antiguamente, los habitantes de este lugar viajaban cada mes al distrito de Tlaxiaco para hacer compras, por esta razón las gentes de otros pueblos los llamaron en mixteco *Ñayivi nuu yoo*, que quiere decir “personas de cada mes”.

El designado se llamaba José Remigio Sarabia Rojas, quien vivió una historia singular. José Remigio iba a casarse con María Rojas. Ya estaban comprometidos cuando el cura del pueblo llamado Manuel Soto robó la novia. Puede entenderse el inmenso dolor de José Remigio que resolvió vengarse cobrando la vida del cura. Por esos días llegaron las noticias de los combates que se libraban en Huajuapán y alrededores. El cura Soto se trasladó a Huajuapán y luego se incorporó al ejército realista. Triste, pero resuelto a vengarse, José Remigio llegó



a Huajuapán cuando se formalizaba el sitio que le impuso el jefe Régules y se dirigió a Valerio Trujano, con el que sostuvo, según se narró por los lugareños, el siguiente diálogo:

“Valerio Trujano le preguntó ¿de dónde eres? A lo que José Remigio le contestó: ‘Noyoo, señor’. Lo interrogó de nuevo Trujano ‘¿Cómo llegaste? Y recibió esta respuesta: ‘vendiste a vender plátano y naranja mircado, pero ese fregado Régulo no me dejó salir y entonces vine a buscar casa de don Chepito Rera’. ‘Pero es que aquí estamos peleando, ¿no tienes miedo de morir?’. A lo que Remigio respondió: ‘No señor, tú también sabe guerra, armas y piliar donde gustes’.” Así se incorporó a los defensores de Huajuapán.

Durante los combates el cura Soto, que manejaba uno de los cañones, fue abatido por un disparo de José Remigio, que así hizo justicia. “Noyoo ¡Qué buena puntería tienes, tú mataste al padre Soto!” le dijo el sargento Rodríguez su compañero de lucha. “¿Tu lo vites?” contestó rápido sin dejar de apuntar su fusil a la línea enemiga. “Entonces presta más tiro porque el combate tá mu fuerte.”

En la casa de los diezmos que eran los alimentos de los sitiados había el nerviosismo; los combates no cesaban y las existencias ya casi desaparecían; “¡llamen a Noyoo”, ordenó Trujano con su calma acostumbrada. “¿Sabes el camino a Tlapa?” “Sí señor”, contestó el indio.

“Llevas este papel para el señor Morelos, si no lo encuentras ahí, sigues hasta Chilapa o donde lo halles y en su propia mano se lo entregas”, le dijo Valerio Trujano a José Remigio. El papel era una carta en la que se solicitaba a José María Morelos la ayuda para romper el sitio de Huajuapán.

Sarabia Rojas, inteligentemente, se disfrazó de limosnero y desafiando enormes peligros logró cruzar las filas de los sitiadores de Huajuapán y se enfiló en busca de Morelos para entregarle la carta. Avisó a Trujano que había atravesado sano

y salvo, quemando desde una altura dos cohetes que para tal efecto llevaba. Diligente y astuto, ágil e incansable “El indio de Nuyoo” llegó hasta Chilapa insistiendo hablar con el Generalísimo Morelos para entregarle noticias de Huajuapán. Cuando estuvo con él le informó:

“Jefe Valerio te dijo entregar tu mano este papel”, dijo Sarabia Rojas. “A ver hijo ¿cómo están por allá?”, respondió Morelos. “Mucho muerto, Tatita. Necesidá mu grande. Régules tiene sitio desde abril, gente llora piliando. Vas regresar luego para que avises jefe Valerio recibiste carta”, agregó el indígena, y con la certeza de que pronto recibirían auxilio procedió a encaminarse rumbo a Huajuapán.

José Remigio continuó empeñado en la defensa del poblado. Enterado Trujano que de un disparo había matado al cura, le dijo en tono de broma “ya estás excomulgado, y le respondió: Yo tiré el escopetazo y nuestro señor Jesucristo mandó la bala”.

En calidad de avanzada llegó primero Miguel Bravo y poco después arribó Morelos con todo el ejército que había reunido después de la salida de Cuautla la tarde del 23 de julio y en el cual iban sus principales jefes, los Galeana, los Bravo, Matamoros. Pretendía lanzar una ofensiva el día siguiente. Se oyeron descargas de fusilería y Galeana le dijo: “Señor, están atacando a Trujano y este hombre no tiene más parque que en sus cartucheras; vamos a auxiliarlo”. Decidió actuar de inmediato y puso en práctica un plan diseñado con anterioridad para derrotar a los sitiadores: formó cuatro columnas que atacaron por otros tantos lugares. A Galeana le correspondió combatir a Caldelas. Cuando se dirigía a enfrentarlo, Trujano se le presenta y le advierte que va directo a una emboscada. En ese momento un cañonazo pega cerca de él, desmontando Galeana elude la trampa y se lanza sobre el enemigo. Trujano organiza un embate desde el interior contra los contingentes de Régules. Los demás oficiales independentistas cumplieron

sus misiones. Trujano persiguió a los sobrevivientes que aunque llegaron a Yanhuatlán, siguieron su fuga hasta Oaxaca. En su huida dejaron abandonados 30 cañones, más de mil fusiles, pertrechos de guerra, caballos y unos 400 muertos. El botín de guerra se incrementó con los pertrechos encontrados en Yanhuatlán, que era el centro de aprovisionamiento realista para toda la Mixteca, 200 fusiles, 16 cañones, ropa y semillas. Así fue como el 23 de julio de 1812, después de **111 once días** de permanecer acorralado Valerio Trujano, gracias a la astucia y valentía de José Remigio Sarabia Rojas, Morelos llegó a la ciudad de Huajuapán (hoy conocida como Huajuapán de León), rompió el círculo de fuego que habían construido los realistas y libró la ciudad mixteca del ejército español, con sus defensores formó un regimiento denominado San Lorenzo, encabezado por Valerio Trujano, nacido en Tepecoacuilco, que recibió el grado de coronel.

Desgraciadamente la vida del héroe de Huajuapán fue corta. Enfrentado a un escuadrón de 400 realistas que lo sorprendieron en el rancho La Virgen, entre Tlacotepec y Tepeaca, intentó retirarse, pero regresó a rescatar a su hijo, que se había retrasado y fue muerto en esa acción.

Personas enteradas de la debilidad castrense que tenía Oaxaca, particularmente Valerio Trujano, y que podía ser conquistada sin mucho esfuerzo y con poco o nulo derramamiento de sangre, le insistían a Morelos marchar contra esa ciudad, una de las más ricas en recursos de Nueva España. Sin embargo, sus planes eran de una perspectiva estratégica superior y mandó emprender el camino a Tehuacán.

## **De nuevo Mariano Matamoros**

Antes de romper el sitio de Cuautla, Morelos instruyó a todos los jefes de tropa para que se concentraran en Chiautla. Cuan-

do Matamoros se enteró dónde estaba el caudillo se reunió con él y recibió la orden de trasladarse a la hacienda de Santa Clara, cercana a Jantetelco. Establecido en la región donde había ejercido el sacerdocio, Matamoros inició una labor de reclutamiento. Al poco tiempo se trasladó a Izúcar, pueblo muy antiguo cuyo nombre significa “lugar en donde se pintan la cara”. Durante los combates de febrero entre los insurgentes comandados por Miguel Bravo y los realistas por Ciriaco de Llano, sus habitantes se manifestaron a favor de los primeros. En junio Matamoros instaló ahí su cuartel general, ocupando su tiempo en construir defensas que permitieran repeler cualquier ataque enemigo y en integrar un cuerpo de ejército preparado y disciplinado. Aprovechó su dominio de la lengua náhuatl y de la otomí, también sabía latín, para convocar a más personas de la región a incorporarse a las filas insurgentes. También construyó una fábrica de pólvora obteniendo el salitre de los pueblos vecinos. En poco tiempo ya había formado una tropa numerosa. Según Gabriel Armijo, que espiaba sus pasos y esperaba recibir los refuerzos que había solicitado al Virrey para agredirlo, le informaba a éste que tenía una fuerza de tres mil hombres estructurada en 27 compañías de 100 soldados cada una, aunque algunas tenían hasta ciento cincuenta, agrupadas en el regimiento de infantería del Carmen, con ochocientas plazas, al mando del coronel Mariano Ramírez; los regimientos de caballería de San Ignacio y de San Luis y el famoso regimiento de dragones, de San Pedro con su estandarte negro con una cruz roja al centro y la leyenda “Inmunidad Eclesiástica”; la artillería compuesta de ocho cañones y un obús estaba al mando de Manuel Mier y Terán. Su Estado Mayor estaba integrado por Peña, cura de Huamuxtitlán; Antonio Sesma, fue tesorero de Puebla y marqués de Sierra Nevada; Sargento Mayor Mariano Ramírez; Capellán, el Bachiller Matías Zavala.

Su bandera llevaba esa leyenda en rechazo al decreto del Virrey Venegas del 25 de junio de 1812 al que ya se ha

hecho referencia, que declaraba “reos de la jurisdicción militar a todos los clérigos que hubiesen hecho o hiciesen resistencia a las tropas del rey, de cualquier clase, estado o condición que fuesen”. En otras palabras, despojaba al clero de la inmunidad que impedía a los militares juzgarlos, pues antes de que se promulgara este bando deberían entregarlos a las autoridades eclesiásticas para seguir el procedimiento que los despojaría de su investidura religiosa. Desde luego que era un golpe a las prerrogativas que siempre habían tenido los eclesiásticos. Algunos argumentan que ésta fue la razón por la cual Matamoros se incorporó a la insurgencia. Comparando las fechas en que Matamoros se presenta con Morelos y pide ser aceptado en las filas independentistas, diciembre de 1811, y la publicación del bando de referencia, 25 de junio de 1812, es obvio que no existe vinculación causal alguna.

Era fama que el mejor cuerpo, más organizado y disciplinado de la insurgencia era el que había constituido Matamoros. Su escolta estaba uniformada de azul con vistas amarillas. Asimismo pregonaba una actitud responsable y ética en sus regimientos: no consentía que sus soldados robaran “sino que perseguía con tenacidad a los bandidos que tomaban el nombre de insurgentes para cometer, bajo su amparo, sus depredaciones, y así fue como, teniendo noticias de los robos que cometía el padre Tarelo, que capitaneaba una gavilla, dizque de insurgentes, comisionó a Rosains para que lo persiguiera y éste lo fusiló por haber encontrado en su poder ganado robado de la hacienda de Alzayanga”.

Mantén activos a sus soldados recibiendo instrucción diariamente. Matamoros aprovechaba los reglamentos utilizados por el ejército virreinal para disciplinar a sus tropas siguiendo procedimientos similares y obteniendo buenos resultados. Por las noches entretenía a toda la población con serenatas que daba la pequeña banda organizada por el cura.

Hasta octubre permaneció en Izúcar, cuando fue convocado por Morelos, que después de liberar a Huajuapán preparaba una ofensiva más devastadora contra el poder virreinal.

## **Ocupación de Tehuacán**

Es conveniente trazar un breve panorama de las condiciones en las que se encontraba la insurrección en las comarcas a las que el ejército de Morelos se iba a dirigir luego de liberar a Huajuapán. Desde principios de 1812 la actividad de las partidas insurgentes se incrementó en el hoy estado de Puebla. No hubo ciudad o villa importante, con excepción de la capital poblana, que dejaran de atacar u ocupar. Tehuacán era una de las ciudades que más acoso recibía por parte de los curas José María Sánchez de la Vega, vicario de Tlacotepec y Mariano Tapia, de Tlapa. Otros jefes insurgentes ya merodeaban por esos rumbos: Ramón Sesma, el franciscano Ibargoyen.

La insurrección también se había extendido al hoy estado de Veracruz. Las comunicaciones estaban bloqueadas desde abril hasta principios de julio. No podían trasladarse a ningún lado el correo ni las mercancías acumuladas en el puerto. Orizaba era un punto muy relevante para el gobierno virreinal, pues ahí se encontraban los almacenes del estanco de tabaco cuya venta garantizaba el ingreso de cuantiosos recursos para la hacienda pública, y fue atacada conjuntamente por los destacamentos de Miguel Moreno; del cura del pueblo de Maltrata, Mariano de las Fuentes Alarcón; del cura de Zongolica, Juan Moctezuma Cortés, quien se ostentaba como descendiente del emperador mexica del mismo nombre; y del licenciado Juan Nepomuceno Rossains, recién integrado a la insurgencia y que más adelante sería secretario de Morelos.

Acudió en auxilio de los realistas Ciriaco de Llano con un ejército de 2 mil hombres que había participado en el si-

tio de Cuautla y los desalojó. Inmediatamente tomó el camino de Veracruz enfrentando a todo lo largo el hostigamiento de las bandas insurgentes que, además, tenían rodeada a Jalapa. Toda la provincia estaba en plena insurrección, el aislamiento era tan grande que en esta ciudad no tenían noticia de lo que ocurría en el puerto jarocho. Llano se enteró por algunos prisioneros insurgentes que habían llegado provenientes de España los regimientos de Castilla y de Campeche arribando a Veracruz el 30 de julio. Encontró los restos de los castellanos, que inicialmente formaban un cuerpo de 1,300 soldados de los cuales habían perecido la mitad. Decidido a sacar a los sobrevivientes acordó con las autoridades transportar 40 cajones de correo, con los comerciantes llevar sus mercancías, entre ellas el papel para fabricar cigarros, y partió rumbo a Jalapa con un convoy de 2 mil mulas. Conforme avanzaba los contingentes de americanos iban recuperando sus posiciones y cerrando nuevamente los caminos y las comunicaciones. Siguió su camino y entró a la Ciudad de México el 5 de septiembre con su carga incompleta para gran disgusto de los comerciantes, que solamente recibieron 200 cargas de las 2 mil que habían salido de Veracruz. Este tipo de situaciones se repetía en muchas ocasiones a lo largo y ancho del país, cuando los realistas escoltaban caravanas de mercancías las mermas eran considerables. Destacó en estos latrocinios Agustín de Iturbide.

Considerando las circunstancias, Tehuacán era un centro estratégico. Desde ahí se podía amagar Orizaba, Veracruz, Oaxaca y Puebla. Para el caudillo del Sur ocupar este poblado era ideal para instalar su cuartel general. Además, consciente del valor militar evitaba que Ciriaco de Llano, comandante general de las tropas realistas en toda la provincia de Puebla, o cualquier otro jefe contrainsurgente, se adueñara de esa localidad. Durante los meses de junio y julio la actividad insurgente fue intensa y toda la región poblana y mixteca fue teatro de constantes acciones militares.

Una vez concebido su proyecto, Morelos demostró sus inmensas capacidades militares: actuó con un objetivo claramente definido, ocupar todo el sur de Nueva España y convertir a Oaxaca al poderío de los insurgentes; mantuvo con firmeza su perspectiva a pesar de que muchos allegados le invitaban a modificarla; concentró los grupos dispersos que acataban sus órdenes para presentar un contingente con un mando unificado y un ejército eficaz y bien armado; utilizó al máximo los recursos y evitó cualquier dispendio; actuó con rapidez si tomamos en cuenta lo complicada que es la orografía de la región. El conjunto de estas cualidades le permitió llevar a cabo exitosamente el plan de campaña que se había trazado.

## **Nombramientos a Matamoros y a Galeana**

Una campaña tan ambiciosa requería una estructura militar adecuada, reforzada con nuevos mandos, reconociendo a la vez los méritos en campaña y redistribuyendo las enormes responsabilidades que se avecinaban. Morelos tomó la decisión de nombrar un lugarteniente para ocupar el lugar que desde los primeros meses de la campaña ocupaba Leonardo Bravo y que su muerte le había dejado vacío. Con tal objeto designó a Mariano Matamoros como su segundo en el mando con el grado de mariscal, que también otorgó a Hermenegildo Galeana. Remitió una carta a Ignacio López Rayón fechada el 12 de septiembre de 1812 en Tehuacán, en los siguientes términos.

“Excelentísimo señor. Porque las vicisitudes de la guerra son varias, y mi segundo el brigadier don Leonardo Bravo está en México, he nombrado mariscal al licenciado Mariano Matamoros, cura de Xantetelco, por el mérito que en este año ha contraído organizando brigada en Izúcar, y defendiendo aquella plaza, a más de lo que trabajó en Cuautla, y otros a que se agrega su talento y letras: por cuyo motivo lo he dado a



conocer por mi segundo, y a quien deberán ocurrir todos, y en todo lo de mi cargo en mi fallecimiento o prisión (...)

“Hace pocos días que le había nombrado brigadier de la sexta brigada que en Izúcar está acabando de organizar y completar, pero su mérito y aptitud exigen este último grado en las presentes circunstancias; pues aunque el brigadier de la primera brigada don Hermenegildo Galeana ha trabajado más, y es de más valor, pero inculpablemente no sabe escribir, y por consiguiente le falta aquella aptitud literaria, que recompensa en el otro el menor trabajo personal.

“Sin embargo el expresado Galeana por su valor, trabajo y bellas circunstancias es acreedor al grado de mariscal, y por lo mismo se lo he conferido en recompensa de sus fatigas, y para componer el juicio de los hombres y prohibir una dispersión o desavenencia en un caso fortuito.”

Este nombramiento simultáneo muestra el interés de Morelos por reconocer a ambos hombres. No revela una preferencia en sus sentimientos y afectos a favor de uno u otro. Al contrario, pone de manifiesto el interés por evitar disputas estériles entre ellos y, al mismo tiempo, adopta decisiones que tienden a darle continuidad a la lucha insurgente. Galeano, que podría sentirse relegado, jamás manifestó inconformidad con esta decisión, y continuó combatiendo con el mismo valor, tenacidad y entrega ilimitada como lo había hecho hasta entonces. Sin embargo, esta salomónica decisión no ha impedido que algunos historiadores y biógrafos se inclinen por uno u otro. Lamentable incompreensión del carácter generoso y no sectario del caudillo del sur que sabía distinguir los méritos y cualidades de sus subordinados como lo demuestra el nutrido grupo de militares que se formaron en sus filas. Pero, además, prestan poca atención a las tareas complejas y múltiples que derivan de estar al frente de una revolución para las cuales era necesario contar con el bagaje educativo apropiado para sacar-

las adelante. Un ejemplo relevante era el trato necesariamente clandestino y secreto mantenido por Morelos con la organización de influyentes y bien relacionados criollos que en la capital respaldaban la insurrección denominada “los Guadalupe”, y de la cual recibía informes que a su vez daba a conocer a Matamoros. Es obvio que una situación así no podía manejarse a través de terceras personas o por secretarios.

Morelos luego de liberar Huajuapán se dirigió a Tehuacán, donde entró el 10 de agosto. Algunos movimientos erráticos de los realistas le favorecieron. Aislado desde hacia varios meses de la Ciudad de México, el gobernador de Veracruz armó un grupo de 300 infantes y 60 hombres de caballería, desconociendo que Tehuacán ya era el centro de los independentistas. Bajo el mando de Juan Labaqui, el cual había servido en el ejército español en la guerra contra Francia en 1793, el grupo contrainsurgente rechazó los asaltos de las guerrillas rebeldes, rebasó las cumbres de Acultzingo y se alojó en el pueblo de San Agustín del Palmar. Nicolás Bravo fue designado para combatir a Labaqui y a su gente. Los derrotó en toda la línea y capturó 200 soldados del ejército virreinal. Durante la refriega los hombres al mando de Bravo se enfrentaron a las bayonetas con sus machetes y en ella murió el jefe español.

En este lugar donde Nicolás Bravo fue enterado de la propuesta virreinal que le perdonaba la vida a su padre a cambio de que él y sus hermanos aceptaran el indulto y se retiraran de la revolución. La contrapropuesta de Nicolás Bravo, avalada por Morelos, fue el intercambio de los 200 prisioneros que había hecho en El Palmar por la libertad de Leonardo Bravo. El Virrey rechazó esa propuesta y el 13 de septiembre llevó adelante la ejecución. En esa ocasión fue cuando Nicolás Bravo pronunció su famosa frase *¡La patria es primero!* Morelos le ordenó a Bravo que fusilara a los soldados capturados, pero en vez de hacerlo y corriendo el riesgo de que lo sancionaran, los

reunió, les informó de la situación y de la orden recibida después de lo cual los liberó. Muchos que estaban convencidos de que pronto perderían la vida, con muestras de agradecimiento y convencidos de la superioridad moral de los insurgentes, se incorporaron a los regimientos que mandaba Nicolás Bravo. Es oportuno recordar que Leonardo Bravo y otros oficiales rebeldes ya no fueron muertos mediante la horca; se les aplicó un castigo supuestamente más “humano”: el garrote vil, que consiste en sentar al reo en un banco recargado a un poste, después se le coloca alrededor de la garganta un aro de hierro conectado a un tornillo al que se le da vuelta hasta que el reo fallece asfixiado.

Francisco Osorno capturó barras de plata en Pachuca, de las cuales le fueron asignadas un ciento a Morelos, pero por diversas razones o pretextos no se le habían entregado. Aprovechando su nueva ubicación, Morelos marchó sigilosamente el 13 de octubre a recibir las barras de plata destinadas a cubrir los gastos de la contienda. Cumplida esta misión vio la oportunidad de atacar un convoy que llevaba provisiones y mercancías entre Perote y Puebla escoltado por tropas al mando de Porlier y Luis del Águila. Bien preparados, los españoles aprovecharon que eran más numerosos que sus atacantes, y pudieron rechazar la acometida en un lugar cercano a Ozumba conocido como Ojo de Agua. Los insurgentes se reagruparon y continuaron su camino a Tehuacán lamentando la muerte del coronel cura José María Tapia, quien falleció en el encuentro.

## **Ocupación de Orizaba**

Estos movimientos de tropa destinados a cuidar las caravanas con mercancías fueron aprovechados por Morelos para apoderarse de Orizaba, que había quedado con una guarnición re-

ducida. Dicha ciudad era un centro comercial muy importante porque en ella estaban los almacenes donde se guardaba el tabaco, cuya venta era monopolio de la corona española. Según Bustamante, a causa de los estragos de la guerra Orizaba había aumentado su comercio de tabaco, que ya se vendía en Zacatlán y todos los puntos insurreccionados, ésa era la razón por la cual la llamaban “la rica alhaja de la Corona”. Por las circunstancias de la guerra, la mayoría de los caminos eran inseguros, incluyendo algunas de las principales vías; también la recaudación de tributos, diezmos, impuestos en general se habían reducido por los estragos que la contienda había hecho a la economía de la colonia. En ese momento era vital para el erario virreinal recibir los ingresos provenientes del tabaco.

Conociendo estas circunstancias, reforzado por la interceptación de una carta de José Antonio Andrade jefe militar de Orizaba al gobierno, en la que informaba de su carencia de dinero para pagar a sus tropas y para cubrir el gasto público, Morelos se adueñó con relativa facilidad de Orizaba en la mañana del 29 de octubre. No era su interés permanecer en la ciudad, sino privar de los ingresos al virreinato. Una parte del tabaco lo recogió para sufragar la guerra, otra le fue devuelta a los cosecheros y el resto fue quemado. Los oficiales realistas fueron fusilados, incluyendo a uno de nombre Santa María, quien ya había sido capturado en San Agustín del Palmar y había salvado la vida fingiendo adherirse al bando insurgente. Como no era sincera su actitud, en la primera oportunidad desertó para reintegrarse al ejército colonial. Recapturado fue condenado a la pena capital. Una dama destacada de la sociedad orizabeña estaba comprometida con él y con este argumento le escribió a Morelos pidiendo por su vida, quien mantuvo su decisión y al margen del escrito anotó: “escoja otro novio más decente”. Fue corta la estancia en Orizaba. Cumplido el objetivo de causarle un grave daño económico al gobierno virreinal, los regi-

mientos insurgentes se retiraron luego de haber permanecido solamente cuarenta horas en esa ciudad. Morelos le escribió a Rayón una misiva informándole: “En la quema de tabacos de Orizaba, que se componía de catorce millones almacenados, hemos quitado siete años de guerra, que sin duda nos mantendría el enemigo con estos fondos”.

Para recuperar Orizaba y combatir a Morelos, se formó un contingente de 1,250 hombres que con Luis del Águila al frente partió de Puebla el 31 de octubre. Sin tener la ubicación de su enemigo, a marchas forzadas llegó a las cumbres de Acultzingo donde decidió esperarlo. Al poco rato aparecieron los insurgentes ocupando una parte de las alturas. El ejército colonial emprendió afanosamente la conquista de sus posiciones y se desarrolló una intensa batalla en la cumbre. Más abajo, por los caminos y las veredas, la confusión era enorme. Mujeres, soldados dispersos, mulas cargadas con tabaco corrían en todos sentidos. Los que pudieron caminaron rumbo a San Pedro Chapulco, mientras que en las cumbres eran derrotadas las huestes rebeldes que se dispersaron por toda la comarca. Durante la refriega fue muerto el caballo de Galeana y éste se quedó sin cabalgadura. Mientras los combatientes se movían en un sentido o en otro, Galeana quedó a expensas de sus enemigos, pues no podía retirarse con celeridad, prácticamente inmovilizado; su situación era crítica, existía el riesgo de que lo capturaran o lo hirieran. Los uniformes de los coloniales se veían por doquier. Tuvo la fortuna de encontrar un árbol alcornoque con su tronco hueco donde pudo esconderse evitando que lo vieran los soldados realistas.

Siguiendo las instrucciones que los jefes habían dado antes del encuentro a sus hombres para que en caso de dispersión se concentraran en el pueblo de Chapulco, en el camino de Tehuacán, los soldados dispersos empezaron a llegar, pero Galeana no aparecía. Morelos ya estaba preocupado. Algunos

corrieron la versión de que lo habían matado, otros que estaba prisionero. Cargada la noche pudo abandonar su escondite y marchar al punto de concentración donde fue recibido con expresiones de verdadera alegría. En un rato se reagruparon la mayoría de los hombres que tomaron Orizaba y Morelos entró a Tehuacán el 3 de noviembre con sus fuerzas casi intactas. En realidad la refriega en Acultzingo tenía poca relevancia, pero los oficiales españoles conscientes de que así podían obtener prebendas exageraron el número de prisioneros y muertos. Hasta afirmaron que, ahora sí, habían acabado para siempre a quien ya se había convertido en el terror de los colonialistas.

En realidad la estrategia de Morelos no le daba importancia a las dos escaramuzas en las que había sido vencido. Él tenía un plan que no revelaba a nadie de manera completa. Por eso le escribía a Rayón el 2 de noviembre, que “como no atinan mis planes, no saben lo que va a suceder conmigo, y sólo podrán calcular los males, respecto de la falta de los fondos de tabacos”. A partir de esos días, los movimientos del ejército sureño obedecían a una serie de acciones enlazadas que formaban parte de lo que Morelos se había propuesto. La pieza clave inicial había sido la ocupación de Tehuacán. En lugar de apresurarse y mover prematuramente sus tropas sobre Oaxaca, embistió a los españoles en Orizaba, recabó los fondos que le entregó Osorno, consolidó sus posiciones en las montañas guerrerenses y concentró los importantes regimientos que comandaban Mariano Matamoros en Izúcar y Víctor Bravo. Así creó las condiciones para marchar sobre Oaxaca sin preocuparse de una posible dispersión de sus fuerzas y algo particularmente importante, aprovechar la sorpresa que produciría a los realistas descubrir que en lugar de estar huyendo y escondiéndose, marchaba al frente de todo su ejército sobre la rica provincia oaxaqueña.

## Conquista de Oaxaca

La estancia en Tehuacán fue breve, una semana después del regreso de Orizaba, el 10 de noviembre, partieron los insurgentes rumbo a Oaxaca. De Izúcar llegó el mariscal Matamoros con los batallones que había reclutado y organizado; con un número similar llegó Miguel Bravo, más los que ya tenía Morelos, y se formó un ejército de 5 mil combatientes y 40 cañones. Los regimientos formados por Matamoros causaron la admiración de todo el ejército, en particular el de infantería del Carmen, integrado por 800 hombres comandados por el coronel Mariano Ramírez. Su artillería, bajo las órdenes de Manuel Mier y Terán, incluía ocho cañones y un obús. Lo escabroso del camino y el cruce de los ríos crecidos fueron los obstáculos que provocaron que en algunos lugares la artillería fuera transportada a brazo, restringiendo la velocidad de su avance.

Aunque a lo largo del camino existían diversos lugares donde podían resistir, los realistas no hicieron ningún intento de estorbar su marcha. Se engolosinaron con la ocupación de Izúcar, que llevó a cabo el batallón de Zamora el 14 de noviembre, y de Tehuacán, que realizó Luis del Águila el 21 del mismo mes. Además, no estaban seguros del rumbo que había emprendido Morelos. Esto permitió a los insurrectos llegar el 25 de noviembre a las puertas de Oaxaca sin ningún enfrentamiento. Desde Guatemala se había reforzado la artillería de la plaza previendo un ataque insurgente. Los realistas juntaron 36 cañones de cuatro a ocho y 2 de a doce. Se fabricaron granadas de mano y el parque abundaba. Había 42 parapetos, 4 puertas principales con puentes levadizos. Las tropas que huyeron derrotadas de Huajuapán encabezadas por José María de Régules se refugiaron en Oaxaca, fortaleciendo su defensa que ascendía a poco más de 2 mil hombres y que incluía una escuadra de artesanos y otra de clérigos que el obispo Antonio

Bergosa y Jordán había levantado. Era éste un destacado integrante del alto clero español que cogobernaba con los virreyes en Nueva España. Toda su carrera en la jerarquía eclesiástica, desde la juventud, estuvo ligada a la Inquisición en ambos países. En 1779 fue nombrado inquisidor apostólico fiscal de México y en 1800 obispo de Oaxaca. Se opuso rabiosamente a la sublevación iniciada en Dolores; escribió varias cartas episcopales condenándola rotundamente. Fue nombrado arzobispo de México y Guatemala en 1812, pero continuaba viviendo en Oaxaca. Conservó siempre una alianza con los grandes comerciantes españoles del Consulado de México. Cuando se enteró de la cercanía de los insurgentes, huyó una noche con su familia y caudales rumbo a Tehuantepec, en ruta a Tabasco, ahí se embarcó para Veracruz y se trasladó a la Ciudad de México. Su ausencia de Oaxaca fue un duro golpe a la moral de los simpatizantes del virreinato. Bustamante narra con ironía el destino de la parte de la fortuna que cargaba el arzobispo electo Bergosa: “Aunque afectaba peregrinar como un apóstol, e imitar a los primeros pastores de la Iglesia, en realidad él no caminaba con sólo el báculo y alforjas; acompañábanle algunas sumas de dinero por modo de *viático apostólico*, que procuró aligerar ocultándolas en Tonalá; pero según he oído asegurar no las sepultó tan en secreto que no viese el entierro algún curioso, y cuidase de exhumarlo pegándole éste buen chasco cuando procuró recobrarlo”.

Al frente de su escolta, Morelos llegó a las cumbres de San Juan del Rey. Al siguiente día avanzó el ejército hasta Etlá. Las patrullas enviadas por delante pronto chocaron con la caballería dirigida por Régules, que regresó apresurado al interior de la plaza. El 25 de noviembre Morelos, en orden del día, dio la instrucción de “*A acuartelarse en Oaxaca*”. Organizó el ataque dividiendo sus hombres en seis grupos: dos fueron destinados a cortar el camino a Guatemala; otro a custodiar los



bagajes y cubrir la retaguardia; otro encabezado por Ramón Sesma recibió la orden de atacar el fortín formado por la iglesia y el convento de la Soledad; un cuarto grupo comandado por Galeana y Matamoros debían dirigir su ofensiva por la calle del Marquesado, que era la principal; Morelos se reservó el último grupo que acudiría a donde más se le necesitase. Siguiendo su costumbre pidió la rendición de la ciudad antes de iniciar la lucha y se dirigió al teniente general González Saravia fijando un plazo de dos horas para recibir la respuesta. A las once de la mañana, concluido el tiempo otorgado, los insurgentes iniciaron el asalto a las posiciones defensivas de la ciudad.

Estaba al frente de la defensa de Oaxaca un viejo militar español que, entre otros cargos, era Capitán General y Presidente de la Real Audiencia del reino de Guatemala, el teniente general Antonio González de Saravia y Molinedo; gobernante de ese país desde 1801 hasta 1811, fue designado desde Cádiz para combatir a la insurgencia como comandante general de las armas del virreinato. Retenido durante siete meses con diversos pretextos en Oaxaca por instrucciones del Virrey Venegas, que no veía con buenos ojos su intromisión en la política de Nueva España, ante el avance de las huestes de Morelos asumió el mando de la ciudad y solicitó apoyo, que nunca llegó, a Ciriaco de Llano para resistir el embate de los insurrectos.

Conquistar el fortín de la Soledad era importante, desde ahí se dominaba el ingreso a Oaxaca y los realistas contaban con una buena posición para frenar la embestida rebelde. El coronel Sesma se lanzó a ocupar el punto auxiliado por la artillería dirigida por Manuel Mier y Terán con tan buena puntería que a los pocos disparos hizo caer el tinglado del fortín, aprovechando el cañón que Ciriaco de Llano abandonó en Izúcar. Los hombres de Sesma se atrincheraron en una zanja y con un fuego certero desalojaron a los defensores que corrieron a refugiarse a la ciudad. De los primeros en huir fue el general

Régules, quien se refugió en el convento del Carmen. El fortín de la Soledad estaba comunicado con un puente levadizo que daba paso a la ciudad. Encargado de defenderlo era Bernardo Bonavía que ante el avance de los atacantes abandonó su puesto. En la urgencia del momento, un sargento realista asumió el mando y ordenó que no se subiera el puente para permitir que los defensores del fortín pudieran replegarse al interior de la urbe. Aprovechó la ocasión Mier y Terán, que estaba enfrente con una batería, actuó con rapidez y en medio de los fugitivos se apoderó del puente, impidió que lo levantaran y colocó un cañón disparando metralla, barriendo las calles y dispersando a sus custodios. Una vez más Morelos dio testimonio de un valor que rayaba en temeridad. Las situaciones de peligro le provocaban apetito, como señala Bustamante: el hambre era el síntoma de su valor y enojo al entrar en combate. Se ubicó cerca del fortín, comenzó a dar órdenes y a comer pan y queso mientras las balas pasaban muy cerca sin herirlo. Un cañonazo dirigido en su contra mató a un soldado de su escolta sin que se perturbara su serenidad.

Mientras tanto, siguiendo las indicaciones de Morelos, Galeana a la vanguardia vigilaba el asalto al fortín de la Soledad y luego encabezaba la lucha por el convento de Santo Domingo ocupado por 300 realistas dotados de 3 cañones. El edificio, con sus gruesos muros les proporcionaba seguridad y permitía suponer una resistencia prolongada, pero no fue impedimento para Galeana y sus hombres que después de un rudo combate rindió al enemigo y capturó a todos los defensores.

Matamoros se batía con los realistas en las calles atacándolos a bayoneta calada y obligándolos a escudarse tras los muros del convento del Carmen. Desde las azoteas, los frailes reclutados por el obispo Bergosa y dirigidos en ese momento por el general Régules, mantenían un nutrido fuego contra los independentistas. Con denuedo, a pesar de la

fuerte oposición, Matamoros se apoderó del Carmen, uno de los sitios clave de la bella Antequera.

Durante las acciones empezó a forjarse la fama de Guadalupe Victoria con un hecho heroico que vale la pena recordar: “Uno de los últimos puntos fortificados que cayeron en poder de los independentistas fue el *Juego de Pelota*, defendido por profundo foso. Atacole el coronel don Guadalupe Victoria, pero sus soldados no osaban avanzar ante el terrible fuego que hacían los realistas desde el mismo edificio y las casas vecinas. Llegaba hasta ahí el alegre rumor del campaneó de Santo Domingo y el Carmen anunciando a Victoria que sus compañeros de armas habían entrado ya en aquellos puntos de la ciudad; ardía de impaciencia ante el formidable obstáculo que se le presentaba, y deseando dar término a la lucha con un acto de valor desesperado, lanzó su acero hasta donde se hallaban los realistas y gritándoles *Va mi espada en prendas, voy por ella*, se arrojó al foso, y pasándole a nado llegó al pie de los parapetos envuelto por el humo de las descargas. Siguiéronle entonces sus soldados, y momentos después se hacían dueños de la fortificación enemiga”.

Dos horas después de la orden para iniciar la batalla, las fuerzas de los americanos habían logrado conquistar la ciudad. El combate que había iniciado a las once de la mañana, concluyó a la una de la tarde, a las tres Morelos comía en una casa del centro de Oaxaca.

Manchó esta memorable victoria, que las tropas de los rebeldes al adueñarse practicaron un saqueo desenfrenado asaltando casas y robando lo que pudieron. “En vano quiso Morelos evitarlos: tal vez los mismos cabos a quienes mandaba que custodiasen las casas para asegurarlas, eran los primeros en robarlas.” La condena de los principales jefes insurgentes fue unánime: Guadalupe Victoria lloraba amargamente los desórdenes de la tropa. Matamoros, durante el juicio que

le hicieron más tarde, respondió que Morelos ordenó recuperar los caudales que los españoles ricos habían depositado en los conventos para evitar que cayeran en manos de los insurrectos, que a él le encomendaron esa tarea en el convento de Santo Domingo y que la plata y otros objetos valiosos se habían depositado en la Tesorería de Morelos, que a petición suya no participó en el cateo de los otros conventos, pero que sabe que no se encontró cosa alguna. Asimismo declaró que “en las casas particulares saqueó alguna parte la plebe, y muchos o mayor parte la tropa, porque cuando se empezó a poner guardia en las casas, ya las más estaban abiertas y todos los cofres descerrajados”. Las alhajas de las imágenes y templos fueron respetadas escrupulosamente. Ni siquiera se le retiró a la de la Soledad “el bastón de mando y banda de generala que los españoles le habían puesto de una manera ridícula, para que les diese la victoria sobre los insurgentes”.

La riqueza obtenida en Oaxaca fue muy grande. Gracias a ella se formaron dos regimientos provinciales, uno de infantería y otro de caballería, o sea el antiguo batallón y la caballería de los valles; se refaccionó de uniformes al ejército americano y se instaló una Maestranza para reparar el armamento a cargo de Matamoros y de Mier y Terán. Para garantizar el orden en el pago de las tropas nombró como intendente del ejército a Antonio Sesma, padre de Ramón, quien participó en la ocupación del fortín de la Soledad. Lamentablemente, al decir de Bustamante, muchos oficiales se hicieron ricos; y considera que no se aprovechó adecuadamente el numerario obtenido porque “Morelos tenía pocos buenos políticos consejeros que lo dirigiesen” en este aspecto.

Hizo Morelos retirar de los lugares donde estaban expuestas las cabezas de los insurgentes López y Armenta que habían sido sacrificados en los primeros tiempos de la insurrección y sus cabezas exhibidas al vilipendio público. También

exhumó los cadáveres de Palacios y Tinoco, que por las mismas razones habían sido muertos. A los cuatros, les organizó un magnífico entierro, después de dar una vuelta a su catafalco por la plaza mayor.

Capturados los principales jefes realistas, fueron presentados a Morelos: Bernardo Bonavía y José María Régules, los dos actores principales en el duro sitio de Huajuapán; el capitán Nicolás Aristi, que se había enemistado con los indígenas, y González Saravia, que era el jefe de la plaza y a quien Morelos conminó para que se rindiera; los cuatro fueron condenados a muerte. Según Bustamante, González Saravia recibió tardíamente el exhorto de Morelos para rendir la ciudad porque el encargado de entregársela, Antonio Ibáñez de Corvera, en el colmo del servilismo, temió disgustarlo si lo hacía y cuando se la dio la tropa americana ocupaba la ciudad. González Saravia tenía en la bolsa del frac el susodicho documento sin abrirlo. A Régules lo encontraron, premonitoriamente, escondido en un ataúd. Murió al pie del tablado tendido de luto en el mismo lugar donde fueron ejecutados López y Armenta, los primeros que se sublevaron en Oaxaca. Arriba de este tablado murió González Saravia. Bonavía fue fusilado en la plaza de San Juan, donde habían fusilado a Palacios y Tinoco. De los doscientos y pico europeos detenidos, Morelos mandó que los enfermos y heridos fueran curados, los demás liberados, con la excepción de unos treinta que fueron enviados a la prisión insurgente de Zacatula. Los presos, muchos de ellos insurgentes, que estaban en el convento de Santo Domingo, fueron liberados y expuestos a la vista de la población, demacrados, vistiendo harapos y con mala salud, recorrieron las calles encabezados por el cura Talavera, que era el secretario de Morelos en la primera fase de la guerra y que fue capturado por París.

Se celebraron dos misas solemnes. Una en la iglesia de Belemitas en honor a la Virgen de Guadalupe y la otra, en Cate-

dral, fue un *Te Deum* por la victoria obtenida. Ambas contaron con la presencia de Morelos y todo su Estado Mayor. También se llevó a cabo en forma fastuosa el juramento de obediencia a la Junta de Zitácuaro, que había designado Capitán General a Morelos. A esta ceremonia acudió con el admirable uniforme bordado, correspondiente a este grado, que le regaló Matamoros.

Emprendió la tarea de constituir un gobierno civil que se encargara de los aspectos administrativos. Tomó en cuenta la opinión popular y la fama pública para formar un nuevo ayuntamiento compuesto exclusivamente por regidores criollos, no aceptó excusas ni justificaciones para eludir las responsabilidades del desempeño en el cargo; nombró una comisión de policía y estableció una caja nacional para custodiar los caudales públicos, designando a personas idóneas y respetables como el intendente José María Murguía. Impuso un impuesto a la grana del diez por ciento. Consciente de la importancia de difundir las ideas de los patriotas entre la población, informar de la marcha de la revolución y oponerse a las versiones distorsionadas de los periódicos virreinales y clericales, fundó el periódico *Correo americano del Sur*, siendo su primer director José Manuel de Herrera, quien al poco tiempo fue sustituido por Carlos María de Bustamante.

Ya en aquellos días la trayectoria política de Bustamante era muy amplia. Originario de Oaxaca, nació en 1774 y muy joven se trasladó a estudiar a la Ciudad de México; vivió en Guanajuato y se recibió de abogado en Guadalajara. Desde su juventud frecuentó la amistad de Francisco Primo de Verdad y Ramos, síndico procurador del ayuntamiento de la capital. Escribía en el *Diario de México* y luego en *El Jilguerrillo*, siempre impugnando el dominio español y reclamando los derechos de los habitantes novohispanos. Aprovechando la libertad de imprenta que decretaron las Cortes reunidas en Cádiz en 1812, publicó el periódico *El Juquetillo*. Sus artícu-

los causaban un gran disgusto a las autoridades virreinales. Cuando el Virrey Venegas suprimió este derecho Bustamante se vio amenazado y huyó al campo insurgente vinculándose primero con Osorno, después con López Rayón y luego, durante la toma de Oaxaca de donde era originario, se incorporó a las filas de Morelos. Se desempeñó como un escritor e intelectual brillante, redactando artículos que se publicaban en los diversos periódicos de la insurgencia. Fue secretario de Morelos. Se afirma que fue el redactor del *Acta de Independencia* y uno de sus firmantes, que se promulgó en la ciudad de Chilpancingo en noviembre de 1813. Participó en la elaboración de la Constitución de Apatzingán, publicada en 1814. A la muerte de Morelos atravesó muchas vicisitudes. Finalmente fue capturado por las autoridades virreinales en 1817 y permaneció encarcelado hasta 1820. Partidario de la República, disiente del imperio de Iturbide y con fray Servando Teresa de Mier en el primer Congreso, impulsa el reconocimiento de los insurgentes proponiendo la fecha del Grito de Dolores, 16 de septiembre, como fiesta nacional y pugnando porque México se escribiera con “x” y no con “j” como un símbolo de Independencia. Bustamante se mantuvo políticamente activo toda su vida y escribió el *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, obra indispensable para conocer la historia de la independencia y de los primeros años del México independiente. Es curioso resaltar que Lucas Alamán, escritor reaccionario y autor de la otra obra cumbre sobre la independencia, siempre escribiera *Méjico* como lo hacen los españoles.

Decidido Morelos a adueñarse de toda la provincia sureña, envió a desalojar a los disminuidos realistas que se acuartelaban en Ometepepec y en Jamiltepec, mandados por Paris, Añorve y otros militares españoles. En poco tiempo unos se refugiaron en Acapulco, y Paris no paró su retirada hasta

la Ciudad de México. A partir de ese momento los americanos eran dueños de la mayor parte del territorio que corresponde a los hoy estados de Oaxaca y Guerrero. Simultáneamente fue derrotada por Matamoros la expedición enviada por la Capitanía General de Guatemala para fortalecer al ejército realista que defendía Oaxaca y que encabezaba el teniente general González Saravia, que fue capturado y ejecutado.

## La toma de Acapulco ¿error o acierto?

Las noticias de los triunfos de Morelos cayeron como una bomba en la corte virreinal. Engañados por los falsamente triunfalistas informes de las escaramuzas de Ojo de Agua y Acultzingo, el Virrey Venegas, los oidores de la Audiencia, el alto clero, funcionarios y la parte de la población que le era adicta, daban por liquidada la amenaza que les representaba el caudillo del Sur, que fugitivo y sin tropas huía a refugiarse en la costa del pacífico. Fue un choque salir de su ensueño. Morelos seguía vivo y, lo más preocupante, actuando como un gran guerrero. En contraste los simpatizantes de la insurgencia se reanimaron, porque no tomaban al pie de la letra los informes oficiales, al reconocer que eran totalmente falsos y que en el sur la llama de la Independencia alumbraba con mayor vigor, lo que provocó un enorme entusiasmo.

Su visión estratégica se expresaba en la carta que le escribió a Rayón el 31 de enero de 1813: “Tenemos en Oajaca una provincia que vale por un reino, custodiada de mares por Oriente y Poniente, y por montañas por el Sur en la raya de Guatemala, y por el Norte en las Mixtecas”.

Sin embargo, esa precisión y seguridad para valorar la trascendencia del triunfo en Oaxaca no se traduce en una perspectiva clara sobre los pasos a seguir para asegurar el futuro de la revolución. ¿Después de Oaxaca cuáles serían las acciones



militares para destronar el virreinato y liberar a Nueva España? ¿Qué forma de gobierno lo reemplazaría en un país libre? ¿Tendría caso seguir manteniendo la consigna de que se luchaba para defender el trono de Fernando VII? ¿Cuáles eran las medidas que deberían aplicarse para darle al pueblo, y particularmente a los indios y sus comunidades, verdadera justicia y libertad? Estas y muchas otras interrogantes se presentaban en el panorama del país. Pero también en forma más perentoria y concreta ¿Cómo unir a todas las huestes insurgentes? ¿Bajo que forma hacerlo? ¿Podría confiarse en jefes como los Villagranes, los Osorno, los Albino García? Los diferendos que se habían presentado en el pasado con López Rayón ¿cómo se resolverían?

Desde luego lo más importante era trazar un plan militar que permitiera conservar y desarrollar el ejército insurgente y batir a los realistas. En su correspondencia con Rayón en enero de 1813, Morelos comenta diversas líneas de acción: aglutinar las fuerzas de las principales partidas de los americanos, específicamente las que comandaban los integrantes de la Junta de Zitácuaro, para invadir y apoderarse de Tlaxcala y continuar sobre la Ciudad de México; si esto no podía hacerse entonces dirigirse a Orizaba y Córdoba. A diferencia de las fases anteriores, no tiene claridad. Se le ve indeciso sobre el plan a seguir para obtener los mayores frutos de la situación estratégica conquistada que le daba el control de una muy amplia zona del sur y el oriente de Nueva España.

Dominaba Morelos toda la costa del Pacífico, desde Colima hasta Tehuantepec, con excepción de Acapulco, su ejército dominaba el territorio que hoy se conoce como estados de Oaxaca y Guerrero. Nicolás Bravo, junto con los jefes regionales, ocupaban amplias extensiones de Veracruz. Rayón controlaba la parte sur de Michoacán y porciones al oriente del Estado de México. La presencia de las partidas insurgentes se hacía sentir

en la costa del Golfo de México desde Tabasco hasta Veracruz, la Huasteca y en casi toda la zona central del país: Puebla, Estado de México, Querétaro, Guanajuato, Hidalgo, Jalisco y partes de Aguascalientes, Zacatecas y San Luis Potosí. De particular importancia era la abundante actividad de los insurgentes en las zonas aledañas a la Ciudad de México (Cuautla, Toluca, Tlaxcala); los caminos importantes que conducían a la capital estaban bloqueados por partidas revolucionarias o sufrían su constante asedio, privando al gobierno virreinal de recursos, provisiones e información oportuna. Así lo describe un adversario lúcido y enterado como lo era Lucas Alamán, que podría exagerar un tanto para ensalzar la obra militar y represiva de Calleja cuando ascendió al virreinato y combatió a la insurgencia con mano de hierro, pero que en la mayor parte acierta. A principios de 1813 existía un panorama alentador del avance de la revolución de Independencia.

Había llegado al cenit de sus éxitos militares. Si bien al final del sitio de Cuautla algunos historiadores consideran que el triunfo sobre el virreinato estaba cerca, el análisis de la ubicación y la fortaleza de los insurgentes nos informa que fue a principios de 1813 cuando la situación era más ventajosa para la revolución. Las partidas insurgentes controlaban o asediaban la mayor parte del territorio más habitado del México colonial.

Finalmente, Morelos opta por otra línea radicalmente distinta, que no tiene la misma lógica estratégica de sus anteriores campañas: divide sus fuerzas y les otorga misiones diferentes. Abandona el centro y marcha a una región en la costa desde donde no afectaba al poder virreinal con el mismo vigor. Cedía el territorio de la meseta central y lo dejaba expuesto al empuje de los realistas. Hay diversas opiniones acerca de la idea que tenía Morelos para privilegiar la conquista total de Acapulco. Algunos argumentan que consideraba necesario controlar uno de los dos puertos más importantes, el otro era Veracruz, para menguar los recursos que recibía el

Virrey. En la situación que estaba Acapulco, aislado del resto del país por el cerco insurgente, no podía recibir las mercancías provenientes del Oriente, por ello los barcos se estaban desviando al puerto de San Blas, en lo que hoy es Nayarit, entorpeciendo su comercialización. Otros explican que deseaba cumplir la orden que le dio Hidalgo cuando se incorporó a la insurgencia: apoderarse de Acapulco. Es un argumento insuficiente para justificar un error estratégico de esa magnitud. Probablemente no tenía la suficiente confianza en los jefes insurgentes que actuaban en el centro del país y emprender en esas condiciones una ofensiva tan importante requería del respaldo de todos, o por lo menos de la mayoría de las partidas insurgentes. Además, las diferencias políticas entre el Caudillo del Sur con Ignacio López Rayón, Presidente de la Junta de Zitácuaro, habían aumentado en los últimos meses. También había grietas de desconfianza y enfrentamiento de Liceaga y Verduzco con López Rayón. No era menos relevante la opinión de Morelos, según Carlos María de Bustamante, que consideraba complicado arreglar las diferencias entre los jefes de las partidas que actuaban en torno de la Junta de Zitácuaro, y que probablemente se refería a cabecillas como Julián Villagrán, el padre y su hijo Francisco. El primero se hacía llamar “Julián I, emperador de la Huasteca”. Ambos cometían graves abusos y sólo acataban de dientes para fuera la autoridad de la Junta, como lo hacían otros jefes de guerrillas.

“Esta empresa era muy difícil, pues para acabarla cumplidamente hubiera sido preciso comenzar ahorcando a los primeros jefes, hombres escandalosos, inmorales, ladrones y enemigos de todo orden y buena disciplina.”

Fue dentro de este entorno político que el Generalísimo optó por emprender la recuperación de Acapulco y de su fuerte. Esta decisión continuará prestándose a muchos alegatos, sin descartar lo más simple: que fue un grave error de cálculo militar, como lo demostraron los hechos posteriores.

El 9 de febrero de 1813, Morelos, Galeana y Matamoros salieron de Oaxaca rumbo a Yanhuitlán. Quedó en Oaxaca una guarnición de mil hombres con Benito Rocha al frente. Morelos, junto con Galeana, tomó rumbo a Acapulco para recuperar el puerto y adueñarse del fuerte de San Diego. Otra parte de sus fuerzas, al mando de Matamoros, quedó en Yanhuitlán para mantener el control de la Mixteca. Salió de este pueblo el 23 de febrero, tardó más de un mes en recorrer los abruptos caminos de la sierra cargando con la artillería y un ejército de dos mil hombres. Muchos desertan por la falta de alimentos, agua y las dificultades del viaje. Llega al cerro del Veladero el 29 de marzo, donde lo aguardaba Julián Ávila, que había mantenido en jaque al puerto durante dos años. El 6 de abril inicia la conquista de la plaza. Galeana es responsabilizado de tomar el cerro de las Iguanas; Julián Ávila recibió el encargo de ocupar la casa Mata y el cerro de la Mira; al frente de su escolta Morelos entra a las primeras casas de Acapulco, exponiendo una vez más la vida, pues en el curso de los combates una bala de cañón mató a su ayudante Felipe Hernández, dejando cubierto de sangre al mismo caudillo. Una vez conquistada la ciudad, se repitieron lamentablemente algunas escenas de saqueo por parte de los insurgentes. Dueño de la plaza, Morelos refuerza el cerco al fuerte de San Diego. Las condiciones de defensa de éste eran inmejorables: noventa cañones, varios centenares de soldados resguardados por gruesos muros de cantera, abastecimiento de víveres y armas por el lado del mar. En fin, era muy difícil abatirlo si no se contaba con la artillería adecuada, de grueso calibre. Las tropas agresoras sólo tenían cañones que no podían penetrar las murallas y estaban expuestas al fuego graneado proveniente del fuerte.

Para abastecer al fuerte, la isla de la Roqueta desempeñaba un papel fundamental. Ahí se hacía la descarga de los paquetes y eran trasladados por lancha al fuerte. Como el sitio

se prolongaba se decidió ocuparla. Fue encargado de esta tarea el coronel Pablo Galeana, sobrino del mariscal Hermenegildo, ayudado por Isidoro Montes de Oca. Confiados en aislamiento que proporcionaba el mar, los militares de la isla descuidaron la vigilancia a tal extremo que Pablo Galeana realizó cuatro viajes durante la noche del 9 de junio en una lancha con capacidad para veinte personas sin que se dieran cuenta de lo que sucedía. Cuando estuvo completa la brigada, atacó a los realistas, con tal sorpresa que no pudieron montar una defensa eficaz. La captura de la Roqueta colocó en una situación difícil a los habitantes del castillo, pero al poco tiempo llegó un bergantín enviado desde San Blas y aunque intentaron engañarlo para que se acercara a la isla, el capitán desconfió y se dirigió al fuerte, donde entregó la carga que llevaba a sus defensores. Se intentó el abordaje del buque empleando dos canoas, pero fueron rechazados los atacantes y levó anclas con toda facilidad para regresar a su puerto de origen.

Si bien contaban con los elementos indispensables para sobrevivir, no era satisfactoria la situación de los habitantes del fuerte; las enfermedades, el calor, la falta de madera combustible, el cansancio, los agobiaban. Seguían esperando el abasto marítimo pues ya sabían que una fragata y un bergantín partirían pronto de San Blas. Enterado de la situación interna por un desertor, Morelos tomó una decisión arriesgada. Para impedir la comunicación con el mar Galeana, al mando de una división, atacó por la derecha y Felipe González por la izquierda para culminar el cerco total del fuerte. Vale la pena recuperar el relato mismo de Morelos para destacar el valor, la audacia de Galeana y de González y de los hombres que los acompañaron: “El 17 de agosto en la noche, determiné que el Sr. Mariscal D. Hermenegildo Galeana con una corta división, ciñera el sitio hasta el foso por el lado de los hornos, a la derecha del castillo, y el siempre valeroso te-

niente coronel D. Felipe González por la izquierda, venciendo éste los grandísimos obstáculos de profundos voladores que caen al mar, rozando al pie de la muralla, y dominado del fusil y la granada, que le disparaban en algún número, no obstante la oscuridad de la noche, y el Sr. Mariscal la de pasar por los hornos, dominado del cañón y de todos fuegos, sin mas muralla que su cuerpo, hasta encontrarse el uno con el otro, y sin más novedad que un capitán y un soldado heridos de bala de fusil: el enemigo sacó algunos más heridos”.

“Esta nunca bien ponderada acción aterró tanto al enemigo, que suspendió su fuego dando indicios de parlamento, que al efecto tenía ya trazado, respondiendo con los artículos de su capitulación a la última intimación que se le hizo.”

En esas condiciones, el gobernador decidió proponer la capitulación que, negociada por los representantes de Morelos, rindió finalmente ese baluarte con la artillería y las armas que todavía tenían. Se respetó la vida de todos los soldados y oficiales realistas y se firmó la capitulación el 25 de agosto de 1813. Sin embargo durante los ocho meses que Morelos había destinado a este esfuerzo la situación político-militar del país había cambiado en su contra.

Ya ocupaban el pensamiento de Morelos otros temas. La falta de unidad y coordinación de los insurgentes, la necesidad de definir los objetivos de la revolución y constituir un gobierno independiente con una legislación apropiada que respondiese a nuestras particularidades, la forma de resolver los conflictos entre los integrantes de la Junta de Zitácuaro. En esta perspectiva Morelos emprendió su nuevo viaje a Chilpancingo decidido a convocar a un Congreso que respondiera a estas inquietudes. No ignoraba el esfuerzo que los liberales españoles realizaban para transformar la monarquía absoluta de los Borbones en una monarquía constitucional, ni el atractivo que podría representar en las filas de importantes sectores de criollos

novohispanos alguna resolución del congreso de Cádiz que pusiera en condiciones de igualdad al reino de Nueva España con los otros reinos peninsulares (Castilla, Galicia, Aragón) y otorgara no la Independencia, sino un grado trascendente de autonomía.

## **La Constitución de Cádiz y la guerra de Independencia mexicana**

En España, para suplir la ausencia de la familia real en 1808, después de la formación de varias Juntas regionales que pretendían encarnar de alguna manera su autoridad, se integró la Junta Central. Presionada por las circunstancias y por los sectores ilustrados de la población, se vio obligada a convocar a las Cortes. Este organismo surgido en la Edad Media contaba con una representación del clero, la nobleza y la burguesía de las ciudades. En sus orígenes fueron el lugar donde los diversos grupos sociales asesoraban al monarca en el gobierno del reino. Paulatinamente se convirtieron en organismos que hacían llegar las peticiones, demandas y reclamaciones de sus integrantes, sobre todo de los representantes de las ciudades donde comerciantes y artesanos habían logrado ejercer el poder a través de los Ayuntamientos. Desde el siglo XIII lograron que la autorización de nuevos impuestos, que afectaban sobre todo a la burguesía de las ciudades, requiriera de su aprobación. Su decadencia en el siglo XV sobrevino por la consolidación de la monarquía que adquiría cada vez más poder y se lo restaba sobre todo a los Ayuntamientos. Las Cortes fueron perdiendo importancia y se convirtieron en la época del absolutismo real en figuras más bien decorativas. Detenidos por Napoleón Bonaparte los integrantes de la familia real, la convocatoria a las Cortes de Cádiz pretendía rescatar la soberanía del reino usurpada por el emperador francés. Las condiciones de emer-

gencia que atravesaba España, la sumisión de la mayor parte de la nobleza y de la jerarquía eclesiástica a la voluntad invasora, propició que la burguesía liberal adquiriera mayor presencia en su conformación y en su orientación. No había presencia de las masas populares en las cortes que se reunieron el 24 de septiembre de 1810 en la isla de León. Luego se trasladaron a Cádiz en febrero de 1811, donde iniciaron sus deliberaciones ya con la presencia de los diputados americanos. Entre sus primeras decisiones fue declarar que la soberanía nacional residía en el Congreso de los representantes de las Españas, ya que pretendía igualar la situación de los habitantes de las colonias americanas con la de los habitantes de la península y convertir a España y sus colonias en una sola nación repartida en dos continentes. Asimismo, decretaron la libertad de imprenta, la supresión de la Inquisición, la derogación de los gremios. Su propuesta estaba enraizada en los derechos tradicionales de las ciudades medievales, en el desarrollo del pensamiento de sus intelectuales: “La Constitución de 1812, lejos de ser una imitación servil de la Constitución francesa de 1791, era un producto original de la vida intelectual española, que resucitaba las antiguas instituciones nacionales, introducía las reformas reclamadas abiertamente por los escritores y estadistas más eminentes del siglo XVIII y hacía inevitables concesiones a los prejuicios populares”.

Los diputados provenientes de Nueva España eran diecisiete, dieciséis criollos y uno español, la mayoría clérigos. Destacaron Antonio Joaquín Pérez Martínez, que llegó a Cádiz como canónigo y regresó como obispo de Puebla, al parecer como premio por su defensa a los principios conservadores y la firma, en 1814, junto con otros sesenta y nueve diputados del *Manifiesto de los Persas* que condenaba la Constitución y exhortaba a Fernando VII a gobernar como monarca absoluto. Siendo el Presidente en turno de las Cortes aceptó su disolu-



ción sin objetar nada. Miguel Ramos Arizpe, coahuilense, liberal destacado que se adhirió a la causa de la Independencia y fue encarcelado por el rey de España cuando restauró el absolutismo, liberado en 1820 regresó a México como decidido partidario de la República federal y desempeñó un papel destacado en la vida política nacional.

Jurada el 19 de marzo de 1812, el día de San José, por lo cual el pueblo la llamó *La Pepa*, la Constitución establecía una monarquía constitucional hereditaria, abolía la Inquisición, el tributo indígena, las instituciones señoriales y legalizaba el control del Estado sobre la Iglesia. En lo referente a la impartición de justicia incluía la necesidad de mandamiento judicial para ser arrestado, la obligación de ser presentado ante la autoridad hasta veinticuatro horas después del arresto, la libertad bajo fianza y la abolición del tormento. Entre las reformas sociales fomentaban el desarrollo de la propiedad privada a costa del régimen señorial, anulaban la aduanas internas y favorecían una distribución más justa de la tributación.

Al mismo tiempo el documento aprobado era centralista, depositaba todo el poder en el rey y en las Cortes. En este sentido reproducía la desconfianza tradicional de la monarquía española frente a sus súbditos en las colonias. No admitía establecer ninguna forma de gobierno local. Si bien, a propuesta de Ramos Arizpe, se aceptó una administración local sin poder político, con la función estrictamente reducida a administrar la relación entre los ayuntamientos y la Corona, la elección de los diputados sería indirecta a partir de una terna presentada por los ayuntamientos. Aunque en los debates se destacaron los diputados provenientes de las colonias americanas insistiendo que debería existir una representación igualitaria, no lo lograron. Mediante diversos mecanismos la mayoría de diputados españoles buscó disminuir el número de diputados de las colonias. Una de las formas fue negar la participación elec-

toral a los habitantes que descendían de los esclavos negros provenientes de África. Establecieron que cada cincuenta mil habitantes designarían un diputado, mientras que las colonias, aun las más pobladas, sólo tenían derecho a uno. Si bien se reconoció la igualdad de los reinos de la península y las provincias americanas, no hubo en Cádiz un espíritu descolonizador. En el mismo sentido fue más contundente la felicitación para el Virrey Venegas por la victoria obtenida por el ejercito realista mandado por Calleja en el Puente de Calderón sobre las tropas de Hidalgo y Allende. Le otorgaron una condecoración sin que ningún diputado americano protestara. Guridi y Alcocer, destacado diputado mexicano, pidió que se reconociera la participación mexicana en esa victoria contra los rebeldes.

Concluida y proclamada la Constitución, las Cortes se disolvieron y llamaron a la elección de nuevos diputados con base en lo estipulado en la legislación aprobada. El 1º de octubre de 1813 el cuerpo legislativo electo inició sus sesiones en Cádiz. Pero las condiciones habían cambiado. El 11 de diciembre Napoleón, presionado por la situación bélica y por el desastre que había sufrido en Rusia, liberó a Fernando VII y le devolvió el trono de España. Procedía entonces que el monarca jurará respetar la Constitución. El entusiasmo popular por el regreso de Fernando VII se desbordó y el nuevo rey tuvo un recibimiento apoteósico. Convencido de su popularidad y apoyándose en el Manifiesto de los diputados conservadores y ultrarrealistas, el nuevo rey desconoció la Constitución y restableció el 4 de mayo de 1814 el absolutismo. Los diputados opositores fueron perseguidos y encarcelados. Se inició una época oscura de represión contra los liberales y contra muchos que con su esfuerzo y su sangre habían hecho posible la victoria sobre los franceses.

## Efectos de la Constitución de Cádiz en México

Promulgada en marzo de 1812, la Constitución de Cádiz llegó retrasada a la capital novohispana, en buena medida por el bloqueo que los insurgentes mantenían sobre las comunicaciones de Veracruz. La recibió el Virrey Venegas el 6 de septiembre, y a pesar de que no era de su agrado expidió el bando real el 28 y junto con las máximas autoridades civiles y clericales juraron respetarla, una vez escuchada su lectura, el 30 de septiembre. Durante todo el día se sucedieron lecturas públicas y festejos: salvas de cañones, disparos de fusilería, repique de campanas. Se arrojó dinero al pueblo, lo que hizo más festivas las ceremonias. Éstas continuaron durante los primeros días de octubre en las parroquias, en las plazas públicas; juraron acatarla el Ayuntamiento de la ciudad, los burócratas y el pueblo. La Plaza Mayor de la Ciudad de México desde esos días fue bautizada con el nombre de Plaza de la Constitución.

Para los criollos de Nueva España su interés se centró en la libertad de imprenta y en la elección de los Ayuntamientos. Era cierto que tanto en la metrópoli y en las colonias la censura impedía la libre expresión de las ideas y abordar ciertos temas prohibidos; pero en las colonias adquiriría otras trabas: “En América la imprenta estaba sujeta, no sólo como en España, a la inspección civil y eclesiástica, no imprimiéndose nada sin la licencia de ambas, después de un examen de personas comisionadas al efecto, y por cuyo informe constaba que lo escrito no contenía nada contrario a los dogmas de la Santa Iglesia romana, regalías de S. M. Y buenas costumbres, sino que, además, no podía imprimirse libro alguno en que se tratase de cosas de Indias, sin previa aprobación del Consejo de éstas, habiéndose mandado recoger todos aquellos que circulasen sin este requisito, en lo que había habido tanto rigor que Clavijero no pudo obtener permiso para imprimir en España, en caste-

llano, su historia de México, y tuvo que publicarla en Italia en el idioma de esa nación; tampoco podían remitirse a Indias libros impresos en España o en países extranjeros en que se tratase de ellas sin igual licencia.”

Para vigilar esta rígida disposición se prevenía que no se llevasen libros y, en todo caso, que se registrasen para que los inspectores civiles, eclesiásticos y la Inquisición diesen fe de su contenido. Todo lo anterior permite comprender el enorme interés de las clases medias y sus intelectuales que deseaban ardientemente difundir sus ideas y promover su visión del país y de la forma de reorganizar el poder. Cuando se enteraron del acuerdo de las Cortes que decía: “Todos los cuerpos y personas particulares, de cualesquiera condición y estado que sean, tienen libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas sin necesidad de licencia, revisión y aprobación alguna anterior a la publicación, bajo las restricciones y responsabilidades que se expresarán en el presente decreto”.

Consciente Venegas de que la libertad de imprenta se traduciría en una forma de lucha de los separatistas, se resistió lo más que pudo a darle vigencia, arguyendo diversos motivos, hasta que se vio obligado por las quejas y las presiones de los diputados americanos ante las Cortes en Cádiz. En cuanto fue publicado el artículo correspondiente con un enorme retraso, el 5 de octubre de 1812 (recuérdese que las Cortes aprobaron esta medida el 10 de agosto de 1810), proliferaron los periódicos críticos, satíricos y de todo tipo. Destacaron por la importancia de los temas abordados y su crítica al sistema imperante, José Joaquín Fernández de Lizardi que publicaba el *Pensador Mexicano*, y Carlos María de Bustamante responsable de *El Jugueteillo*: “¿Conque podemos hablar?... ¿Estamos seguros?”; pero para un gobierno sustentado durante siglos en el absolutismo y enfrentado a una sublevación popular, era imposible permitir la libre manifestación de

las ideas y dejar abierto el camino a expresiones diferentes y desaprobatorias de su proceder, sobre todo porque temía que contribuyeran a fortalecer las simpatías por los insurgentes. Además, había crecido la popularidad de ambos escritores, al extremo de que el 29 y 30 de noviembre, con motivo de las elecciones para los ayuntamientos, hubo en la ciudad de México expresiones masivas de reconocimiento a su labor. Sin embargo, a raíz de un artículo crítico de Fernández de Lizardi reclamando la anulación del decreto que desaforaba a los clérigos rebeldes, Venegas consideró que ya había aguantado demasiado las palabras corrosivas de estos escritores y el 5 de diciembre derogó la libertad de imprenta, que solamente estuvo en vigencia sesenta y seis días. Fernández de Lizardi fue encarcelado y amenazado por el oidor Miguel Bataller, y duró en prisión siete meses, después de los cuales fue liberado, pero siempre bajo la amenaza de volverlo a castigar. Bustamante, como ya vimos, huyó oportunamente a la zona dominada por la insurgencia y se incorporó a ella, jugando un destacado papel.

El otro asunto que sacudió a la sociedad novohispana fue la elección para los ayuntamientos. No se trataba de una elección directa, sino de designar a quienes deberían elegir a los integrantes de los ayuntamientos, era una elección indirecta. No obstante, hubo una gran participación ante esta primera oportunidad de exponer los deseos y las inclinaciones políticas de la población. Se fijó el 29 de noviembre para elegir el número de personas que serían electas, a la Ciudad de México le correspondieron 25 electores. Días antes los grupos interesados repartieron las listas proponiendo sus candidatos. Por un lado se integró una planilla exclusivamente de americanos, algunos de ellos simpatizantes de la insurgencia, por el otro se agruparon los españoles con la adhesión de algunos criollos que les eran incondicionales. Hubo incipientes campañas

electorales por parte de españoles y americanos. La votación fue copiosa. Se colaron a participar en los sufragios muchos que no tenían derecho y lo hacían entregando una papeleta con nombre o de viva voz. Sorprendidos y rebasados por el número de votantes, los funcionarios suspendieron brevemente el evento. Alrededor de las ocho de la noche concluyó y se hizo el conteo. Fueron electos veinticinco criollos de los más destacados y conocidos. Ninguno de los propuestos por el partido español triunfó. Hubo irregularidades que parecen antecedentes de los vicios del actual sistema electoral. Alguien intentó comprar el voto repartiendo pulque; otros llevaron a los sufragantes para que lo hicieran en distintas mesas de votación; algunos cargadores apostados en las esquinas recibieron una paga por entregar papeletas a los votantes con los nombres que deberían apoyar. Al conocer los resultados estalló el júbilo popular. Tañeron las campanas, las manifestaciones de regocijo continuaron durante la noche. Grupos numerosos gritaban “Vivan los criollos, mueran los gachupines”. Un testigo declaró “que en varias partes gritaban las mismas voces de vivan los americanos y mueran los gachupines, y además vivan los autores del *Pensador Mexicano* y de *Los Juguetillos*”. Otro testigo afirma que una muchedumbre “dividida en distintas pandillas, vagando por la ciudad y barrios (iba) gritando *vivan los electores, viva el Cura Morelos, vivan los insurgentes y mueran todos los carajos gachupines*”. La información recibida por Morelos de sus corresponsales en la capital decía que salieron electos “veinticinco americanos, todos honrados y del mejor modo de pensar”. Al otro día se realizaron misas de acción de gracias con la asistencia de los elegidos en las distintas parroquias. Obviamente el resultado fue inquietante para las autoridades virreinales. Ninguno de sus partidarios resultó electo. Al contrario, varios de los elegidos eran partidarios de los insurrectos y pertenecían a la organización secreta de los Guadalupe y así lo informó la Audiencia en su representación a las Cortes.

Preocupado por la situación el Virrey Venegas dilató con diversos pretextos la elección del nuevo Ayuntamiento. En realidad no tenía ningún argumento sólido para retrasar los comicios, los inventó y fueron de muy diverso carácter: pidiendo información sobre sus feligreses en las parroquias a los curas, sobre las comodidades que habían existido el día de la elección, mesas, toldos, sillas, etc. En los hechos la Constitución española había dejado de aplicarse en la práctica para todos los asuntos relevantes de la colonia. Para tomar esa actitud lo más probable es que Venegas sintiera una enorme inseguridad por la situación del virreinato y se decidiera por una política de represión, recurriendo, incluso, a su rival Calleja. Aunque eran conocidos sus enfrentamientos con éste, lo designó el 29 de diciembre gobernador militar de la capital y teniente coronel de los Voluntarios de Fernando VII. “Poco después, el 7 de enero, sustituyó a la Junta de Seguridad y Buen Orden por una junta militar para las causas de infidencia, la que debería estar en contacto con juntas provinciales semejantes a ella, para así ejercer un control más efectivo, y que integrarían siete jefes del ejército bajo la presidencia de Calleja.” Se ha especulado mucho que esta actitud de Venegas era para intentar tener bajo su control a Calleja, también se decía que éste se había reunido con criollos simpatizantes de los insurgentes, que probablemente podría respaldar a la insurgencia, etc. A final de cuentas se trataba de rumores orales que luego se plasmaban en algunas cartas a los jefes insurgentes. No hay evidencias reales, en los hechos, para defender esta opinión. Se derivan de una apreciación exagerada de la disputa entre ambos funcionarios españoles; pero se olvida que además de su enorme animadversión personal, coincidían en la cuestión fundamental de preservar el dominio colonial. Diferentes en algunos aspectos, cada uno sostenía algunas variantes para enfrentar a la insurgencia. A final de cuentas representaban a grupos de poder que a toda costa querían conservar el yugo sobre Nueva España.

Lo más claro es que el Virrey Venegas había acumulado durante su gestión el rechazo de los núcleos de poder más importantes de la Nueva España: los criollos vieron con muy malos ojos las distinciones que otorgó a Gabriel Yermo, uno de los principales responsables del golpe de Estado que derribó al Virrey José de Iturrigaray en 1808; el clero, al decir de Lucas Alamán, lo detestaba por haber atacado sus privilegios, sobre todo por el decreto del 25 de junio que les arrebató el fuero a los clérigos rebeldes; los realistas lo consideraban débil frente a los insurrectos y responsable del auge que había alcanzado el movimiento independentista, ejemplificaban que al concluir el sitio de Cuautla, cuando Morelos se encontraba en condiciones de debilidad, en vez de organizar su persecución, destituyó a Calleja. Para colmo, fue rebasado por los acontecimientos ocurridos desde que se vio obligado a promulgar la Constitución española a principios de octubre, y la libertad de imprenta y las elecciones para los electores que designarían a los ayuntamientos fueron otras tantas derrotas para el Virrey.

Por eso no es de extrañar el eco que tuvieron en España las denuncias y ataques contra Venegas provenientes del partido ultrarrealista que apoyaba a Calleja. En particular los comerciantes españoles que en Nueva España monopolizaban el comercio exterior en sociedad con los comerciantes de Cádiz que mantenían, a su vez, un peso político importante en las Cortes que sesionaban en esa ciudad. Era ampliamente conocido que este poderoso grupo impulsaba la candidatura de Calleja para el virreinato. También en el alto clero se buscaba al hombre que pudiera lidiar con éxito en contra de la insurgencia. Ambos sectores ensalzaban las victorias de Calleja sobre Hidalgo y su lucha contra Morelos; pero además, Calleja tenía a su favor un amplio conocimiento del país y de sus habitantes; su larga estancia en el país le había permitido construir estrechas relaciones con la nobleza criolla, y con aquellos que sin



tener título nobiliario eran el sector más pudiente del criollismo enemigo de la Independencia; gracias a su respaldo económico había podido organizar con rapidez las tropas del Ejército del Centro con las que combatió a Hidalgo y a Morelos, y su popularidad en el seno de la milicia estaba fuera de cualquier duda. Todas estas circunstancias concurren para que sustituyera a Francisco Javier Venegas como virrey. Su designación fue hecha por la Regencia, la autoridad ejecutiva española de más alto rango que funcionaba en ausencia del rey Fernando VII, de acuerdo con las Cortes. Tomó posesión del cargo el 4 de marzo de 1813 en una ceremonia relativamente austera.

### **Calleja virrey**

El ascenso de Félix María Calleja del Rey le dio vigor a la represión contrainsurgente, pero lo más importante dotó a los españoles de un plan estratégico bien elaborado y que comprendía muy diversos aspectos. Cuando Calleja fue retirado del mando del Ejército del Centro pasó a radicarse en la capital. Rodeado de una corte de seguidores se dedicó a hacer política, a afianzar sus lazos con los grupos de poder y a preparar un plan para enfrentar a la insurgencia. De este modo cuando fue nombrado virrey ya había concebido las medidas que aplicaría de inmediato. Enfrentaba una mala situación de las finanzas gubernamentales: existía una deuda de más de 30 millones de pesos y un déficit mensual de más de 260 mil pesos, con el riesgo de no pagar a los empleados públicos. La revolución se había extendido y, como ya vimos, controlaba regiones importantes del país, disputando palmo a palmo zonas vitales para el funcionamiento y la existencia misma del gobierno colonial. Si bien para 1813 era un hecho la derrota de las fuerzas napoleónicas en España, la metrópoli no estaba en condiciones de enviar de inmediato los refuerzos necesarios para rechazar

a los insurgentes. Todavía continuaba descansando el poder colonial en el respaldo de los criollos.

Político hábil, Calleja intentó calmar los temores que el inicio de su gobierno había provocado entre la población y enfrentar la propaganda a favor de la Independencia. Publicó una proclama el 6 de abril, argumentando que la Constitución de 1812 satisfacía las principales demandas de los criollos: ya existía un poder moderado y justo, que subdividido en sus tres calidades esenciales (se refiere a la división de poderes), imposibilita a los que las poseen como depósito, de abusar de su facultad, y reunir un excesivo mando, en perjuicio de vuestros derechos y de vuestra libertad. Vuestras manos industriosas, no están ya ligadas ni sujetas a restricciones absurdas: podéis cultivar en vuestros campos cuanto ellos sean capaces de producir: nombraréis de entre vosotros mismos los que hayan de dirigir y cuidar de vuestra economía civil y los que hubiesen de representar la parte de vuestra soberanía en el congreso nacional: publicaréis libremente vuestras ideas y pensamientos políticos(...) y seréis a la vez súbditos y gobernantes, pues que los empleos y destinos públicos son del español sabio y benemérito ora haya nacido en la península, ora en América. Para alcanzar esa felicidad se comprometía a destruir a los que amenazaban con “el fuego y el hierro la seguridad del estado” y para esto necesitaba dinero y soldados. Resaltaba con orgullo su experiencia militar y sus triunfos contra los insurrectos; “y en cuanto dinero, exhortaba a los particulares a franquearlo, persuadiéndoles que su suerte dependía de la del gobierno. Llamaba a todas las clases a apoyarlo y en cuanto al clero, que utilizara su influjo para extinguir el fuego de la discordia”.

Cumplir sus promesas de proteger los caminos, el comercio y la minería podría realizarse si contaba con suficientes recursos. El mismo día que tomó posesión del virreinato pidió un préstamo de millón y medio de pesos al prior y a los cón-

sules del tribunal del consulado. No obstante que la economía del país estaba resentida por la guerra, obtuvo con rapidez un millón setenta y ocho mil novecientos pesos, otorgados por los grandes capitalistas españoles que aportaban en estas ocasiones de urgencia. Podrían cubrirse gastos inmediatos, pero era indispensable nivelar los egresos que habían aumentado con el costo de la guerra y el mantenimiento del ejército con los ingresos. Con tal motivo formó una junta permanente compuesta de personas notables de todas las ramas de la economía que revisaron las deudas del gobierno y establecieron el orden de pago. También revisaron otras propuestas para aumentar los ingresos. Para disminuir los gastos, restringió el pago de los militares al sueldo original, suspendiendo sobresueldos, gratificaciones y demás pagos extraordinarios. Como esto provocó desazón entre la tropa, prometió que sería una medida temporal en tanto se nivelaban las finanzas públicas.

Simultáneamente, completó su plan de operaciones militares en el cual consideraba a Morelos como el enemigo a vencer y por lo cual lo dejaba al último. Prefería combatir y, si era posible, aniquilar a los grupos que representaban mayor peligro en la zona central del país y que podían constituir destacamentos de apoyo para la extensión de la lucha revolucionaria si se vinculaban con las fuerzas de Morelos. Se propuso erradicar a las fuerzas de Osorno que operaban en Puebla y cuyo cuartel general se ubicaba en Zacatlán.

Es pertinente recordar que en esa región está Zacapoaxtla cuyos habitantes en todo momento se alinearon con las fuerzas realistas y rechazaron los ataques insurgentes. Algo similar harían durante la guerra contra la invasión francesa, como lo ha documentado Paco Taibo II, no participaron en la batalla del 5 de mayo y siempre estuvieron a favor de los invasores.

A los Villagranes asentados en Huichapan y Zimapán en la Intendencia de México; y a las huestes de Rayón ubi-

cadadas en Tlalpujahua en Michoacán. Apoderándose de estas regiones el paso de los convoyes transportando mercancías, alimentos y noticias sería más fluido. La reducción de estas fuerzas impactaría en la correlación general de fuerzas. Morelos, ocupado en la toma del fuerte de San Diego, no podría acudir en apoyo de ninguno de los jefes insurgentes mencionados. Y cuando intentara moverse al centro del país, Calleja había fijado que adoptaría tres posibles líneas de acción: avanzar sobre Tehuacán y Puebla, partiendo de la Mixteca; atacar por el Valle de Toluca y México, marchando sobre Taxco y Cuernavaca; invadir Michoacán para tomar Valladolid y luego otras provincias interiores. Las providencias que tomó Calleja fueron detalladas y cuidadosamente aplicadas: “Mis órdenes fueron expedidas al ejército del Sur y a las divisiones de Toluca, Tula y Guanajuato, con instrucciones exactas para sus movimientos en cualquier sentido que los hiciese Morelos (...) y a efecto de cerrar una línea de observación sobre el mismo rebelde, que le quitase toda esperanza de flanquear algún cuerpo, o aprovecharse de un momento imprevisto para hacer una marcha rápido sin ser sentido”.

Reforzó y reubicó contingentes en Puebla y México. Por el sur, oeste y noroeste las “divisiones de Jalapa, Orizaba, Perote, Izúcar, Taxco, Toluca y el Bajío” serían apoyadas con el grueso del ejército del sur, situado en Puebla y con las tropas de la capital y la división de Tula. El norte de esta línea se apoyaba en Guanajuato para defender esa región si la invadía Morelos, y formar junto con la del sur un cuerpo de ejércitos capaz de cubrir la capital y hacia el norte proteger a Nueva Galicia. También contemplaba el momento oportuno de atacar Oaxaca, Acapulco y las costas del Pacífico.

No contento con trazar un plan tan completo y preciso, consideró indispensable reforzar el número de tropas estableciendo el servicio militar obligatorio de todos los ve-

cinos, sin excepción. Para reemplazar las bajas del ejército, se hicieron levas en las poblaciones grandes y en la capital con mucho rigor. También estableció la obligación en las poblaciones más pequeñas para que los vecinos se armasen y en las haciendas se levantasen compañías para defender sus localidades. Con esta medida liberaba tropas para los cuerpos principales y aglutinaba en las milicias provinciales a la clase propietaria de las provincias.

Llegó a un acuerdo con otros dos generales para gobernar estrictamente el país. Se llegó a hablar de la existencia de tres virreyes, incluyendo a Calleja: José de la Cruz, español, que fue nombrado presidente de la Audiencia de Guadalajara y ejercía un estricto gobierno en toda la zona occidental del país; Joaquín Arredondo, también militar español, que desde Monterrey ejercía un verdadero cacicazgo en las provincias de oriente. Acordes con este plan tomaron las disposiciones necesarias para llevarlo a la práctica. Fue así que José de la Cruz “y otros comandantes buscaron nuevas soluciones. Primero, organizaron divisiones o destacamentos volantes de caballería ligera para perseguir y destruir a los guerrilleros y las poblaciones que los sostenían, introduciendo un programa de *fuego y sangre*. Estos métodos, la reconcentración de pueblos enteros y la formación de villas con parapetos y baluartes tenían el objetivo de desocupar el campo, y las tropas podían matar a quienes encontraran fuera de estas comunidades fortificadas”. (Este sistema fue aplicado por el ejército norteamericano en Vietnam durante los años 60 del siglo XX y se les designó como aldeas estratégicas FGG). Cada pueblo debería armarse y formar un cuerpo de milicia armada. En las haciendas se formaría una compañía de 50 hombres armados. Estas milicias no costaban nada al gobierno, permitían diferenciar al buen súbdito, del malo y proporcionaban apoyo a los comandantes realistas. Se financiarían por parte de los pueblos. Puede afir-

marse que “la contrainsurgencia en la Nueva España puede ser comparada con todas las guerras de tipo similar de la historia moderna y, particularmente ,con las del siglo XX”.

Existían normas de organización del ejército español desde la época colonial que resultaron inoperantes ante la insurgencia. Calleja elaboró en 1811 un “Reglamento político-militar” que no se aplicó del todo. Siendo virrey lo renovó en cuatro aspectos:

“Por primera vez se permitía que todos los pueblos, sin distinción alguna, formaran una fuerza militar para la defensa de su territorio. En segundo lugar, se puso fin a la separación étnica que en el pasado había dividido a los blancos de los morenos y pardos, pues ahora todos quedaban unidos en un mismo cuerpo. En tercer lugar el reglamento establecía claramente que la elección de los oficiales debía hacerse entre los miembros del mismo cuerpo. El cuarto aspecto se relacionaba con la creación de un ‘fondo de arbitrios provisionales’ en cada localidad para cubrir los gastos de la fuerza armada.”

Lo ocurrido en Cuautla había enseñado a Calleja que para enfrentar a Morelos era necesario un plan como el que arrancó desde los inicios de su gobierno. Procuró restablecer las comunicaciones por los caminos reales y logró mejorar el comercio interno. Persiguió sin descanso a los insurgentes en el Valle de Toluca y obtuvo un éxito importante cuando capturó a Francisco Villagrán, quien junto con su padre, Julián, ejercía un importante dominio en parte de Querétaro y las Huastecas. El gobierno le ofreció a Julián Villagrán que respetaría la vida de su hijo si se indultaba y abandonaba la lucha. Éste rechazó la oferta y su hijo Francisco fue fusilado el 14 de mayo. Poco después, derrotado en un combate, fue aprehendido Julián y fusilado el 21 de junio. Con energía y constancia, aplicando su plan de campaña, Calleja gobernó con mano de acero: la represión a los insurgentes, incluyendo a los curas revolucionarios, fue

implacable. Sin más trámites eran fusilados todos los oficiales de los sublevados y la tropa corría igual suerte, salvo contadas excepciones. Si bien se había comprometido con respetar las escasas garantías que otorgaba la Constitución de 1812, la libertad de imprenta sólo estuvo vigente escasos días. Alamán, que siempre simpatizó con él así lo reconoce. Bustamante enfatiza el grado de terror que se inició con Venegas en el virreinato y alcanzó su clímax con Calleja y publica esta instrucción del gobierno que guiaba a funcionarios y militares empeñados en reprimir la insurgencia: “Deben reputarse por insurgentes, los que dicen que el motivo de la insurrección consiste en la opresión, en la tiranía y en la inhumanidad con que han sido tratados los americanos por los europeos: los que culpan a los virreyes, magistrados y jueces de indolentes, codiciosos, injustos y opresores: los que proclaman la libertad americana, que suponen injuriada por aquellos: los que quieren para sí y sus paisanos los destinos y profesiones: los que aplauden las virtudes naturales, morales o físicas de los insurgentes: los que favorecen a los que son tratados por los tribunales de México como infidentes presuntos: los que tienen amistad o correspondencia con ellos: los que minoran nuestros triunfos, y ponderan los contrarios: los que no protejan a la Antigua España con sus caudales e intereses: los que murmuran al Virrey D. Francisco Javier Venegas, tachando su providencias: los que se compadecen de los traidores que mueren en los ejércitos o en los cadalsos”.

“No sólo hay infidencias *habladas*, las hay *mudas*. Un gesto, una risa falsa, una media palabra, cierto tono de voz, el mismo *silencio seco e inoportuno* (...) Otras hay que manifiestan modos de chanza: otras se demuestran zahiriendo, o remedando irónicamente.”

En los hechos, el gobierno de Calleja funcionó como una verdadera dictadura militar. La Audiencia consideró necesario

suspender la Constitución mientras continuara una situación turbulenta y revolucionaria y propuso revestir al virrey de las facultades necesarias para reprimirla. Evidentemente esto incrementó la tensión entre el gobierno, el clero y el ejército, sobre todo confrontó a las unidades españolas con la población. La persecución contra quienes simpatizaban con la revolución llegó a medidas extremas. En Querétaro el cura Manuel Toral “intentó formar una especie de inquisición: él mismo y sus compañeros, así como los religiosos de la Cruz —que todos eran europeos—, negaban la absolución a los penitentes, si no iban a delatar a los que sabían o suponían que eran afectos a la revolución”.

Desde luego que hubo resistencia de la población. En la capital eran continuas las riñas entre los soldados españoles y la gente del pueblo. Un incidente serio ocurrió en el barrio de San Pablo el 17 de octubre. Tuvo que intervenir la autoridad virreinal, no antes de que ya hubiera varios muertos. A raíz de este hecho se ordenó a los españoles que no se alejaran de los cuarteles y no hicieran violencia contra el pueblo. A la población se le prohibió andar a caballo sin licencia por escrito del virrey, portar armas y usar el lazo, ya que se había convertido en un arma formidable en manos de la gente del campo, que lo usaba para lazar desde el caballo a los soldados de infantería y arrastrarlos, lo que ocurría también de noche en las calles de la ciudad.

Frente al peligro que representaba Morelos y la extendida presencia de guerrillas independentistas, la guerra fue escalada por el ejército virreinal a formas de terror dirigidas a destruir la base social de los insurrectos. Destacó Agustín de Iturbide por la ferocidad y crueldad de sus métodos: “Destruyó pueblos y villas, acusándolas de proporcionar víveres a los rebeldes. Hizo prisioneras a numerosas mujeres que no tenían más delito que apoyar a sus maridos e hijos que se habían ido a campaña a pelear por la libertad”. Al actuar así estaba convencido “por una triste experiencia de que esta clase de sublevados sólo dejan de serlo cuando concluyen la carrera de su vida”, los



llamaba bandidos y valorando “que el ejército colonial era insuficiente para resguardar todos los lugares de Nueva España (...) ideó reducir las zonas protegidas y considerar rebeldes a las personas que vivieran fuera de ellas (afirmando que) por desgracia en la mayor parte de los pueblos tienen sus habitantes como en la masa de la sangre la propensión a la rebelión”. No escapaba a la corrupción que ejercían muchos mandos militares del ejército realista: “Iturbide operaba en la zona agrícola y minera del centro de Nueva España; impuso préstamos forzosos para sostener sus fuerzas, traficó en diversos ramos y adoptó la práctica viciosa de cobrar por concepto de protección de convoyes, que a veces eran los de la Nao de China, es decir el galeón que traía mercancía muy valiosa.”

Plenamente identificado con la política represiva de Calleja, Iturbide se dirigía a él en forma zalamera: “Muy venerado y amado General y Protector mío, deseo a su casa más prosperidades y gloria que a mí mismo”.

En esa perspectiva el gobierno de Calleja reorganizó toda la milicia a sus órdenes; trató de incorporar a todos los pobladores a la guerra contra los insurgentes, y aunque no lo logró, sí dio pie para que los hacendados formaran con sus sirvientes grupos paramilitares para combatirlos; lanzó una ofensiva contra los núcleos insurgentes en toda la meseta central y se preparó para concentrar, en el momento oportuno, al grueso de su ejército contra Morelos y sus seguidores. Esta estrategia, esencialmente ofensiva, estaba destinada a recuperar la iniciativa y a reprimir a sangre y fuego la rebelión insurgente.

## **Morelos y el Congreso de Chilpancingo**

Inmediatamente después de la rendición del fuerte de San Diego se ocupó Morelos de la organización del Congreso, que de acuerdo a su proyecto debería acordar la formación de un

gobierno independiente. Compartía esta preocupación con Ignacio López Rayón, que después de haber sido expulsado de Zitácuaro entre enero y abril de 1812, aprovechando sus conocimientos como abogado, formuló una *Constitución Nacional Provisional* y el 30 de abril le remite a Morelos una copia y le pide sus puntos de vista al respecto. Para el 12 de septiembre Morelos menciona el escrito, que poco después recibiría un nombre menos ambicioso y con el que sería más conocido: *Elementos constitucionales*. Ya en noviembre Morelos envía sus sugerencias. La más importante y que va a marcar el futuro de sus relaciones es la eliminación del nombre de Fernando VII como pretexto para la lucha que se libra y la adopción abierta de la idea de la Independencia.

Desde mayo Morelos había convocado a todos los jefes de la Independencia para reunirse en Chilpancingo sin precisar todavía la fecha. Más adelante, el 28 de junio repite la convocatoria con la misma sede y fija el inicio de sus trabajos para el 8 de septiembre. Teniendo a la vista la cercanía de la rendición del fuerte de San Diego, en una “Orden circular” del 8 de agosto, reitera que la sede será Chilpancingo y el mes de septiembre la fecha para celebrar un acto “no menos útil que solemne y memorable”.

A pesar de las diferencias con los integrantes de la Junta de Zitácuaro, Morelos no pretendía desaparecerla ni anularla, sino integrarla dentro en un proyecto de mayor envergadura que incorporara a todos los elementos insurgentes dispuestos a colaborar en la construcción del gobierno una Nueva España independiente. Desde que fue nombrado como cuarto vocal de la Junta, había insistido primero en la necesidad de designar a un quinto vocal que contribuyera a serenar los ánimos y a encontrar soluciones a los problemas que afectaban negativamente a la insurgencia. Después se pronunció por ampliarla a siete o nueve vocales. Y, finalmente, consideró que lo mejor era

realizar un Congreso con una participación más amplia. Con el Congreso Morelos pretendía, entre otras cosas, acabar con las interminables disputas que dividían a los integrantes de la Junta, elegir al jefe de las armas insurgentes, instalar un Poder Ejecutivo que representara la soberanía nacional y declarar independiente a la Nueva España.

Para enero de 1813 llegó a Tlalpujahua fray Vicente Santa María y Martínez, héroe de nuestra Independencia injustamente olvidado. Originario de la hoy Morelia, franciscano, destacó como predicador y en las diversas tareas y muchos cargos clericales que atinadamente desempeñó, viajó por la Huasteca y escribió sobre la historia, los recursos naturales, la geografía y la población indígena del Nuevo Santander (hoy Tamaulipas), trazó los primeros mapas de ese territorio. Sus trabajos le ganaron la fama de sabio. Fue un decidido partidario de la Independencia, participante en la conspiración de Valladolid en 1809, incluso algunos investigadores serios lo consideran como su verdadero dirigente intelectual, fue el primero de los conjurados que fue hecho prisionero, y mientras la Inquisición le acumulaba cargos dispuesta a condenarlo, fue recluido en el convento del Carmen y luego en el de San Diego, del cual se fugó a finales de 1812 con el apoyo de los Guadalupes que le ayudaron a trasladarse, al territorio liberado por los rebeldes. Llegó a Tlalpujahua y se incorporó de inmediato a los trabajos de redacción de la Constitución insurgente. Para julio terminó un proyecto que le fue enviado a los simpatizantes de la capital y a Morelos. Carlos María de Bustamante conoció el proyecto constitucional propuesto por Santa María y se expresó de esta manera al respecto: “Yo quisiera, que el padre Santa María concurriese al Congreso y que mostrase su Constitución, y gustoso la preferiría yo sobre la mía”. Santa María marchó a Acapulco con el afán de redactar una propuesta más completa. Fue uno de los coautores de la

primera Constitución insurgente. Desgraciadamente al llegar a Acapulco enfermó y murió a la edad de 58 años. En una carta a Bustamante, fechada el 23 de agosto de 1813, Morelos da cuenta de su fallecimiento: “El R.P. Santa María peregrinó desde Ario a este puerto con el deseo de influir en cuanto estuviese de su parte a beneficio de la patria; pero su avanzada edad, su quebrantada salud y el temperamento maligno le quitaron la vida en la madrugada de ayer, con sentimiento mío y de cuantos conocieron la sanidad de sus intenciones”.

El 14 de septiembre de 1813 se instaló el Congreso de Chilpancingo. Acudieron a la cita los delegados electos en algunas regiones, y en otras donde no podía realizarse una elección fueron designados. Presentes estuvieron José María Liceaga y José Sixto Verduzco. Ausente a la inauguración del Congreso e incorporado más tarde, llegó Ignacio López Rayón. Su presencia era fundamental por el carácter de las discrepancias que tenía con Morelos que se manifestaron en toda su magnitud cuando fue aprobada la Constitución, declarando la Independencia de la Nueva España. En torno a este tema fundamental, argumentó López Rayón que convenía para la causa insurgente conservar la fachada con objeto de atraer a los sectores, especialmente indígenas y criollos acomodados. Derrotado políticamente, López Rayón continuó en la lucha por la Independencia.

Durante la sesión inaugural del Congreso fue leído el famoso texto que Morelos le dictó a Andrés Quintana Roo la víspera: los *Sentimientos de la Nación*.

## Sentimientos de la Nación

1° Que la América es libre e independiente de España y de toda otra nación, gobierno o monarquía.

2° Que la religión católica sea la única, sin tolerancia de otra.

5° La soberanía dimana inmediatamente del pueblo, el que sólo quiere depositarla en sus representantes dividiendo los poderes de ella en Legislativo, Ejecutivo y Judicial.

9° Que los empleos los obtengan sólo los americanos.

10° Que no se admitan extranjeros, si no son artesanos capaces de instruir, y libres de toda sospecha.

15° Que la esclavitud se proscriba para siempre, y lo mismo la distinción de castas, quedando todos iguales, y sólo distinguirá a un americano de otro, el vicio y la virtud.

17° Que a cada uno se le guarden las propiedades y respete en su casa como en un asilo sagrado señalando las penas a los infractores.

18° Que en la nueva legislación no se admitirá la tortura.

23° Que se solemnice el día 16 de septiembre todos los años, como el día aniversario en que se levantó la voz de la independencia y nuestra santa libertad comenzó.

Morelos llevaba adelante, con el mismo ímpetu de los primeros pasos de la insurgencia bajo Hidalgo, la voluntad de destruir el orden español. La propiedad de la tierra, en plena lucha, es uno de los móviles fundamentales del levantamiento armado: “deben inutilizarse todas las haciendas —escribió en 1814— cuyas tierras laborables pasen a dos leguas (5,572 metros y 7 decímetros) cuando mucho, porque el beneficio de la agricultura consiste en que muchos se dediquen con separación a beneficiar un corto terreno que puedan asistir con su trabajo e industria, y no en que uno solo particular tenga mucha extensión de tierras infructíferas, esclavizando a millares de gentes para que cultiven por fuerza en la clase de gañanes o esclavos, cuando puedan hacerlo como propietario de un terreno limitado, con libertad y beneficio suyo y del pueblo”.

Era al igual que el pensamiento de Hidalgo, lo ha prevalecido en nuestros movimientos sociales.

Durante la jornada del 15 de septiembre el Congreso procedió a elegir a Morelos como Generalísimo de las Armas del Reino y le otorgó la autoridad del Supremo Poder Ejecutivo. Al principio éste resistió. Solamente después de un receso y gracias a la presión ejercida por los jefes de la revolución y la aclamación del pueblo que invadió el salón de sesiones demandando que aceptara el cargo, aceptó la difícil responsabilidad, que incluía que se le diera el trato de “Alteza”, pero él pidió que sólo se le nombrara Siervo de la Nación. Una vez resuelto este problema se debatió el contenido de la Constitución y se aprobó declarar la Independencia de Nueva España y la ruptura de todos los lazos de subordinación a España. Sobre esta base continuaron los trabajos del Congreso y para el 22 de octubre de 1814 con el nombre de *Decreto Constitucional para la Libertad de la América Mexicana* fue proclamada la Independencia. El 6 de noviembre de ese año fue publicada la Declaración de Independencia.

Mientras sesionaba el Congreso, la guerra continuaba. Nicolás Bravo en Veracruz, y Mariano Matamoros en Oaxaca y Puebla, se batían contra las mejores tropas de los realistas y obtenían triunfos muy resonantes y meritorios. El primero resistiendo un cerco en Coscomatepec durante un mes y luego rompiéndolo con todo éxito. El segundo derrotándolas a campo abierto.

## **Victorias de Matamoros en Tonalá y San Agustín del Palmar**

A la salida de Oaxaca, Morelos decidió que uno de los mejores regimientos de su ejército acampara en Yanhuítlán para cerrarle el paso a la Mixteca a los realistas, mientras él preparaba su expedición a Acapulco. Pero la agresión a las fuerzas

insurgentes no provino del centro del país, sino de la vecina Guatemala. Matamoros enfrentaba a las tropas que pretendían vengar la muerte de González Saravia, fusilado en Oaxaca. La familia de éste, perteneciente a la élite realista guatemalteca, aliada al arzobispo Casaus y a los españoles que en su huída se refugiaron ahí, convenció al capitán general de Guatemala José Bustamante y Guerra de enviar una fuerza para recuperar Oaxaca y auxiliar al gobernador de Tabasco. Difieren los historiadores en el tamaño de este contingente. Alamán dice que eran setecientos; Ramón Sesma, que participó al lado de Matamoros y fue testigo presencial de los combates, eleva el número a mil; y Matamoros lo hace llegar a dos mil quinientos hombres al mando del teniente coronel Manuel Servando Dambrini, quien atacó a finales de febrero en Niltpec a un grupo de insurrectos a los cuales derrotó ejecutando al capitán Julián Suárez y a veinticinco de sus hombres. Luego avanzó hacia Tehuantepec, donde se enteró de la aproximación de las fuerzas de Matamoros. Informado éste de la presencia del enemigo, había salido de Yanhuatlán con el batallón del regimiento del Carmen, parte de los dragones de San Pedro y algunos reclutas de otros cuerpos dirigiéndose a combatir a los realistas guatemaltecos. Los alcanzó cerca de Tonalá, Chiapas, el 19 de abril, después de varias jornadas de marchas forzadas porque la persecución se retardó por la decisión de Matamoros de no derramar sangre el jueves y el viernes santos, lo que aprovechó el contingente guatemalteco para intentar el repliegue a su territorio sin confrontarse con los mexicanos. Obligados a dar batalla, Dambrini y sus huestes se parapetaron en un lugar lleno de peñascos muy apropiado para defenderse.

En su parte de guerra a Morelos, Matamoros la describe: “El punto que el enemigo eligió para resistir, fue un cerro que tendría de alto como cien varas, y de circunferencia como quinientas, coronado de peñas muy gruesas alrededor; de forma

que estaba en la mejor disposición para defenderse de un ejército entero. Tenía colocada su artillería del modo más cómodo, y parapetado con los peñascos dirigía los fuegos con acierto.

“A poco que llegó el brioso señor Intendente de ejército con un trozo de tropa que colocó en un bosquecillo, desde donde pudo obrar con provecho. El choque empezó a las tres de la tarde, y eran más de las cinco sin que por ninguna parte se advirtiese ventaja, a pesar de que el fuego era vivísimo por ambas: ansioso yo entonces de que tomase aspecto favorable el combate ordeno que don José Antonio Rodríguez, teniente coronel del regimiento de San Pedro, con treinta dragones de su cuerpo y alguna infantería del de la Virgen del Carmen, y el teniente don Joaquín Mirando con diez granaderos del mismo, avanzasen por el frente, principal entrada al cerro, con el designio de que advertido el enemigo por este punto mirando nuestros conatos por allí, destinase mayor número de gente por aquel paraje, desatendiendo un algo los demás, y mientras un trozo de americanos pudiese sorprenderlo en la eminencia. Entre tanto se ejecutaba por tal esta disposición, ya don Mariano Rodríguez, capitán de la primera compañía de granaderos del Carmen con cuarenta de ellos, el de fusileros don Francisco Quiroz, el de igual clase Fr. Pascual Jiménez, el teniente de dragones de San Pedro, don Mariano Serrano, y un sargento con cuatro hombres de este regimiento marchaban con serenidad por el lugar que se les había señalado para flanquear al enemigo, y trepar a la cima del cerro.”

De esta forma, atacados por el frente y flanqueados, “aturdidos entonces los malvados, y azorados al ver casi a sus pechos las bayonetas de los granaderos, dieron la estampida más vergonzosa, desamparando cuanto había y gritando *ahí están los judíos de las gorras amarillas*” porque como parte de la organización y la disciplina que Matamoros daba a su ejército estaba dotarlo de uniformes vistosos que lo diferenciaban del resto, tal era el caso de los gorros amarillos.



Matamoros continuó: “En su fuga los realistas llevaron a cabo actos de “ferocidad (...) Luego que se vieron perdidos, no tuvieron otro desahogo que disparar sus fusiles contra los prisioneros que sin delito alguno habían cogido en Tehuantepec”.

Dueño de la región, Matamoros expidió una circular, el 21 de abril, con objeto de desmentir los infundios que el enemigo había propalado entre los habitantes, acusando a los insurgentes de *ladrones, herejes y judíos*: “No, hijos míos, os engañan, somos más cristianos que los gachupines y que los que abrazan su Gobierno (...) defendemos ser libres en nuestra tierras, gobernarnos nosotros y no ser esclavos de nadie”.

El botín obtenido fue importante pues los comerciantes españoles supusieron que el reducido contingente de Dambriñi sería suficiente para someter a los rebeldes y enviaron una carga importante de cacao y añil, que sumada a un buen número de fusiles y proyectiles dejó bien abastecido al ejército de Matamoros. Este prolongó la persecución en territorio chiapaneco (vale recordar que en esa época Chiapas pertenecía a Guatemala), provocando verdadero terror entre los españoles ricos y el alto clero, que emprendieron la huida. Desbaratadas las fuerzas realistas, Matamoros entró triunfante en Oaxaca el 28 de mayo vestido con el uniforme de mariscal de campo. Con motivo de esta victoria se celebró una ceremonia religiosa en Oaxaca a la que acudió nuestro héroe. Bustamante comenta que: “No saco poca utilidad Matamoros de esta ceremonia, pues borró con ella las siniestras impresiones que contra la piedad americana habían extendido nuestros enemigos. Mucho importa pulsar la fibra religiosa del pueblo”. Morelos, al enterarse del triunfo de Matamoros sobre los realistas guatemaltecos, lo ascendió a teniente general del ejército insurgente, consolidando su papel de segundo en el mando.

Matamoros permaneció hasta mediados de agosto en Oaxaca y se movilizó rumbo a Tehuiztzingo con objeto de recu-

perar lo más pronto posible Izúcar, que había sido reconquistada por los españoles. En esos días el general Nicolás Bravo resistía en Coscomatepec el implacable sitio de las fuerzas realistas. Logró solicitar el auxilio de Matamoros a través de un cura de ese pueblo. Enterado éste decidió rescatar al general Bravo y a sus soldados. Envío por delante algunas fuerzas, pero las lluvias, que buena falta habían hecho durante el sitio de Cuautla, ahora se mostraron inclementes y en tanta abundancia, que el mal estado de los caminos impedía el traslado de la artillería y retrasaba la marcha de la caballería y la infantería. Matamoros no pudo llegar oportunamente. Cuando se acercó a Coscomatepec, el 13 de octubre, los sitiados ya habían roto el cerco. Sin embargo, fue avisado de que un importante convoy de mercancías, especialmente tabaco, había salido de Córdoba resguardado por más de mil hombres, principalmente del Batallón de Asturias, integrado por soldados españoles veteranos de la guerra contra los franceses en la península ibérica, bajo el mando de los tenientes coroneles Juan Cándano y José Manuel Martínez.

Actuando con rapidez y previsión, Matamoros envió una columna bajo las órdenes de los coroneles Antonio Arroyo, José María Sánchez y el teniente coronel Vicente Gómez para que informaran de los movimientos del convoy. Se concentraron en la hacienda de San Pedro los trescientos elementos del regimiento del Carmen, un escuadrón del de San Pedro, otro del de Zacatlán, cuyo mando tenían los jefes Inclán y Rafael Pozos; la compañía de dragones de Otumba y las compañías de caballería de los coroneles José Antonio Arroyo, José María Sánchez, y José Vicente Gómez con tres pequeñas piezas de artillería. Al capitán Manuel Zavala lo instruyó para que al frente de doscientos dragones del regimiento de San Pedro avanzara hacia la vanguardia del enemigo y permaneciera a su vista en un sitio intermedio entre San Agustín del Palmar y la hacienda de San Pedro. A las dos de la madrugada, con el grueso

de sus huestes se dirigió a revisar el terreno y los puntos donde convendría atacar al enemigo. Antes les hizo una severa advertencia disciplinaria: a los que volteasen la espalda al enemigo serían condenados a la pena de muerte, y a tres carreras de baqueta descargadas por doscientos hombres a los que robasen algún objeto o desnudaran los cadáveres. Este castigo militar, utilizado en esa época por casi todos los ejércitos, consistía en que el soldado sancionado corría con la espalda desnuda por entre dos filas de sus compañeros que lo azotaban con la varilla de limpiar el cañón del fusil, con las correas de la grupa de los caballos o con una rama de membrillo.

El convoy se puso en marcha el 14 de octubre a las cinco de la mañana, llevando en la vanguardia la caballería de Morán, tras de la cual seguían las mulas de carga y la retaguardia la custodiaba el comandante Juan Cándano con su batallón. En ese momento el capitán Zavala, que desde la víspera se había acercado y acechaba los movimientos de las fuerzas realistas, rompió el fuego atacándolas. Por su lado, Matamoros con una pequeña reserva de veinticinco hombres, ubicado en un sitio desde donde dominaba toda la escena y podía dirigir la acción, ordenó al mayor Pozos que atacara la retaguardia con la caballería del regimiento de San Pedro, dividida en tres partidas, y al teniente coronel del mismo, don José Rodríguez, para que con el resto del cuerpo, pie a tierra, unido a la infantería del Carmen, formando cinco guerrillas, atacase por todo el costado derecho la línea del convoy. A pesar de la embestida el convoy siguió su marcha, y el comandante realista Martínez previno al coronel Morán, que mandaba la vanguardia, para que acelerando el paso poner a salvo las mercancías que escoltaban, mientras la caballería apoyaba a la retaguardia. Gracias a ello, y a la resistencia de los ibéricos, el cargamento de tabaco llegó a Tepeaca con sólo la pérdida de 75 cargas. Pero el objetivo de Matamoros no eran el tabaco ni las otras mercaderías, sino la

derrota del contingente que la guardaba. Por ello se concentró en su empeño principal y dirigió todas sus fuerzas contra el batallón de Asturias. Ordenó que su infantería, dividida en dos grandes fracciones, atacase a la vanguardia y el lado derecho, que la caballería, también dividida en dos secciones, acometiera por la retaguardia y el frente izquierdo del cuadro. Cándano que cubría la retaguardia reforzado por la caballería de la vanguardia, formó un cuadro de tres de fondo y marchó defendiéndose ordenadamente y demostrando la veteranía de sus soldados por espacio de más de ocho kilómetros, casi hasta desembocar del valle al llano del Agua de Quechula. Nadie cedía terreno, la formación del cuadro no se descomponía y su caballería lanzaba severos ataques a los insurgentes que tampoco disminuían sus embates.

Matamoros, resuelto a vencer, dispuso que los cañones que llevaba fueran cargados de metralla y que la caballería abriese claros simulando una precipitada fuga en retirada. Los realistas cayeron en la trampa y cargaron precipitadamente creyendo que ya tenían asegurada la victoria. En ese momento abrieron fuego los cañones causando estragos en las filas españolas y obligando a los sobrevivientes a replegarse en desorden, presos del pánico. El cuadro defensivo que había resistido hasta ese momento se colapsó y sus filas cedieron ante el empuje de los atacantes. No vaciló el jefe insurgente, dio la orden de degüello y la caballería cargó sembrando el terror entre los soldados españoles, que arrojando sus armas se rindieron gritando: *¡Viva la América!* para mover la piedad del vencedor. El batallón de Asturias quedó completamente destruido: doscientos quince muertos, trescientos sesenta y ocho prisioneros, entre estos el comandante Cándano y diecisiete oficiales y se tomaron quinientos veintiún fusiles. Las pérdidas de los insurgentes fueron mucho menores: catorce muertos y sesenta y dos heridos. En su parte de guerra, fechado 18 de octubre,

Matamoros destacó el valor de todos sus oficiales. Después de la victoria se concentró en San Andrés Chalchicomula donde se celebró un *Te Deum*. Acatando las órdenes superiores fusiló al comandante Cándano y a otro oficial mexicano, perdonó la vida del Capitán Bartolomé González Longoria, que fue enviado junto con el resto de los prisioneros al penal de Zacatula.

La reacción de Calleja al recibir las noticias de este encuentro fue de sorpresa y disgusto, destacó que la desgraciada acción era “sin ejemplo en toda la insurrección; y si la capital, que corre mucho riesgo de perderse en mi ausencia no estuviese en tan evidente peligro, me hubiera puesto en marcha en el momento que recibí la noticia; pero como su pérdida puede por su influjo en realidad y en opinión causar la de todo el reino, y acaso decidir de su suerte, es de necesidad absoluta tomar medidas que la dejen asegurada”.

La preocupación de Calleja respondía a una situación nueva. Durante la mayor parte de la guerra de Independencia los combates a campo abierto se habían resuelto con la derrota de los insurgentes; la batalla de San Agustín del Palmar demostraba un enorme avance en la organización de su milicia. Así lo subrayó Matamoros en su parte de guerra: “La batalla fue dada a campo raso para desimpresionar al conde Castro Terreño (jefe realista del Ejército del Sur), de que las armas americanas se sostienen no solamente en los cerros y emboscados, sino también en la llanura y a campo descubierto”.

Siguiendo el ejemplo de Morelos, Matamoros había construido un poderoso destacamento con rasgos propios de un ejército profesional, disciplinado y capaz de ejecutar maniobras que destroncaban las defensas enemigas. Desde sus primeras acciones Morelos había demostrado su preferencia por contar con ejércitos más reducidos y mejor estructurados, que las multitudes indisciplinadas y desorganizadas seguidoras de Miguel Hidalgo. Su visión de una fuerza armada

surgida del pueblo y a su servicio encontraba eco en todos los cuadros militares que se forjaban bajo sus órdenes; pero en Matamoros esta concepción había alcanzado un nivel de realización más completo que en otros destacamentos. Su insistencia en la disciplina, en las medidas orientadas a impedir el saqueo indiscriminado y sin control que caracterizaba a otras partidas independentistas, en su capacidad de realizar maniobras tácticas más complejas en medio de los combates, en el adiestramiento y dotación de armas más modernas, incluso en su insistencia de vestir con uniformes a sus tropas, marcaban un camino que permitiría acceder a constituir esa fuerza militar que necesitaba la insurgencia para triunfar. Calleja era consciente del giro que llevaba el ejército de Morelos, el único que lo había resistido y puesto en ridículo como lo demostró el sitio de Cuautla. De ahí su preocupación y su sorpresa de una acción concertada sin la presencia del Generalísimo, improvisada prácticamente de la noche a la mañana y siguiendo los cánones de la mejor táctica bélica.

## **Rumbo a Valladolid**

Para finales de octubre, Morelos consideró que había llegado el momento de continuar con su plan para derrotar a los realistas en el campo de batalla. Había definido desde hacía tiempo los pasos a seguir: conquistar Valladolid, instalar allí el Congreso insurgente y a renglón seguido invadir Guadalajara, Guanajuato y San Luis Potosí, incrementar sus fuerzas y avanzar sobre la Ciudad de México para liberar la Nueva España. Tenía informes de que la guarnición de aquella ciudad era de tan sólo ochocientos hombres y consideraba que con una movilización de todas sus fuerzas podría adueñarse con relativa facilidad de ella. Como acostumbraba, mantenía el secreto de los puntos a donde se dirigía y sólo hasta el úl-

timo momento revelaba el plan de acción que había trazado, como lo hizo en la toma de Oaxaca. Sin embargo, no sopeó adecuadamente los cambios que se habían operado en el gobierno virreinal y en la correlación de fuerzas, ni en la circunstancia de que Calleja era un militar que conocía bien el país y era más avezado y sangriento que Venegas.

El nuevo virrey no subestimaba la capacidad militar de Morelos. Al contrario, su estrategia estaba orientada a tejer una red de tropas ubicadas en lugares claves para recibir con toda oportunidad las maniobras que realizaba el ejército insurgente y había distribuido sus huestes para que pudieran acudir con celeridad a los sitios donde se necesitara su presencia para confrontar a los rebeldes. Además contaba con una amplia red de espionaje que vigilaba los pasos de Morelos y sus generales y con análisis de los objetivos que podría perseguir el caudillo sureño. Lo motivaba el deseo de venganza y la gloria que le podría representar a los ojos de los españoles y criollos que apoyaban y se beneficiaban de la situación colonial novohispana.

No parece ser que Morelos valorara realmente el deseo de venganza de Calleja ni sus capacidades militares. Al contrario en diversas ocasiones se había referido a él mofándose de su capacidad. Para Ernesto Lemoine, sin duda uno de los mejores biógrafos de Morelos, “ha quedado la impresión de que, pese a estar atento a sus miras, el cura de Carácuaro no evaluó con la importancia que requería, el potencial de su adversario. (Después de romper sitio de Cuautla) quizá confirmó, para su fuero interno, que Calleja era más oropel que sustancia, más teatral que ejecutivo y menos hábil de lo que pregonaban sus panegiristas. Pero esa opinión era precipitada”.

Ramón Rayón, acatando las órdenes de Morelos como Generalísimo, regresó de Chilpancingo a Tlalpujahua, para reunir su división compuesta de seiscientos infantes, trescientos caballos y dos cañones de campaña, e incorporarse con su

hermano Rafael, que venía de la villa de S. Miguel el Grande con doscientos hombres de todas armas. Muy oportunamente escribió a Morelos un correo avisándole que el general español Ciriaco de Llano se hallaba en Ixtlahuaca con dos mil hombres, que se dirigía a Acámbaro a unirse con Agustín de Iturbide y que juntos se encaminaban a auxiliar Valladolid. Le propuso que con la tropa a su mando e igual número de la de Matamoros, le sería muy fácil cosa situarse en Puerto de Medina, o en otros puntos ventajosos, y aunque ellos no pudiesen derrotar a Llano podrían a lo menos contenerlo en su marcha, impedir el auxilio a Valladolid y proporcionarle con esta demora su entrada franca y sin oposición en aquella ciudad. Solamente pidió que le proporcionara municiones, pues no tenía suficientes.

Morelos, que recibió esta indicación en Huetamo, respondió agradeciéndole el aviso, pero no adoptó su plan. Le mandó que avanzase cuanto pudiese para unírsele, y le aseguró que en Tigrillos recibiría el parque que necesitaba con una partida de escolta. Fiado en esta promesa Rayón, se fue casi paralelo con Llano para observarlo y una pequeña partida suya fue derrotada por una fuerza realista. También Rafael Rayón tuvo una desgracia, pues a pesar de marchar en secreto, fue descubierto por Iturbide, y sorprendido entre Taximaroa y Acámbaro, donde le mató algunos hombres.

Llano siguió su camino para Valladolid por Indaparapeo, y como Rayón tenía que dirigirse a las lomas de Santa María y ocultar su ruta, hizo un rodeo de más de nueve leguas y se detuvo inútilmente en Tigrillos, aguardando las municiones que se le habían ofrecido; mas ignorando la suerte de Morelos, destacó a los comandantes Epitacio Sánchez y Atilano García para que averiguasen su situación, quienes le trajeron las primeras noticias de su descalabro en el Zapote y recibió la orden de dirigirse a Puruarán.

El general Morelos no sólo emprendió la acción del Zapote con la falta de esta división selecta, sino también con la del



padre Luciano Navarrete, la del Pachón y otras que faltaban reunírsele, y que bien hubieran aumentado en una tercera parte el ejército que mandaba. Precipitación funesta, al decir de Bustamante, y que contribuyó al triste desenlace de esta campaña.

## **La garita del Zapote**

Morelos mandó a Galeana ocupar la garita del Zapote el 23 de diciembre, y una vez tomada, allí quedaría Nicolás Bravo y Galeana continuaría la ofensiva sobre la plaza. Éste formó su tropa en columnas por compañías, con armas a discreción, sin disparar un tiro hasta acercarse al fortín de la garita; a retaguardia y dando el frente hacia el camino de México, formó Nicolás Bravo; Pablo Galeana y Ramón Sesma ocuparon la orilla de un corral de piedra inmediato a la garita. Llegar, acometer, ocupar el fortín al machete, todo fue uno, pues esta operación se hizo rápidamente en columna cerrada. Galeana penetró hasta una cuadra delante de la garita y allí hizo alto para aguardar que el resto de la tropa se le reuniese, en esta circunstancia cargó sobre él toda la fuerza que estaba en el interior de la plaza con cañones, y en las calles de Valladolid comenzó un terrible tiroteo.

En ese momento Bravo se vio atacado por la tropa de Iturbide, que había llegado cautelosamente ocultándose en los bordes del terreno, y fue obligado a replegarse hacia donde estaba Galeana, que se encontró atacado a dos fuegos. Unas veces daba el frente sobre Llano e Iturbide, y los hacia replegar contra el cerro de la hacienda del Rincón; otras lo daba al enemigo de la ciudad, y lo hacía entrar en sus trincheras. Así peleó tenazmente desde las tres de la tarde hasta las cinco y media, viéndose rodeado por todas partes se abrió paso al machete, dando muerte a cuantos se le pusieron por la arquería del agua. Morelos supo de la fuerza que traía Llano por dos prisioneros; estos informaron circunstanciadamente de la fuerza auxiliar que venía. Galea-

na previó lo que le iba a suceder y mandó decir a Morelos que, o lo reforzaba luego, o mandaba que Matamoros atacara por San Pedro y Manuel Muñiz por Santa Catalina, pues se veía a dos fuegos y una partida había salido de la plaza a cortar la retirada, circunstancia por la que se fue obligado a abandonar la gari-ta. Morelos mandó que Matamoros fuese en su socorro; pero ya era tarde, y para reunírsele necesitaba pasar un largo trecho de barbechos. Reunidas las fuerzas de Galeana y Bravo formaron un cuerpo en columna cerrada y de este modo alcanzaron a regresar al campo de Morelos, sufriendo la pérdida de setecientos hombres entre muertos y prisioneros. Fue tal el conflicto de Galeana, que le mataron el caballo y a la vista del enemigo cambió de montura. En esta situación crítica acudió Pascual Machorro con un piquete de dragones a auxiliarlo.

Llano e Iturbide también tuvieron muchas pérdidas; ni era para menos pues la acción fue sangrientísima por ambas partes. Por un correo interceptado se supo que los heridos no cabían en los hospitales de Valladolid. De los americanos hubo en esta tarde ciento diez y nueve prisioneros. Los enfermos se mandaron a hospitales y los sanos a las cárceles, donde los fusilaron después de confesarse.

La tropa americana que entró en acción en este día fueron: mil setecientos setenta hombres de los contingentes de Galeana, Sesma, Bravo, Sánchez, todos valientes, decididos y dignos de mejor suerte. Iturbide y Llano traían más de dos mil de socorro. En opinión de Bustamante, que se muestra muy crítico de la conducción de esta batalla, si se hubieran aprovechado los momentos y al requerimiento de rendición inmediatamente sigue el ataque, la plaza hubiera sido tomada: su guarnición estaba llena de cobardía y los equipajes listos para marchar. El jefe realista de la plaza, Domingo Landazuri, aprovechó el tiempo en avisar a Iturbide que se hallaba en Charo y llegó en el instante en que más lo necesitaba.

## Acción del 24 de diciembre

La desgracia llenó de consternación al ejército americano: sus jefes no cesaban de lamentarse. Algunos, como Nicolás Bravo que era el que más pérdidas había sufrido, derramaron lágrimas. Morelos se mostraba como alelado y no daba instrucciones, oía las reclamaciones amargas del intendente Sesma. Parecía que los efectos combinados de su mala salud, el esfuerzo creciente sostenido y agotador, la sorpresa de una derrota inesperada, se conjuntaron para provocarle un estado de prostración. Así se desperdició el tiempo en el campo insurgente. Mientras, entraban a Valladolid el resto de las divisiones de De Llano y se preparaban para continuar la lucha. Pasó la noche y la mañana del 24 de diciembre. Si bien se había fracasado en el Zapote, no era una derrota definitiva. La mayor parte de la tropa insurgente estaba en condiciones de continuar la batalla. Fue hasta las cuatro de la tarde cuando Matamoros decidió reunir a todo el ejército para pasar revista de armas en el llano y a la vista de la plaza. Observado este movimiento por los españoles, determinaron hacer una salida y formalizar un reconocimiento. Por una desgracia imprevista habían interceptado una orden de Morelos en que prevenía, que de capitanes para abajo todo hombre se tiñese la cara a fin de no equivocarse con los enemigos; así es que conociendo esta prevención, los de la plaza tiznaron de negro a trescientos dragones con otros tantos infantes, que montados en las grupas de aquellos salieron sin formación y cautamente de la plaza. Por lo pronto no causó cuidado ni a Morelos ni a Matamoros este movimiento, porque los infantes no se dejaban ver sentados en las grupas y ocultos por los dragones. No obstante se bajaron dos cañones chicos para recibirlos, y el enemigo siguió su marcha imperturbable. Hallándose cerca de Matamoros, Iturbide que comandaba aquel cuerpo hizo alto, echó pie a tierra su infantería, que-

dando ésta en el centro y entonces cargó bruscamente sobre Matamoros. Comenzó un recio fuego, durante el cual pereció la mayor parte de la tropa de Iturbide. Sin embargo, un grupo como de sesenta hombres decididos subió arriba de la loma buscando a Morelos, y logró penetrar hasta su campamento; lo encontraron, pero éste vestía un uniforme que confundió a los realistas, además, montaba en brida española, cosa exótica entre los americanos, todo contribuyó a que pensarán que era un jefe español. Morelos entendió lo que pasaba, calló, sostuvo la ilusión hasta que llegó su escolta llamada de los pares, que estaba en lo más ardiente de la refriega; reconoció que aquellos dragones eran enemigos, cargó sobre ellos y los hizo trizas, entonces Morelos se retiró a su campamento.

Rechazados, Iturbide y su gente se retiraron parcialmente, pero el padre Navarrete, al frente un numeroso grupo de insurgentes convocados a la toma de Valladolid, llegó por el lado izquierdo dirigiéndose hacia el campo de Matamoros. Ni uno ni otro tenía la debida noticia, y en las sombras de la noche se confundieron creyéndose enemigos; algunos dragones realistas subieron por el costado derecho, se hizo la confusión general, y no permitiendo la oscuridad distinguirse, se mataron los nuestros entre sí con furor. Concluida esta tragedia, el ejército insurgente comenzó a dispersarse sin que nadie pudiera frenarlo. Auxiliado por los principales jefes, Morelos hacía esfuerzos desesperados para detener la desbandada, pero sus voces se perdían en medio de la confusión. No pudo impedirse el desastre. Para la una de la tarde del siguiente día Pablo Galeana, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria, pudieron detener la dispersión. Asimismo se retiró el coronel José Antonio Arroyo, que se hallaba situado en el respaldo de la loma de Santa María. Se perdió mucho parque, armamento y equipajes; valía todo más de ochocientos mil pesos.

Era increíble, la fuerza insurgente no había sido derrotada por el enemigo, sus mismos integrantes lo habían hecho.

Galeana, viendo la dispersión que había causado aquel horrible estrago, ocupó el punto de Puerto-Viejo, donde reunió muchos dispersos. Como dice Julio Zárate, Galeana “con el rostro ennegrecido por la pólvora, con los vestidos sucios y rotos por el combate, pero con el relámpago de la gloria en los ojos, se obstinaba en hacer frente a la realidad”.

Los realistas enviaron grupos de infantería a atacar a los sobrevivientes. Iturbide los persiguió hasta el pueblo de Atécuaro, recogiendo armas y municiones, capturando insurgentes que inmediatamente eran pasados por las armas.

Alguno de esos grupos estaba en un llano inmediato ocupado en dar caza a los dispersos. Aguardaba a Galeana y a Victoria; pero estos se defendieron hasta las tres de la tarde y siguieron a Chupio y al día siguiente a la hacienda de Puruarán.

## **Batalla de Puruarán**

Empezaron a concentrarse en Puruarán los jefes con los contingentes que se habían salvado. No obstante, el golpe psicológico había sido devastador para Morelos, que no lograba superarlo. Era inconveniente volver a presentar combate con un ejército que había sido desmembrado, que acababa de sufrir una tragedia horrorosa. El ejército, todavía numeroso, tenía que recuperarse del shock, serenarse, reorganizarse y restablecer su confianza en sí mismo. Morelos insistió en dar la cara y resistir en un sitio contraindicado para ello: la hacienda estaba dominada por una loma cercana a tiro de cañón, no tenía fortificaciones, la cerca que existía era de piedras sueltas, un tecorral —como lo llaman en los pueblos—, para salir existía solamente un puente angosto. Los principales subalternos de Morelos rebatieron su decisión de dar la lucha en ese lugar. Sólo unos cuantos aduladores, al parecer entre ellos el general Manuel Muñiz, respaldaron su decisión y lo convencieron de resguardarse en la hacienda de Santa

Lucía, argumentando que en su alto cargo y con la enorme responsabilidad que tenía no debería exponerse. “¡Tanto puede la adulación, y tanto adormece a los hombres elevados a grandes puestos!”, escribió Bustamante.

Retirado Morelos, Ramón Rayón intentó convencer a Matamoros en que debería retirarse. Repitió los mismos argumentos que un poco antes habían esgrimido con Morelos. A pesar de que estaba de acuerdo, nada conmovió a Matamoros. Respondió brevemente que sólo le tocaba obedecer. Rayón quedó ubicado al otro lado del río con más de quinientos hombres que en la noche formaron una trinchera al igual que Matamoros al otro lado del río. El problema mayor era la comunicación entre ambas fuerzas porque el puente era muy estrecho.

Aquilatando correctamente la magnitud del daño infligido a los insurgentes, Llano se lanzó con todas sus fuerzas a la persecución de los sobrevivientes decidido a liquidarlos. Primero creyó encontrarlos por el rumbo de Tacámbaro, pero recibió informes que los situaban en Puruarán y así ahí se dirigió. Se preparó el 5 de enero para el ataque colocando su artillería en las alturas que dominaban la vista de la hacienda e inició un leve bombardeo alrededor del mediodía. Después lanzó un destacamento para atacar las posiciones de los americanos, mientras arreciaba el fuego de artillería contra las improvisadas trincheras. El efecto fue devastador. Las balas de cañón al golpear en las piedras sobrepuestas de los parapetos las disparaban todos los sentidos con un efecto multiplicador que incrementaba su capacidad destructora. Aún así los rebeldes rechazaron dos asaltos de la caballería comandada por Orrantia, pero fue inevitable que empezaran a dispersarse ante una tercera carga. Al huir encontraron que el estrecho puente no permitía el paso acelerado de los que huían. A duras penas alcanzaron a salir Galeana y Nicolás Bravo con algunos grupos de caballería y fueron a reunirse con Morelos. También fue ata-

cada la brigada de Ramón Rayón, que resistió durante un tiempo y luego se retiró para colocarse en una loma que está entre poniente y sur de Puruarán, desde donde protegió la retirada de los que salieron.

Pasaron de seiscientos los muertos, y de setecientos los prisioneros, entre los que estaban dieciocho oficiales que de inmediato fueron fusilados. De ellos solamente salvó la vida temporalmente Mariano Matamoros, que no pudo escapar por carecer de un caballo, pues según Bustamante, el suyo se lo tomó su hermano Nicolás. Intentó huir en uno malo de un dragón y no pudo hacerlo. Fue capturado por un soldado de la escolta de Orrantía y trasladado a Valladolid, donde se consumó su sacrificio.

Es preciso aventurar una opinión sobre las causas del fracaso de la expedición revolucionaria a Valladolid. Bien lo dice Lemoine, cayeron sobre la cabeza de Morelos todo tipo de reproches y acusaciones: “la falta de previsión, la caótica organización, las órdenes y contra-órdenes que expidió el cuartel general, el aire de superioridad con que se vio al adversario, las intromisiones de Rosáinz, la poca voluntad de Galeana para con Matamoros, el desconcierto que al primer revés se apoderó de Morelos y que con más aplomo se hubiera enmendado de inmediato (...) todo se ha colgado en la cuenta, *en el debe* del Generalísimo”. Es una realidad que hubo errores en la planeación y ejecución del ataque a Valladolid. Los españoles y sus aliados criollos habían considerado que ese era uno de los movimientos que podía hacer Morelos y estaban preparados para enfrentarlo; las contradicciones entre personalidades tan fuertes, entre hombres valientes y enérgicos eran inevitables en un movimiento tan amplio, pero nunca rebasaron los límites del respeto y la solidaridad mientras Morelos estuvo al mando. En realidad las causas de la derrota deben establecerse en la reorganización del ejército realista y en el aumento de sus efecti-

vos (si en 1810 había alrededor de veintidós mil soldados, para 1820 eran ochenta y cinco mil), Calleja lo reforzó y aunque en Valladolid participaron cinco mil soldados realistas, existía la posibilidad de concentrar el doble en pocas semanas convocando el apoyo de los cuerpos de ejército que tenían a sus órdenes el general José de la Cruz en Nueva Galicia y Joaquín de Arroyo en Monterrey, a diferencia de las fuerzas insurgentes que no podían incrementarse mucho más pues los otros destacamentos habían sido derrotados y operaban en grupos muy reducidos. Esto se comprueba con el hecho de que después de la derrota de Puruarán, el movimiento independentista popular decae militarmente y no vuelve a conocer un auge como el que existió durante las campañas de Morelos. La estrategia realista estuvo sustentada en recursos suficientes gracias al apoyo financiero de los ricos españoles y criollos que temían el resurgimiento de un movimiento popular como el que cobijó a Hidalgo y a Morelos. En pocas palabras, debe analizarse con seriedad la política y los planes del enemigo. Subestimarlos, creer que es incapaz de aprender de sus derrotas, que no puede reorganizarse, que solamente es tonto y fanfarrón o nada más represivo y dictatorial, impide trazar un proyecto adecuado para alcanzar la victoria. Alamán reconoce la importancia del plan de ataque de Calleja, al que llama el segundo Hernán Cortés. No debe soslayarse tampoco que ya en 1813 estaba derrotada la invasión napoleónica a España y que la metrópoli estaba en mejores condiciones de enviar refuerzos militares a la Nueva España. Los batallones de Asturias y Lovera fueron el inicio de una corriente de tropas que en tres años sumaron cerca de ocho mil hombres.

## **Fusilamiento de Matamoros**

A mediados de febrero Matamoros empezó a ser interrogado por el capitán Alejandro de Arana, quien lo trasladó a la juris-



dicción clerical y el obispo Abad y Queipo lo degradó y asentó que “perdió por sus crímenes notorios el privilegio del Fuero y el privilegio del Canon”, poniéndolo a disposición de la justicia militar el 18 de febrero de 1814, pero solicitando que se procure la retractación y el reconocimiento público de sus crímenes. A partir de ese día la tortura psicológica aumenta, lo presionan para que se libre de las penas del infierno acatando lo que le exigía la Iglesia. Es decir, para poder recibir los sacramentos y la absolución antes de ser ejecutado era indispensable la desaprobación pública de lo que había hecho. Para un sacerdote católico firmemente convencido de su religión debe haber sido insoponible la presión de negarle la absolución para poder salvar su alma. Firma al fin una declaración redactada por su torturador. Aún así “no consintió en hacer la manifestación pública que se le exigía, condenando como errores los principios sagrados de libertad e independencia”.

Condenado a muerte, se prolonga su agonía para intentar arrebatarse la retractación tan demandada. No lo logran. Aprovecha el tiempo para ingresar a la Cofradía de Nuestra Señora de la Consolación y probablemente se inscribió como hermano de la Tercera Orden de San Francisco, cuyo personal recogió y dio sepultura en su capilla a su cadáver.

La descripción de la ceremonia en que es fusilado conocida con el nombre de la *Relación del Teniente don Manuel Montaño*, que fue testigo presencial, es la mejor fuente para conocer lo sucedido ese 3 de febrero trágico: “En la mañana del tres, la caballería realista cubrió las entradas de la ciudad, colocando retenes en las garitas y avanzadas de los caminos, en previsión de que los insurgentes quisieran hacer alguna intención para salvar a Matamoros, a la vez que la infantería formaba el cuadro en la plaza principal, donde debía verificarse la ejecución, y la artillería cubría las bocacalles que daban acceso a la plaza, colocando en cada una de ellas un cañón cargado con metralla y los artilleros con la mecha encendida, listos para

hacer fuego a la primera manifestación de simpatía que el pueblo hiciera a favor del reo. Tres mil hombres custodiaban la plaza, y una compañía de 100 infantes al mando del fiscal de la causa, capitán Alexandro Arana, formaron el cuadro para la ejecución. Se improvisó un patíbulo con un tablado de seis varas en cuadro, que se levantó junto a una de las columnas del portal del Santo Ecce Hommo —hoy portal de Matamoros. El cadalso estuvo totalmente cubierto por paños negros y en el centro, pegado a la pilastra del portal, fue colocado el pie de gallo que ocupó el reo para recibir la muerte.

“Al escucharse el tañer de ‘agonías’ en las iglesias, el Capitán Arana y el Teniente de la Corona Antonio Esnaurrizar, al frente de una fuerte escolta, se dirigieron a la Cárcel Correccional para conducir al reo al lugar del suplicio (...) apareció Matamoros en la puerta acompañado de su confesor, el bachiller Santos Villa, y de otro sacerdote, y tan luego como pisó la calle se quitó los zapatos —en prueba de humildad— “y marchó descalzo al patíbulo (...) con paso seguro y continente altivo rezando en voz alta y serena el Miserere.

Cuando llegó al pie de gallo, Esnaurrizar le ordenó que se arrodillara, pero Matamoros se negó a ello con dignidad y permaneció de pie. Lo ataron al madero con un cordel y le vendaron los ojos con un pañuelo. En seguida, a una señal del teniente Esnaurrizar los soldados que formaban el pelotón encargado de victimarlo hicieron la descarga fatal, con tan mala puntería que Matamoros, mal herido quedó con vida, y con voz agonizante, fuerte y serena, siguió recitando el Miserere mientras los soldados de Arana se disponían nuevamente a hacer una segunda descarga, la que acabó con su existencia.

El cadáver de don Mariano Matamoros quedó expuesto a la expectación pública en el mismo lugar de la ejecución hasta las tres de la tarde, en que lo recogieron los Hermanos del Tercer Orden y lo llevaron a sepultar en su capilla.

El Capitán Arana levantó acta de la “diligencia de haberse ejecutado la sentencia” donde afirma falazmente que Matamoros se arrodilló contradiciendo totalmente la exposición de un testigo presencial como fue Manuel Montaña. Mariano Matamoros el extraordinario soldado y cura murió de pie, como siempre había vivido.

También apareció públicamente la declaración de Matamoros con una supuesta retractación. Nadie ha tomado en serio ese documento espurio, escrito por una mano que no fue la del cura de Jantetelco. Morelos hizo un esfuerzo supremo para salvar a Matamoros escribiéndole a Calleja y proponiéndole un canje de prisioneros: a cambio de Matamoros entregaría a doscientos españoles. La misiva le llegó a Calleja dos días después de la ejecución. Lo más probable sería que éste denegara el canje tomando en cuenta la importancia que tenía para la causa de la Independencia Mariano Matamoros.

Los prisioneros ofrecidos fueron ejecutados por orden de Morelos.

## **Persecución de Morelos**

Entristeció sobremanera la muerte de Matamoros a todas las fuerzas insurgentes, en particular a Morelos. Las críticas por la última campaña no cejaban. Se replegó a los lugares que siempre le habían servido de refugio en el estado de Guerrero, siempre perseguido por las avanzadas realistas. Llegó a Coyuca, desde donde envió la propuesta del canje a Calleja, después en Ajuchitlán cometió una enorme torpeza: nombró a Juan N. Rosains como su segundo para ocupar el lugar que había dejado Matamoros. Rosains, que era su secretario, no tenía la experiencia militar que muchos de los otros generales insurgentes, sobre todo era menos relevante que Galeana; además se había forjado una sólida reputación como intrigante. Al frente

del contingente más numeroso que conservaba la insurgencia, presentó batalla a las tropas de Armijo en Chichihualco con resultados desastrosos. Obligados a escapar a uña de caballo, Galeana, con rabia, le dijo: *¡Ah, no es lo mismo tomar la pluma que la espada! ¿Así se ganan los bordados?*, refiriéndose a los adornos que usan los altos jefes militares en sus uniformes. Perseguido implacablemente por los realistas, Morelos estuvo a punto de ser capturado en Tlacotepec, logró escapar, pero el enemigo se apoderó de sus archivos. Antes se reunió con los integrantes del Congreso de Chilpancingo, los cuales apenas enterados del desastre de Puruarán lo habían destituido y conferido el mando militar de Oaxaca, Veracruz, Puebla y el norte del hoy Estado de México a López Rayón. A través de Rosains le pidieron a Morelos que renunciara a ejercer el poder Ejecutivo, lo que hizo éste sin ninguna objeción. Incluso propuso seguir sirviendo como soldado raso.

Enviado por el Congreso a dismantelar el fuerte de San Diego en Acapulco, marchó el Generalísimo acompañado de Galeana, quien desalentado y resentido con él, le dijo: “Señor, aquí me separo, voy a sembrar algodón para comer y pasar mi vida en secreto y olvidado de las gentes (...) Todo se ha perdido porque usted se ha fiado de hombres que no debiera para el mando de las armas. Yo no podré escribir en papel, es verdad, pero sí atacar un campo”.

Morelos pudo convencer a *Tata Gildo* que continuara en la lucha y siguió su peregrinar, mientras Galeana regresaba a los rumbos de Costa Grande a recomponer y aumentar su tropa. Sabía de la determinación con la que llevaban a cabo la persecución las fuerzas de Armijo y la urgencia que tenía la insurgencia de recuperarse. No era sencillo. Convencido el virrey que debía impedir que Morelos y sus generales se repusieran y reestructuraran su fuerza militar, como sucediera después de la ruptura del sitio de Cuautla, intervino para acrecentar la persecución. Recordó a sus jefes las órdenes de fusilar sin for-

marles proceso a todos los partidarios de Morelos, portaran armas o no, que se reservaba para él otorgar el indulto cuando fuera solicitado, y que aquellos vecinos que no denunciaran a los veteranos de las filas insurgentes serían considerados como cómplices. Dio órdenes al teniente coronel Armijo para que continuase la persecución dentro del territorio que había sido liberado por Morelos y prolongó el acoso a la tierra caliente del estado de Guerrero y recuperó para los realistas Chilpancingo. En estas circunstancias los soldados de Armijo prácticamente peinaban la sierra. Así se encontraron con el grupo de Galeana.

## Muerte de Galeana

La pluma de Carlos María de Bustamante describe mejor que nadie el último combate de su epopeya: “Esperábanse los auxilios que Morelos había ofrecido; pero impaciente Galeana se resolvió a atacar con la fuerza con que por entonces contaba”.

“Llegó pues a las inmediaciones de Coyuca al punto de Cacahuatitan, y al día siguiente avanzó sobre el pueblo. Tomó la vanguardia con la caballería que antes había llevado de descubierta Mongoy. Al pasar el río atacó y derrotó casi solo una emboscada del comandante Avilés; avanzó sobre éste, que iba en fuga, como cosa de tres cuadras; mató siete enemigos y tomó igual número de armas; pero al pasar por un barbecho, que allí llaman *Huamil*, se parapetó el enemigo en unas *parotas* (árboles de extraordinario grosor) y comenzó a hacer fuego. Entonces Galeana hizo alto, mandó montar el cañón y continuó la acción sosteniéndose. En este acto Julián Ávila vio que el caballo que montaba (que era de Galeana) estaba herido: éste le dijo que se saliese de las filas y montase en otro para volver a la carga; no lo hizo así, sino que se salió con suma precipitación, y tras él su escolta; creyó su tropa que este movimiento era de fuga y comenzó a desordenarse, por cuyo motivo cargó

el enemigo, y con dos partidas, una de caballería y otra de infantería, flanqueó a los americanos y les tomó la retaguardia: se dio parte a Galeana de esta ocurrencia, el cual se hallaba en lo más recio del combate de vanguardia, y no lo quiso creer; mas repetidos los avisos hasta por tercera vez, mandó a su sobrino Pablo Galeana que lo averiguase y le avisase: de hecho se comprobó la verdad y mandó abandonar el cañón, y que su gente saliese del boque y solo marchó a reunirse con su sobrino. Se encontró con el enemigo de frente, y con una voz terrible dijo a éste: *Aquí está Galeana...* luego que lo oyeron, dos compañías de infantería le abrieron paso ¡tanto le formidaban! Avanzó hasta el otro lado del río, reunió a unos cuantos dispersos como pudo, y tornó a la carga. El enemigo estaba situado a la margen del río: se le avisó que dos compañías de éste lo pasaban por diferentes puntos para flanquearlo, y entonces comenzó a retirarse poco a poco haciendo fuego al enemigo, que avanzaba en su persecución; ya no pudo, aunque quiso, reunir ningún disperso. Guisaba esta partida de los españoles un hombre llamado José Oliva, a quien Galeana le había hecho mucho bien en Tecpan y Zanjón, donde este ingrato residía últimamente: conocía a Galeana, comenzó a llamarlo por su nombre, y avanzar sobre él con su partida; ya casi lo alcanzaba, cuando picando recio al caballo, este que era brincador, le dio un gran golpe que le hizo saltar la sangre por la boca y narices que lo atontó: sin embargo, no cayó a tierra sino que se quedó sentado en las ancas muy aturdido. Viéndolo su sobrino en tal estado lo echó por delante y se quedó en la retaguardia con tres dragones y el ayudante Pedro Rodríguez, para impedir que avanzase el enemigo; mas éste cargó reciamente en términos de tocarse unos a otros. Al pasar Galeana bajo de un huizache, el caballo dio nuevamente otro salto fuerte, y como salía una gran rama del mismo árbol que atravesaba el camino, se dio contra ella al tiempo de levantar la cabeza para ver a los que

los perseguían, y cayó en tierra. Rodeáronle catorce dragones, y ninguno osaba apearse para tomarlo; pero Joaquín León desde su caballo le disparó un carabinazo y le atravesó el pecho. Entonces Galeana, moribundo y agitado por las ansias de la muerte, tiró de su espada, que no pudo sacar de la vaina. El mismo dragón consumó su iniquidad, pues se apeó del caballo, le cortó la cabeza y la puso en una lanza, y se volvió con ella en triunfo para el pueblo de Coyuca, que habían abandonado sus moradores teniendo por cierta la entrada de Galeana. El cadáver quedó ahí mutilado, y no lo pudo recoger su sobrino porque también cargó sobre él una partida de seis dragones. El comandante español Avilés mandó fijar la cabeza de Galeana en una ceiba que está en la plaza de Coyuca. Fueron tales los denuestos y befas que hicieron sobre la cabeza amputada dos mujercillas, que dicho comandante tuvo que reprenderlas diciéndoles estas palabras... *Esta es la cabeza de un hombre honrado y valiente*. ¡Testimonio inequívoco e irrecusable de la virtud de Galeana! Mandola después quitar, y que se colocase en la puerta de la iglesia de Coyuca, donde se enterró”.

“Tamaña desgracia ocurrió a las once del día 27 de junio de 1814 en el punto que llaman del *Salitral*, al lado del Poniente de dicho pueblo, y a distancia de dos leguas del mismo. Dos soldados de Galeana enterraron después su cuerpo, y como estos fueron fusilados dos años después, no se ha podido tomar razón de la ubicación del sepulcro, aunque se ha solicitado inútilmente, pues el monte ha tomado diversa forma, llenándose de bosques que crecen prodigiosamente en aquellos climas feraces.”

“Amó al señor Morelos hasta la idolatría, y lo respetó tanto, que jamás le habló sino con el mayor comedimiento. Cuando éste supo su muerte se arrebató de dolor, se dio una palmada en la frente, y dijo: *¡Acabáronse mis brazos... ya no soy nada!*”

Así murió el gran Hermenegildo Galeana, combatiendo con las armas en la mano.

Y hasta aquí le dejo porque ya no quiero contar más nuestras desgracias.







## Bibliografía

Alamán, Lucas. **“Recuadro de Nueva España”**. Fragmento de **Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente**. Fondo de Cultura Económica. 1997, México.

Alamán, Lucas. **Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente**. 5 tomos. Edición facsimilar Fondo de Cultura Económica – Instituto Cultural Helénico, México, 1985.

Alvear Acevedo, Carlos. **Galeana**. Editorial Jus, 1985.

Altamirano, Ignacio Manuel. **Obras Históricas en Obras completas** Vol. II. Edición, prólogo y notas de Moisés Ochoa Campos. Secretaría de Educación Pública. México, 1986.

Anna, Timothy y otros. **Historia de México**. 2001, Editorial Crítica, Barcelona.

Arcila Farías, Eduardo. **Reformas económicas del siglo XVIII en Nueva España**. 2 Tomos. Primera Edición Secretaría de Educación Pública (Sep/Setentas, 117 y 118), México, 1974.

Ávila, Alfredo, Virginia Guedea y Ana Carolina Ibarra (coordinadores). **Diccionario de la Independencia de México**. Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, México.

Benítez, Fernando. **Morelos**. 2010, Fondo de Cultura Económica, México.

Briseño Senosiain, Lillian, María Laura Solares Robles y Laura Suárez de la Torre (investigación y compilación). **La independencia de México. Textos de su historia. Antecedentes, la lucha por la libertad**. Tomo I. Secretaría de Educación Pública-Instituto de Investigaciones José María Luis Mora. México, 1985.

Bustamante, Carlos María de. **Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana**. Tomo 2. Edición facsimilar, Instituto Cultural Helénico, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Bustamante, Carlos María de. **Morelos**. Empresas Editoriales, México, 1955.

Bustamante, Carlos María de. **Rayón**. Empresas Editoriales, México, 1955.

Bustamante, Carlos María de. **Tres insurgentes: Galeana, Liceaga y Verduzco en Lecturas Históricas Mexicanas**. Tomo II, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, México.

Canales Montejano, Guillermo. **Historia militar de México (10 casos concretos)**. Ediciones Ateneo, 1940.

Chávez Orozco, Luis. **El sitio de Cuautla**. Costa-Amic-Editor, México, 1962.

De la Rosa P., J. Jesús. **Don Mariano Matamoros, “el brazo derecho de Morelos”**. Edamex, México, 1982.

De la Torre Villar, Ernesto *et al.* **Historia documental de México**, Tomo II, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1984.

De la Torre Villar, Ernesto. Selección, prefacio, notas y tablas cronológicas. **Lecturas Históricas Mexicanas**. Universidad Nacional Autónoma de México. 1994, México.

De la Torre Villar, Ernesto. **La Constitución de Apatzingán y los creadores del Estado mexicano**. Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1964.

Domínguez Michael, Christopher. **Vida de Fray Servando**. Ediciones Era- Instituto Nacional de Antropología e Historia-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México, 2004.

Escamilla Torres, Rogelio Javier. **Mariano Matamoros. Segundo de Morelos y “Terror de los llamados Gachupines”**. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Instituto de Investigaciones Históricas. Morelia, Michoacán, 1994.

Florescano, Enrique. **La bandera mexicana: breve historia de su formación y simbolismo**. Taurus, México, 2006.

García, Genaro. **Documentos Históricos Mexicanos**. 7 Tomos. Consejo Nacional de Fomento Educativo, Dirección General de Publicaciones y Medios de la SEP, México, 1985.

García Cantú, Gastón. **La revolución de Independencia**. Instituto Nacional de la Juventud Mexicana, México, 1964.

Rodríguez Piña, Javier. “La disputa por una hegemonía nacionalista: el 16 o el 27 de septiembre como celebración de la fiesta nacional” en Giron, Nicole (coordinadora). **La construcción del discurso nacional, en México, un anhelo persistente (siglos XIX y XX)**. 2007, Instituto Mora, México.

Guedea, Virginia. **En busca de un gobierno alterno: Los Guadalupes de México**, 2010, UNAM, México.

Hamnet, Brian R. **Revolución y contrarrevolución en México y el Perú. (Liberalismo, realanza y separatismo 1800-1824)**. Fondo de Cultura Económica, México, 1978.

Hermesdorf, Rubén. **Morelos. Hombre fundamental de México**. Primera edición: 1958, Editorial Grijalbo.

Hernández Posadas, Mario, Ernesto Lemoine y otros. **Morelos. Sitio de Cuautla**. Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, Confederación Nacional Campesina, México, 1984.

Huerta-Nava, Raquel. **El guerrero del alba. La vida de Vicente Guerrero**. Editorial Grijalbo, México, 2007.

Ladd, Doris M. **La nobleza mexicana en la época de la Independencia, 1780-1826**, Fondo de Cultura Económica, México, 2006.

Lemoine Villicaña, Ernesto. “Nueva España a principios del siglo XIX”, en Miguel León Portilla (coordinador general), **Historia de México**, 10 volúmenes, tomo 6, Salvat Editores de México, México, 1974.

Lemoine Villicaña, Ernesto. **Morelos, su vida revolucionaria a través de sus escritos y de otros testimonios de la época**. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1965.

León Portilla, Miguel, De la Torre Villar, Ernesto, y otros. **Historia documental de México**. 2 Tomos. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1984.

Mancisidor, José. **Hidalgo, Morelos, Guerrero**. Editorial Grijalbo, México, 1970.

Marx, Carlos, y Federico Engels. **La revolución española. Artículos y crónicas. 1854-1873**. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, s/f.

Molina, Silvia. **Matamoros. El resplandor en la batalla**. Editorial Grijalbo, 2010, México.

Montero, Capitán Benicio. **El sitio de Cuautla**. Ediciones del Estado Libre y Soberano de Morelos, México, 1982.

Palma Silva, Marlén Donají y Grissel Gómez Estrada. “Insurgencia en la Mixteca: el sitio de Huajuapán, 1812”, en Galeana, Patricia (coordinadora). **La Independencia en las provincias de México**. Siglo XXI, Senado de la República, México, 2011.

Piñera Ramírez, David (coordinador). **Visión histórica de la frontera norte de México**. 3 tomos. UNAM-UABC, Baja California, México, 1987.

Romero Flores, Jesús. **Don José María Morelos. Generalísimo de América**. B. Costa-Amic Editor, México, 1977.

Saravia, Atanasio G. **Ensayos históricos**. Ediciones Botas, México, 1937.

Teja Zabre, Alfonso. **Morelos**. Espasa-Calpe Argentina, 1956.

Toro, Alfonso. **Compendio de Historia de México. La revolución de Independencia y México independiente**. Editorial Patria, México, 1951.

Vargas Martínez, Ubaldo. **Morelos. Siervo de la Nación**. Editorial Porrúa, 1963, México.

Vargas Martínez, Ubaldo. **Hermenegildo Galeana. Paradigma del héroe**. Consejo Nacional Técnico de la Educación, Secretaría de Educación Pública, México, 1964.

Vargas Martínez, Ubaldo, y otros. **La independencia de México. Galeana, “El Pípila”, Jiménez, Villalongín y Abasolo**. Editorial del Magisterio. México, 1969.

Villaseñor y Villaseñor, Alejandro. **Biografías de los héroes y caudillos de la Independencia**. Tomo II. Editorial JUS, México, 1962.

Villoro, Luis. **El proceso ideológico de la Revolución de Independencia**. 1953, Universidad Nacional Autónoma de México.

Zárate, Julio. **La guerra de Independencia**. Tomos Quinto y Sexto en Vicente Riva Palacio (director) y otros. **México a través de los siglos**. Editorial Cumbre, 1962.

Zavala, Silvio. “Memorias del 27 de septiembre”, en Galeana, Patricia (coordinadora). **El nacimiento de México**. 1999, Archivo General de la Nación-Fondo de Cultura Económica, México.





## **Francisco González Gómez**

Arquitecto, militante de izquierda, profesor universitario, colaborador en áreas técnicas de los gobiernos democráticos de la Ciudad de México.

Ha sido coautor de *La historia de México* que funcionó como libro de texto en el origen de los Colegios de Ciencias y Humanidades.

En estos momentos prepara, para su futura edición por la Brigada Para Leer en Libertad, una historia de la guerra de castas en Yucatán.



## **Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:**

- 1. Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- 2. El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 3. Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- 4. Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- 5. Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- 6. San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 7. La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- 8. Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- 10. La lucha contra los gringos:1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 11. Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- 12. Testimonios del 68.** Antología literaria.
- 13. De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- 14. Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- 15. Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.

- 16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo**, de Fritz Glockner.
- 17. La oveja negra**, de Armando Bartra.
- 18. El principio**, de Francisco Pérez Arce.
- 19. Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
- 20. Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
- 21. No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
- 22. Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
- 23. Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
- 23. El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
- 24. Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
- 25. Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 26. Y si todo cambiara... Antología de Ciencia Ficción y Fantasía**. Varios autores.
- 27. Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
- 28. De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
- 29. El exilio rojo**. Antología literaria.

- 30. Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
- 31. El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
- 32. Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 33. López Obrador: los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 34. Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
- 35. Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
- 36. ¿Por qué votar por AMLO?**, de Guillermo Zamora.
- 37. El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz Polanco.
- 38. Las muertes de aurora**, de Gerardo de la Torre.
- 39. Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 40. Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
- 41. La chispa**, de Pedro Moctezuma.
- 42. Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc**. Antología literaria.
- 43. El bardo y el bandolero**, de Jacinto Barrera Bassols.
- 44. Historia de una huelga**, de Francisco Pérez Arce.
- 45. Hablar en tiempos oscuros**, de Bertold Brecht.
- 46. Fraude 2012**. Antología varios autores.
- 47. Inquilinos del DF**, de Paco Ignacio Taibo II.

- 48. Folleto contra la Reforma Laboral**, de Jorge Fernández Souza.
- 49. México Indómito.** de Fabrizio Mejía Madrid.
- 50. 68: Gesta, Fiesta y Protesta**, de Humberto Musacchio.
- 51. Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes.** Varios autores.
- 52. 1968. El mayo de la revolución**, de Armando Bartra.
- 53. 3 años leyendo el libertad.** Antología literaria
- 54. El viejo y el horno**, de Eduardo Herás León.
- 55. El mundo en los ojos de un ciego**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 56. Más libros, más libres.** Huidobro  
(no descargable)

Descarga todas nuestras publicaciones en:  
**[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)**



Este libro se imprimió en la Ciudad de México  
en el mes de mayo de 2013,  
con un tiraje de 2,000 ejemplares.

Ésta es una publicación gratuita y es cortesía del  
gobierno del Estado de Guerrero, a través del  
Instituto Guerrerense de la Cultura y  
Para Leer en Libertad AC.

Queda prohibida su venta.  
Todos los derechos reservados.